

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

EXTRACTOS DE DISCUSIONES

HABIDAS

EN LAS SESIONES ORDINARIAS DE DICHA CORPORACIÓN

SOBRE TEMAS DE SU INSTITUTO

TOMO QUINTO

Parte 2.^a

MADRID
IMPRESA DEL ASILO DE HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, 5
1912

S. E. L. E.
Hortaleza, 89 y 91 - MADRID

10479

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

EXTRACTOS DE SUS DISCUSIONES

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

EXTRACTOS DE DISCUSIONES

H A B I D A S

EN LAS SESIONES ORDINARIAS DE DICHA CORPORACIÓN

SOBRE TEMAS DE SU INSTITUTO

Parte 2.^a

MADRID
IMPRESA DEL ASILO DE HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, 5.

1912

ARTICULO 43 DE LOS ESTATUTOS

DE LA

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLÍTICAS

«En las obras que la Academia autorice ó publique, cada autor será responsable de sus asertos y opiniones: el Cuerpo lo será únicamente de que las obras sean merecedoras de la luz pública.»

DISCUSIÓN

ACERCA DEL TEMA

*«¿Cómo se explica la rapidez con que el Japón se ha asimilado ja civilización europea?»**

Sesión del martes 24 de Marzo de 1908-

El Sr. Sanz y Escartín: Señores Académicos: Hace ahora seis años que ocupé la atención de la Academia, durante varias sesiones, para exponer un tema muy semejante al que hoy vamos á examinar, ó sea el estudio de la transformación del Japón, estudio que consta en el tomo 9. ° de nuestras Memorias. Entonces presenté á la consideración de la Academia el hecho realizado, es decir, la transformación del Japón, sus antecedentes históricos, circunstancias y condiciones en que este importantísimo hecho se realizó, tanto de carácter internacional como de carácter interior, y las consecuencias que de él se habían derivado para este imperio asiático presentando un cuadro de sus progresos en el orden jurídico, en el económico, en el científico, en el de las relaciones industriales y de comercio, en lo que se refiere á su ejército, marina, etc. Todo lo cual consta en dicho tomo. No es cosa de volver otra vez sobre aquello... (*El Sr. Salvador:* Sin embargo, no estaría mal que S. S. repitiese aquel estudio.) Perfectamente, pero el tema de ahora es otro y á él he de limitarme.

El señalar con seguridad y precisión cuáles han sido las causas de la rapidez y de la facilidad con que el Japón se ha asimilado la civilización europea, es bastante difícil; sin embargo, hay algo en las condiciones de aquel pueblo, en lo que revelan

su historia y sus instituciones, que puede dar alguna luz acerca de este hecho verdaderamente extraordinario y que con razón ha llamado la atención de todas las personas cultas. El pueblo japonés, según todas las probabilidades, es en su inmensa mayoría de origen mongólico. La raza malaya parece haber influido también en su constitución, pero no como factor preponderante.

La raza mongólica, que, como es sabido, puebla la mayor parte del Asia, tiene diferentes caracteres y, parece averiguado que el pueblo japonés con quien tiene mayor afinidad, y esto es un contraste, es con el pueblo coreano; y digo que es un contraste porque este pueblo ha venido á desaparecer de una manera, si no vergonzosa, por lo menos poco gallarda, mientras que el pueblo japonés se prepara á desempeñar un papel prominente en la Historia.

El pueblo japonés tiene una historia muy dilatada. Ya 600 ó 700 años antes de nuestra Era, la actual familia reinante ocupaba el solio de aquel país. La antigua religión era el culto de la naturaleza, paganismo que aun se mantiene. Pero en el siglo VI de nuestra Era la invadieron las doctrinas budhistas, que allí han tomado carácter distinto del que revistieron en el Thibet y en la India, donde el budhismo, con sus monasterios, con sus ceremonias del culto, muy semejantes en su forma al catolicismo, incluso con los sacrificios por las almas como medios propiciatorios en favor de los que han fallecido, ejerce una influencia mucho más intensa en la dirección de la vida.

Hacia el año de mil ciento cincuenta y tantos fué cuando los «shogunes», especie de lugartenientes del Mikado, asumieron todas las funciones, llegando á ser los verdaderos jefes del país é inaugurando una larga dominación. Ha habido varias dinastías de shogunes, la más célebre de las cuales es la de las Tokugavas, que fundó Iyeyasu, á últimos del siglo XVI. El shogunato fué el gobierno efectivo del Japón hasta 1867, porque el Mikado residía en Kiotto, rodeado de gran misterio y tenido como la representación más alta de la autoridad, pero sin ejercer la representación, porque

el shogun era el que mandaba. Muchas veces se ha recordado á este propósito lo que sucedió con los merovingios; pero en Francia la dualidad de soberanos terminó muy pronto, mientras que en el Japón ha durado siete siglos. El pueblo japonés ha sido siempre esencialmente guerrero y poco dado á las abstracciones metafísicas ni á las pasiones religiosas. En el Japón se han desarrollado, con la más completa tolerancia, religiones casi antitéticas, como son el shintoísmo, que viene á ser el culto de la Naturaleza, y cuyos ritos principales, son de purificación y consisten en prácticas de higiene, como el baño diario, que aun conservan escrupulosamente todas las clases sociales, y por otra parte el budhismo, que en el Japón ha dejado de ser lo que era, esto es, una doctrina de sacrificio, de renunciación, que veía en las cosas de la vida ocasiones nada más para purificar el alma y ponerla en condiciones de resolverse en el Nirvana ó aniquilamiento total. Existen en el pueblo japonés no sólo estas dos religiones, sino también varias sectas, como la llamada de Zen, que es esencialmente mística, porque Zen quiere decir meditación, y sus prácticas consisten principalmente en la meditación de las verdades religiosas, en cierto misticismo atenuado. Hay otra secta, que tiene más de 200 templos, que se llama de Shinshu, y que viene á ser una religión humanitaria, de altos vuelos dentro del orden moral, porque su principio es que las virtudes y los afectos, no deben nunca limitarse á una parte de la humanidad, á los miembros de la secta, sino que deben tener un carácter universal; viene á identificar la divinidad con el bien universal y llega hasta afirmar el principio de que llevamos todos en nosotros mismos no sólo el eje de nuestra felicidad, sino la sanción de nuestra vida, es decir, que: «el reino de Dios está en nosotros».

El Japón ha sido un pueblo esencialmente tolerante en materia religiosa. Sabido es que allí tuvo entrada el Cristianismo con San Francisco Javier, y si se persiguió á los cristianos, que llegaron á ser más de 300.000, se debió, por un lado, á las intrigas de los holandeses, y por otro, á que llegaron á pensar, no sin fundamento, que la penetración de las ideas religiosas no era sino un

heraldo de la penetración de los pueblos del Occidente, lo cual dio lugar, desde el punto de vista político, á que cesase la tolerancia de que disfrutaban los cristianos.

La palabra creencia no tiene allí el mismo sentido que en Europa, y la fe no es algo que venga á apoderarse del espíritu del hombre por completo, subordinando á su acción la vida toda. Se trata de un pueblo no tan incrédulo que llegue á la negación, ni tan creyente que llegue á dogmatismo alguno, ni que encuentre en la religión una regla exclusiva de conducta. A mi juicio, la historia religiosa de aquel pueblo explica en buena parte sus cualidades.

Por un lado, cierta serenidad de afectos, cierto estoicismo, cierto sentido optimista de la vida, que parece derivado del shintoísmo, que poetiza la naturaleza en todos sus aspectos, y que ha dado al carácter japonés esa dignidad que, partiendo de prácticas exclusivamente materiales, como los ritos de purificación, tiene siempre alguna repercusión en la vida espiritual de los hombres; y por otra parte, el budhismo, que es doctrina de renunciación, de sacrificio, que propende á exaltar lo que es superior en la vida del hombre, que es la recta voluntad, algo semejante, aunque con otros orígenes, á lo que defendieron los estoicos, desde Epicteto á Marco Aurelio.

Este sentido de sacrificio, este desamor á la vida que parece debiera considerarse como el supremo bien, puede ser, á mi juicio, derivado de las enseñanzas seculares. El pasado vive en el presente, como en ninguna parte, en el pueblo japonés. Hoy se da el caso de que personas de alta condición, de cultura, que conocen los sistemas filosóficos modernos, que han leído á Kant, á Descartes, á Schopenhauer, á Herbert Spenser, á Stuart Mill, se da el caso de que estas personas practican sus ritos de la misma manera que los demás, y alguien ha dicho, con ironía, que en el Japón cuanto menos se piensa en los dioses más espacio se les concede, aludiendo al desarrollo extraordinario que alcanzan todas las manifestaciones exteriores de los diversos cultos.

No quiere esto decir que no hayan ejercido acción poderosa en.

el espíritu de aquel pueblo, además del budhismo, las otras religiones que allí se han sucedido; porque aunque la religión no penetra nunca con violencia en el alma japonesa, lo que realmente constituye su verdadera virtud, ó sea su enseñanza moral y de conducta, para realizar en la vida del modo más noble los fines humanos, eso ha contribuido, sin duda alguna, á formar el alma de aquella raza.

Y tan es así, que el mismo cristianismo, allí no difundido, ha obrado de un modo beneficioso, y se le atribuye, por espíritus desapasionados, ciertos caracteres actuales de aquel pueblo, como el que haya dejado de ser una costumbre en él la poligamia, siendo indudable que á esta influencia del cristianismo se deben también otros caracteres actuales del pueblo japonés.

Sin duda ha influido en la transformación del imperio japonés el carácter militar de aquel pueblo, organizado al modo feudal, y en el que los samurais constituían una especie de milicia feudal dispuesta siempre á sacrificar la vida en defensa del honor, y que rendía culto á la espada. Estos samurais son, á mi juicio, el nervio del pueblo japonés.

No tuvo esta clase militar la condición de la caballería en Europa, que rinde culto á Dios y á la dama, pues este elemento de la dama, tan importante para el conocimiento de las instituciones caballerescas, allí no tuvo realidad. El samurai hubiera creído afeminarse si hubiera hecho de la mujer su ídolo, siendo sus únicos objetos de adoración la muerte por el Rey y su honor. Los samurais han venido á ser, después de la gran revolución de aquel país, el elemento director.

A mi juicio, los elementos principales de la grandeza del Japón han sido: primero, los espirituales á que antes aludí, ó sea el carácter práctico y educador de sus instituciones religiosas; y en segundo término, la organización militar, con su culto al valor y su desprecio de la vida.

Que este pueblo estaba preparado para la acción guerrera, es indudable. ¿Cómo se vino á producir el movimiento que ha dado por resultado su transformación? Pues de la manera siguiente. Ya

en la primera mitad del siglo XVIII se agitaba en las clases cultas del Japón la cuestión de si el shogunato era el régimen adecuado para regirle, y si había legitimidad en el poder del shogun. Una obra célebre que cundió mucho allí, titulada *Historia del Japón*, en la que se hacía un estudio del establecimiento del *shogunatu* y se probaba que había sido una usurpación de los derechos del Mikado, obra que circuló al principio de mano en mano, por la persecución de que eran objeto estas publicaciones, pero que después alcanzó muchísimos lectores, es, en dictamen de muchos autores, entre ellos nuestro compatriota Dupuy de Lome, lo que preparó el espíritu japonés para los sucesos que después habían de venir.

Los grandes señores del Sur, que se creyeron siempre vejados porque el shogunato se había apoyado en el Norte, hallábanse en estado de verdadera rebelión pasiva, cuando vinieron los sucesos de 1853, que son bien conocidos. El Japón se había cerrado al comercio de todos los pueblos, y sólo tenía relaciones con Holanda en condiciones seculares vergonzosas en su origen para ésta. Ya antes se había revelado la curiosidad de los japoneses, que procuraban enterarse de las cuestiones fundamentales de la física y de la meteorología, llegando á tener tan gran competencia en puntos determinados que asombraron á los mismos holandeses. Pero aquellos sucesos del bombardeo de Nagasaki y el tratado de paz con el Norte de América produjeron sus resultados. El Presidente de los Estados Unidos, en prenda de paz, obsequió al Mikado con un telégrafo eléctrico y con un pequeño ferrocarril, objetos que produjeron enorme curiosidad, que es la nota distintiva de aquel país, que, según algunos, no tiene aptitudes metafísicas. Pues bien: en cuanto vieron aquellos artefactos tan útiles, empezaron á indagar los medios de adquirir otros semejantes y de asimilarse la civilización europea que los producía, y los shogunes enviaron embajadores á Europa que al volver á su país, ya antes de 1877, exaltaron las imaginaciones diciendo que en Europa había mucho que aprender y trayendo consigo sabios y jefes de ejército de Occidente. Pero el shogunato había venido á manos débiles, mientras que el

padre del actual Mikado era un hombre de grande energía que se había propuesto que cambiara aquel estado de cosas, y con ayuda de los grandes señores feudales del Sur consiguió, merced á una especie de golpe de mano que éstos dieron, en 3 de Enero de 1868, anular el poder del shogun, inaugurándose el nuevo régimen y la era del *meidi*, ó gobierno ilustrado. Sabido es que el Mikado actual, al formarse el primer Consejo de los que le habían apoyado, salió del palacio, de que nunca había salido, y pronunció las famosas palabras que se han considerado como la base de su transformación. Prometió que se formaría una asamblea deliberante, que se abandonarían las costumbres atrasadas, que los asuntos se decidirían de acuerdo con la opinión pública, que la imparcialidad y la justicia serían su norma y que se buscaría «por todo el mundo el talento y el saber». A estas palabras siguieron las obras, y en 1872 salió de Yokoama una embajada compuesta de 50 funcionarios de todos los órdenes con destino á los Estados Unidos de América. Fueron recibidos en Washington por aquel Presidente, visitaron el país, haciéndose cargo de sus costumbres é instituciones, y después las Cortes de Europa, excepto España y Portugal, que atravesaban por un período de gran anarquía, volviendo á su país con las enseñanzas de este viaje. Además instruyeron su ejército, yendo allí al efecto el entonces comandante y después general Deschamps con otro jefe, y luego varios profesores alemanes. No contentos con esto, muchos oficiales japoneses fueron á Postdam á seguir sus estudios, sirviendo algunos de ellos en el ejército alemán; haciendo además en todos los ramos esto que hicieron por lo que al ejército se refiere. Así, el Japón, que tenía muy adelantadas las industrias del papel, de la ebanistería, de la porcelana, de la seda, de los metales etc., para ponerse al nivel de los países europeos, contrató en Lyon ingenieros, químicos y obreros por lo que á la seda se refiere; llevó á lá Escuela de Minas profesores alemanes; la Facultad de Ciencias fué regida por ingleses, y á la de Derecho fueron profesores franceses, uno de ellos el célebre Boissenade.

Los japoneses no gustan de gastar en vano; el plan seguido por

ellos ha sido esencialmente práctico. Han llevado á su país profesores de las diversas artes; pero en cuanto han visto que en el país se iban capacitando para dar las mismas enseñanzas ó hacer los mismos trabajos, han ido substituyendo á los extranjeros con nacionales, y hoy día, como es sabido, el Japón, en todos las órdenes, tiene un gran desarrollo, tanto que, el conde de Okuma, que es uno de sus hombres de Estado de más altura, jefe del partido radical, y que no sólo hace la política al estilo europeo, sino que sostiene una Universidad cuyos profesores van á las provincias y allí enseñan las ciencias políticas y morales con arreglo á su criterio; el conde de Okuma, digo, ha escrito un artículo titulado «Lo que será el Japón dentro de diez años», en el que, después de estudiar su transformación en los diez últimos, afirma que el comercio exterior se ha triplicado, que los impuestos dan rendimientos muy superiores á los de la anterior década, que la población ha aumentado un 10 por 100; y aun reconociendo que siempre el primer impulso es más poderoso que los subsiguientes, por lo que no se podrá seguir adelantando en iguales proporciones que hasta aquí, supone que dentro de diez años la situación económica y mercantil del Japón será como la que actualmente disfrutan Inglaterra y Alemania.

Sesión del martes 31 de Marzo de 1908.

El Sr. Sanz y Escartín :En la noche pasada, investigando cuáles son las causas que han producido el resultado de que el imperio del Japón haya pasado desde un estado, no de barbarie, pero sí de estancamiento en su relativa civilización, á la cultura europea, con todas sus consecuencias, hice notar que hay dos factores que han venido á influir poderosamente en este fenómeno.

El primero está constituido por el carácter especial de sus tradiciones é ideas religiosas, que se caracterizan por la ausencia de la fe profunda y exclusiva que lleva consigo la intransigencia y el misoneísmo ú horror á lo nuevo, propios de la mayor e de los pueblos de Oriente; porque éstos, lo mismo los que

profesan la religión mahometana, que los que profesan religiones derivadas del budhismo ó cultos politeístas, miran con marcado recelo todo lo que viene del exterior y representa otra manera de pensar, de sentir y de considerar la vida en su conjunto y en sus fines. Realmente, este punto es muy interesante, porque, á mi juicio, da en gran parte la clave del problema que nos proponemos averiguar.

El pueblo japonés no es supersticioso. Tiene un proverbio, característico en este respecto, que dice: «Atravesad todo el mundo y no encontraréis ningún demonio», lo cual demuestra que su manera de ser, se separa bastante de la que es general en el mundo. En la actualidad hay un movimiento en la opinión culta japonesa, en el sentido de indagar cuál es la religión más adecuada para ellos. Ya por el año 80 se dio el fenómeno nuevo de enviar una comisión á Europa para averiguar qué religión convendría más á la nación japonesa.

En el último número de *The Quarterly Review* se ha publicado la segunda parte de un trabajo titulado: «Al presente el Japón está en busca de una religión, no como un apasionado investigador de la verdad ni como atormentado por las dudas, sino como una persona aquehacerada (*buss* y *person*) que, entre otras cosas, busca el mejor credo, sin perjuicio de considerar también si se puede prescindir de él. El shintoísmo (incluyendo el culto de los antepasados) atrae gran caudal de sufragios y sentimientos patrióticos, políticos y familiares, pero no puede satisfacer en igual grado á la razón. Si muchos japoneses de aguda inteligencia lo aceptan, esto demuestra sencillamente de qué manera tan singular divorcian la religión y el pensamiento, no en el sentido de que por la fe ó el fanatismo superen á toda duda, sino en el de que se satisfacen con frases y ceremonias, sin inquirir más».

Ahora, hay que tener presente que al lado de este carácter, que pudiéramos llamar negativo, de las creencias, hay el que pudiéramos llamar positivo, que consiste principalmente (y esto es de mucha importancia) en el desarrollo que tienen los sentimientos de solidaridad con los antepasados, de veneración hacia los

progenitores, con tales caracteres de intensidad que en Europa no se conciben. Este culto ancestral adquiere un carácter nacional y patriótico cuando se dirige á los antecesores de la dinastía reinante, cuyo origen se remonta á muchos centenares de años a. de J. C. Además del culto á los antepasados del Mikado, cada familia lo tributa á los antepasados propios y tiene una especie de altar familiar ó doméstico; citándose á este propósito la leyenda de una *geisha*, de una bailarina, que, habiendo perdido á su amante, á las horas en que tenía costumbre de verle y ataviada con sus mejores galas, ejecutaba sus danzas ante el altar familiar, suponiendo que con ello daba satisfacción al objeto de su cariño.

Existe allí también la idea de la reencarnación de las almas, ó sea la de que el individuo, al morir, aun perdiendo su individualidad personal y disolviéndose sus elementos, viene, por una especie de voluntad de vivir que recuerda el principio metafísico de la filosofía de Schopenhauer, á encarnarse en otras formas. Atribuyen también á los espíritus lo bueno y lo malo que sucede, sobre todo lo bueno, porque su carácter optimista les hace atribuir á aquéllos las lluvias benéficas, los vientos templados, la vegetación exuberante, etc.

Pero los japoneses no tienen de los espíritus la idea que pudiéramos llamar metafísica de los pueblos europeos, esto es, de realidades sin ningún atributo material ó sensible, sino que los juzgan susceptibles de percibir el aroma de las flores que constituyen las ofrendas, ó las melodías del culto.

Pero estas creencias ó sentimientos religiosos son vagos, no constituyen un dogma, no apasionan aquel pueblo, en que parece haber revivido el estoicismo.

En mi entender, las diversas creencias que se han disputado el alma japonesa no han conseguido esclavizarla; pero lo fundamental de sus enseñanzas ha ido calladamente, sin forma de preceptos, pero por la sugestión sensible del ejemplo, formando esa conciencia serena, resignada y dispuesta siempre al propio sacrificio por el honor y por la patria.

No hay sobre la tierra pueblo más dueño de sus afectos. El anuncio de la muerte de sus más próximos parientes, ó el más grave peligro personal, no consiguen borrar la sonrisa de los labios del verdadero japonés. Son, además, callados en los dolores, poco expansivos en el amor, y con un sentido de la vida quizá más exacto y profundo que el nuestro.

Después de esta condición esencialísima de su constitución espiritual, que nos explica el hecho de que el Japón no haya encontrado dificultad interna para adoptar costumbres de civilizaciones distintas, hay que tener en cuenta lo que constituye su manera de ser heroica, su espíritu militar, su concepto del honor y de la lealtad. Allí, según la sobria y expresiva frase japonesa, *la espada es el alma de los samurais*. Estos eran una especie de milicia feudal, como nuestros hijosdalgo, que, sin ejercer jurisdicción, formaban, sin embargo, parte de las clases superiores. Las inferiores se hallaban constituidas por los comerciantes, artesanos, labradores, etcétera; habiendo otra, los *etas*, aun más inferior, y otra, los *hinín*, compuesta de individuos á quienes casi se negaba la condición humana. Pues bien: los samurais, que siguen siendo el nervio de aquella sociedad, tenían todas las virtudes militares en el más alto grado, y sus ideales de valor heroico y de honor caballeresco constituyen elemento principalísimo de la fuerza del pueblo japonés. Recientemente han causado profunda impresión patriótica las palabras del Emperador, quien, al ver que en los regimientos de dragones creados á estilo europeo el sable colgaba de la silla del caballo, desaprobó la reforma, porque dijo: «La espada es cosa demasiado noble para ser llevada por un bruto.»

Todavía puntualiza más este estado, lo que pudiéramos llamar el catecismo de los reclutas, el cual, según dice un brillante escritor, que publicó una serie de artículos sobre este tema en la revista *Ambos Mundos*, está concebido en estos términos: Pregunta el jefe á los soldados:

— «¿Quién es tu jefe?

—El Emperador.

—¿Qué es el espíritu militar?

—La obediencia y el sacrificio.

—¿Qué entiendes por *gran valor*?

—No contar el número de los enemigos y marchar adelante.

—¿Y el *pequeño valor*?

—Enfurecerse por cualquier cosa y rebajarse á viles brutalidades.

—¿De dónde procede la sangre que enrojece tu bandera?

—Del que la llevaba en el combate.

—¿Y en qué te hace pensar?

—En su dicha.

—Del hombre muerto ¿qué queda?

—La gloria.»

Todo esto ha producido un sentimiento especial y extremado de dignidad, de abnegación, de lealtad á la fe jurada y de corrección en la vida. El japonés no se humilla jamás y llega á verdaderos actos de heroísmo, que se han puesto bien de relieve en las últimas guerras. Recuerdo á este propósito el siguiente hecho: Un niño de catorce años, hijo de un samurai con poca fortuna, tuvo que ir á servir á un comerciante, con la conminación de su padre de que si cometía alguna falta deshonrosa no le recibiría en siete existencias. Pues bien, como el dueño de una pastelería donde le mandaron á comprar dijese que aquel muchacho se había quedado con un pastel, él, después de negarlo, aunque su amo le dijo que si lo confesaba le perdonaría, se marchó de la casa, y después de pasar la noche en un teatro viendo una pieza en que el héroe se expresa en sentido muy elevado, se hizo aplastar por el tren, dejando un papel en que decía: «Respetado padre: tu hijo no ha hecho lo que se dice de él.»

También se refiere el hecho de que una joven de doce años que en la calle fué insultada volvió á su casa y pasó la noche limpiando y preparando su cuchillo para vengarse, porque, según • confesó, no podía ver á su padre mientras estuviera bajo el peso de aquellas injurias.

Por otra parte, el escritor francés Bellesort, enviado al Japón ,por Brunetiére, de quien no puede pensarse que enviara á nadie

que no pudiera dar idea exacta de lo que viera, dice: «La antigua civilización japonesa no me ha parecido muy inferior á la nuestra, y aun puede sostenerse que el nivel medio de la moralidad era sensiblemente superior. Ha producido almas de una admirable delicadeza, y los japoneses fueron uno de los pueblos más armoniosos del mundo.»

Esta afirmación de Bellesort causa sorpresa; pero si se advierte que se trata de un pueblo valeroso, disciplinado, con grandes cualidades morales y aptitudes artísticas, ya no extraña tanto. Es cierto que existían costumbres tan bárbaras como la del *karikiri* (abrirse el vientre), tan arraigada, que no pudo abolirse á pesar de la moción que para ello se hizo en el primer intento de Parlamento en 1871. Pero en parangón con esta costumbre, fundada en un exceso de caballerosidad, la civilización occidental, hasta hace poco, ¿no ha tenido cosas más absurdas, como el tormento aplicado á los sospechosos de delincuencia para que, á fuerza de dolor, declararan su culpabilidad, considerándose luego esta confesión como base para enviarlos al patíbulo? Es para mí indudable que, si bien no cabe afirmarlo en absoluto, tiene algún fundamento esta afirmación de que aquella civilización era superior á la nuestra en cuanto á la moralidad, y no muy inferior en cuanto á lo demás. Lo único en que puede afirmarse la superioridad de la civilización occidental es en lo que se refiere al espíritu cristiano, si bien es cierto, por desgracia, que este espíritu no ha producido sus lógicos y naturales frutos en las sociedades europeas.

Para terminar esta parte que se refiere al alma japonesa citaré las siguientes palabras, escritas por una niña, según el autor (japonés) del libro *La fuerza de los amarillos*: «Hay un espíritu japonés, como hay un espíritu inglés ó americano. Cada uno tiene su característica. El espíritu japonés es puro y noble. Es como las flores del cerezo, que son bellas y esparcen aromas; el viento las disipa sin que sientan tristeza. Así vivimos y morimos sin contar para nada la vida que damos á nuestro país. Ese es el secreto de la victoria. El Japón es pequeño, pero todo japonés siente así desde su niñez, y está dispuesto á morir por el Emperador y la Patria.»

Todo esto explica el dinamismo con que este pueblo ha sabido elevarse, adaptándose á las nuevas normas; habiendo contribuido también mucho á esta transformación el que, en la segunda mitad del siglo pasado, el Japón ha producido hombres verdaderamente excepcionales por la alteza de juicio, por la prudente y certera previsión y por el sentimiento de patriotismo intenso. Aun viven el marqués de Ito y el conde de Okuma, verdaderos iniciadores. También el famoso Fukusara, autor de la *Geografía histórica del mundo*, obra que produjo allí gran efecto, ha sido uno de los grandes transformadores porque conocía la civilización norteamericana, alemana é inglesa, en las que se inspiraba, como se ve en su folleto *Es preciso amar la ciencia*. Además las reformas se llevaron á cabo de un modo enérgico y prudente al mismo tiempo.

Claro que el actual Emperador es un espíritu bien dispuesto, tanto, que se cuenta de él que cuando se trataba de que todas las clases sociales entrasen á formar parte del Ejército, considerándose todos camaradas en las armas, en aquel país de castas, le dijeron sus consejeros que por ese camino, poniendo en tela de juicio los principios de aquella organización social, llegaría un momento en que también se quebrantara la fe en la Monarquía; y á esto contestó el actual Mikado que de ninguna manera renunciaría á lo que creyese conveniente para su pueblo, y que, aunque tuviera la certidumbre de que le aguardaba la suerte que sufrieron Carlos I de Inglaterra ó Luis XVI de Francia, seguiría su camino. El actual Mikado, repito, que estaba bien dispuesto y que empezó á reinar muy joven, á los diez y siete años, tuvo por cooperadores á varios hombres de primer orden, especialmente los cuatro grandes Daimios, que dieron el golpe de mano que acabó con el shogunato, los cuales completaron su obra renunciando al señorío feudal porque comprendieron que mientras el Japón fuera patrimonio de 260 señores feudales no podía ser una gran nación. Los demás siguieron el ejemplo, y se encontró el Mikado, en Agosto de 1869, en posibilidad de dictar su decreto aboliendo el feudalismo y creando prefecturas ó gobiernos, al frente

de los cuales, al principio, colocó á los mismos señores feudales. Luego les mandó que fueran á la capital y les asignó como renta vitalicia una cantidad igual á la novena parte de los ingresos que antes sacaban de sus Estados, y así fué como terminó el feudalismo.

Una de las mayores dificultades consistió en la extinción de las antiguas milicias feudales de los samurai, que ascendían á 200 ó 400.000 hombres; pero se resolvió dándoles pensiones vitalicias, que han gozado hasta que han ido desapareciendo.

Se encontraron luego con que la propiedad territorial estaba en pocas manos, hecho social de malas consecuencias en todas partes, y abordando el problema con gran valentía indemnizaron á los propietarios y dieron en propiedad á los cultivadores la mayor parte de las tierras.

Las reformas políticas han sido realizadas con gran prudencia, porque después del primer ensayo de Parlamento, que les dio mal resultado, porque el pueblo no estaba preparado para ello, el Gobierno procedió con cautela y lentitud, introduciendo por grados en la Administración pública una ligera levadura de representación popular por medio del establecimiento de asambleas civiles y consejos urbanos, al propio tiempo que se creaba un Centro senatorial, especie de Cuerpo consultivo del Gobierno, pero sin poderes legislativos. Bajo esta dirección, la educación política del pueblo avanzó tan rápidamente, que ya en 1881 el Gobierno aconsejó al Emperador que hiciera la promesa solemne de que en 1890 se establecería un sistema parlamentario completo. Durante los nueve años siguientes se preparó cuidadosamente el nuevo régimen político, dándole, por último, expresión legal en cinco leyes: la Constitución, las de formación del Senado y Congreso, la Electoral y la de Hacienda. El Ministerio es responsable sólo ante el Emperador, y su vida es independiente del Parlamento. La soberanía reside en último término en el Emperador. La Constitución del Japón se asemeja, por tanto, más á la del Imperio alemán que á la de Inglaterra ó España.

Se ve, pues, que á pesar de la rapidez con que se ha efectúa-

do la transformación de aquel imperio, ésta ha seguido una gradación, otorgando al pueblo aquellos derechos para cuyo ejercicio se le ha visto capacitado. Aun así, el Parlamento dio mucho que hacer, y después de la guerra con China, como hubo necesidad de aumentar las contribuciones, se encontraron con gran oposición en el Parlamento, tanto, que hubo que disolverlo, tardándose bastantes años en normalizar la situación. Además, aquel Gobierno no se limitó á aumentar las contribuciones, sino que procuró el desarrollo de la riqueza pública, comprendiendo que para recaudar mucho hay que empezar por aumentar la riqueza imponible. Ellos tenían también su moneda enferma; pero con los 200 millones en oro que recibieron de China constituyeron una fuerte reserva, adaptándola el patrón oro en Octubre de 1897. En 1887 se estableció el servicio militar obligatorio. El Código penal se hizo en 1880, y es uno de los mejores que existen, aunque ya en 1868 y 1869 se habían suprimido ciertos suplicios y se había limitado mucho la pena de muerte. También se hizo un Código de Comercio, otro civil, se establecieron los Tribunales colegiados, etc., etc.

De suerte que, como resumen de lo dicho, pienso que los motivos de la rápida transformación del Japón han sido: 1.º, las condiciones de la raza y las cualidades que han desarrollado en aquel pueblo sus creencias religiosas, sus instituciones feudales, su espíritu militar, sus aptitudes para la industria y su intensa disciplina patriótica; 2.º, su razón equilibrada y exenta de prejuicios que les ha permitido reconocer noblemente sus deficiencias y no avergonzarse de llamar á extranjeros para reformar su Ejército, sus enseñanzas, sus Tribunales, sus industrias y su cultura toda, y finalmente, la feliz circunstancia de haber contado en el último tercio del siglo pasado con una pléyade de hombres de gran valer, iniciadores, estadistas y hombres de guerra. En una palabra: la orientación adecuada del espíritu social y las grandes cualidades del pueblo japonés, formadas al través de los siglos, son las que han producido su rápida y reciente transformación.

Sesión del martes 7 de Abril de 1908.

El Sr. Conde de Casa Valencia: En los tres años que he sido Embajador de España en Londres he tenido por colega á un Ministro de Dinamarca que había permanecido tres años en Tokio, el cual habló conmigo extensamente del extraordinario estado de civilización de aquel país, diciéndome que se debía principalmente á lo siguiente: A que desde fines del siglo XVIII el Soberano entonces del Japón envió comisiones compuestas de personas muy instruidas y muy bien preparadas á todos los países de Europa para estudiar su organización militar, administrativa, pedagógica, artística, la de todas clases, que volvieron al cabo de algún tiempo, dieron cuenta del resultado de sus estudios é hicieron que se adoptaran las disposiciones convenientes para organizarse como las naciones más civilizadas, aceptando especialmente la organización militar de Alemania, que les dio tan buenos resultados, que, como los señores Académicos saben, pudieron en su guerra con Rusia derrotar á esta nación hasta lograr la rendición de Puerto Arturo, plaza considerada casi como inexpugnable, y cuya rendición costó el procesamiento á algunos generales rusos.

El Ministro de Dinamarca á quien debo estas noticias me dijo que en Tokio se han adoptado todas las costumbres europeas, por lo cual la vida para las familias europeas, que es insoportable hasta para los hombres solos en Pekín, es muy agradable para los diplomáticos extranjeros, incluso para sus señoras, porque constantemente hay comidas, tes, bailes y funciones teatrales en que se representan piezas en francés.

Me dijo también una cosa que él comprobó porque le parecía inverosímil, y que, sin embargo, resultó cierta. En una de las tiendas principales de Tokio vendía una niña de doce años que estaba casada y tenía un hijo de un año, caso allí frecuente por la precocidad de la raza. Esto es lo que tenía que decir.

El Sr. Gullón: He oído con mucho gusto y con verdadero interés la peroración, desgraciadamente interrumpida por la incon-

trastable marcha del tiempo, de nuestro digno Secretario y amigo el Sr. Sanz y Escartín, en la primera noche que habló, siendo mayor mi deleite durante la segunda parte de su discurso, pronunciada en la sesión última, y estando de acuerdo con él, si no en todas, al menos en las principales afirmaciones históricas del relato.

Difiero de S. S., sin embargo, en algunas apreciaciones generales, pero no tengo suficiente caudal de noticias ó de conocimientos, ni bastante ordenadas las ideas que el tema me ha sugerido, ni preparación suficiente para atreverme á molestar á la Academia, porque no pensaba hablar esta noche: lo hago ligeramente para deferir á las amables indicaciones del Sr. Presidente.

Creo que, en efecto, las circunstancias que enumeró brevemente la primera noche el señor Secretario han podido influir algo en los sorprendentes cambios y resultados que en el Japón se han producido, porque es evidente que la historia contribuye siempre en no escasa medida á modificar las condiciones étnicas y á formar el carácter nacional, y por lo mismo, á explicar los movimientos y grandes actos de un pueblo; pero entiendo que más que las causas históricas y etnológicas son psicológicas las que han traído la renovación que en aquel Imperio ha surgido.

Creo que esta renovación y este crecimiento han sido engendrados por una mezcla extraña, que se realiza en aquella raza, entre el amor á la novedad y el amor á la patria, allí vivo é intenso como quizá en ninguna otra parte, y un culto permanente á todo lo bueno, de dondequiera que se aprenda y de dondequiera que proceda; que se ha conseguido por una amplitud de miras y una independencia silenciosa de juicios que existen allí, probablemente como en ninguna otra región, por un singular enlace de subordinación, de amor á la tradición y al progreso, y del deseo de saber, de ahondar, de asimilar y perfeccionar todo ello, unido, además, á una gran disciplina y á un espontáneo respeto á toda superioridad verdadera que puede en el Japón llamarse nativo; prendas y circunstancias que, en mi pobre sentir, han formado ó caracterizado el alma japonesa, creando una intensidad y una expresión de vida intelectual y una igualdad, un nivel de vida

moral bastantes para engendrar á su vez el extraordinario impulso nacional que admiramos. Entiendo, por último, que con dichas condiciones, y más señaladamente con la aptitud asimiladora y con el amor patrio, ha influido en el sorprendente progreso cierta callada pero positiva tolerancia religiosa de que quizá no existe otro ejemplo en todos los países del Oriente.

La suavidad con que la religión nacional, el *Shinto*, sin quedar nunca totalmente olvidada, puesto que todavía hoy se conserva, dejó en el siglo VI entrada y espacio al culto de Budha y á las enseñanzas de Confucio cuando éstas ¡legaron del continente vecino, no solas, sino acompañadas ó precedidas por los progresos y por la superioridad que con respecto al Japón alcanzaban entonces los chinos en ciencias, artes y, sobre todo, en navegación y comercio; el rápido y extraordinario desarrollo que diez siglos más tarde alcanzaron las predicaciones del cristianismo, y señaladamente el proselitismo de San Francisco Javier, sus compañeros y sucesores, también precedidos por los navegantes portugueses y por una importación de los progresos occidentales; la violenta reacción que surgió después y, sobre todo, las acogidas, aunque intermitentes y varias, muy significativas, hechas desde 1854 al elemento europeo, y el carácter á la vez naturalista y doméstico del culto religioso de muchos japoneses, y la suavidad que en este punto ofrecen sus costumbres, son, con otros diversos motivos, algunos de los que me llevan á sumar su tolerancia con sus dotes de asimilación, su patriotismo y su deseo de progreso como secretos de sus desarrollos y ventajas.

Y no puedo decir más sin abusar de vuestra benevolencia y sin defraudar una atención que me consta tiene entre vosotros guías más expertos, más especialmente preparados y mucho más conocedores que yo del hondo y complejo tema que examinamos, en el cual sólo me proponía consignar impresiones personales ó algunas ideas capitales y de conjunto.

El **Sr. Sánchez de Toca** intervino, continuando sus discursos en las sesiones del 14, 21 y 28 del {mismo mes de Abril de 1908.

Sesión del martes 5 de Mayo Se 1908.

El Sr. Sanz y Escartín: Señores Académicos: Pensaba haber contestado más extensamente, y tal vez lo haga en otra ocasión, á los discursos que en días pasados, y con satisfacción de todos, pronunció el Sr. Sánchez de Toca; pero he perdido las cuartillas en que iba apuntando las ideas que aquéllos me sugerían, y por ello habré de limitarme á lo que recuerde.

La capital afirmación del Sr. Sánchez de Toca ha sido la de que no es cierto que el Japón se haya asimilado la civilización europea, y que lo que se ha apropiado han sido sólo los métodos adecuados para el progreso en el orden material, sin que pueda decirse que se trata de un pueblo civilizado, al menos en el sentido que nosotros damos á esta palabra, envolviendo, por tanto, para él, un falso supuesto el tema, porque que éste se enuncia así: ¿cómo se explica la rapidez con que el Japón se ha asimilado la civilización europea?

Depende, pues, todo de lo que entendamos por civilización. Para mí esta, consiste: primero, en que exista un fondo de ideas sobre las cuales descansa un estado de derecho exento de la inhumanidad y del carácter de fuerza brutal que revisten los estados sociales en los pueblo bárbaros. Es decir, que donde hay un derecho igual para todos, donde no existen la esclavitud ni el régimen de castas, donde el tormento ha desaparecido, donde hay un régimen político en el cual tienen representación los diversos intereses y aspiraciones populares, donde hay espíritu científico, libertad religiosa, poderío y sentimiento patrio, allí hay un pueblo civilizado; y no puede negarse que estos caracteres se dan hoy en el Japón. En efecto, allí todos pueden aspirar á todo; allí tienen sus Códigos civil, penal, mercantil, etc., por lo menos, al nivel de los nuestros; de allí han desaparecido las jurisdicciones consulares, cosa importante y significativa, porque tales jurisdicciones implican siempre inferioridad en los pueblos que las toleran, y en el Japón fueron suprimidas á gusto de todos.

Que han desaparecido los tormentos y predominan sentimientos de humanidad, es indudable, y así, cuando la gran peste de Hong-Kong se distinguieron por su abnegación los médicos japoneses, y en sus guerras tanto como á sus heridos han cuidado los de sus adversarios.

Que existe régimen representativo, lo sabemos todos, y si al principio funcionó de modo imperfecto, por aquello de que la función crea el órgano, cada día funciona mejor, y es conocida la patriótica actitud de aquel Parlamento, tanto con motivo de la guerra con China, como después con ocasión de la guerra con Rusia.

No puede negarse tampoco que hay libertad religiosa, cosa antigua allí, pues la persecución á los cristianos de que fué víctima nuestro San Francisco Javier, fué una excepción y se debió más bien á motivos políticos.

Allí, el Presidente de la primera cámara de los Diputados era cristiano, hecho que dice más que todos los razonamientos.

En cuanto al espíritu científico, tenía formada una lista (que también he perdido) de artículos de revistas que demuestran cómo se estudian allí las obras de Kant, Schopenhauer, Descartes, Herbert Spencer, Stuart Mill, etc.

Y respecto á la falta de inventiva, que injustamente atribuye al Japón el Sr. Sánchez de Toca, diré que los japoneses usan un fusil de su invención, y que, en medicina y en química, vienen demostrando grandes iniciativas y realizando verdaderos adelantos.

En el orden de la política tienen, como los pueblos europeos, su partido intervencionista, ya que no socialista, y hasta esa inquietud propia de la civilización intensa; porque parece ley inevitable la de que sólo mediante el sufrimiento se adquiere la mayor perfección.

Afirmo, pues, como resumen, que en el Japón existe verdadera civilización. Ahora, ¿quiere esto decir que este pueblo sea en sus ideas y costumbres como los demás de Europa? Claro que no; hay más diferencia entre su modo de sentir la vida y el modo como la siente el europeo que la que hay desde el mismo punto

de vista entre el pueblo inglés y el italiano, por ejemplo; pero esto no afecta el hecho mismo de la civilización. Y una vez que tienen, á mi juicio, lo que en ésta es fundamental, no me parece que se puede negar que están entre los pueblos civilizados. ¿Es que sólo se puede llamar así á los pueblos que profesan el cristianismo? A mi juicio no.

En las religiones hay que distinguir el fondo y la forma. ¿Quién duda que son cristianos en el fondo, aunque no profesen estas creencias religiosas, cuantos hombres y pueblos comulgan en los principios de humanidad, de amor, de pureza y de dignidad humana?

Si la civilización estuviera vinculada á un credo religioso, tendríamos que decir que no habían sido hombres civilizados Taine, Herbert jSpencer, Berthelot y tantos otros hombres eminentes.

Además, ¿cómo habíamos de dejar fuera del concierto de la civilización á la raza judía, que tanto ha contribuido al avance general del mundo, hasta el punto de que creo que la rápida decadencia de nuestro poder es debida á su expulsión, pues, según dictamen de los que mejor han estudiado aquella época, ellos fueron los que más impulsaron y mantuvieron la vida económica de toda España?

Con testimonios y documentos de la época, dice Madoz en su *Diccionario* que su expulsión fué la causa de la muerte de nuestras industrias.

Afirmo, por consiguiente, que el Japón ha entrado á velas desplegadas en el concierto de la civilización mundial y me parece justificado el tema propuesto por nuestro digno compañero el señor Azcárate cuando quería indagar los motivos de esta rápida transformación.

Lo de que el pueblo japonés es muy religioso, el más religioso, como decía el Sr. Sánchez de Toca, empleando cierta paradoja, á lo cual le da derecho su talento, me parece que no tiene defensa y que es exacta la frase del enviado de Brunetiere, Mr. Bellessort, cuando decía que los japoneses vivían en una atmósfera religiosa tan tenue y tibia como el aire de su país.

En efecto, ni allí ha habido nunca guerras religiosas; ni ha existido el exclusivismo de secta.

El año 75 enviaron á Europa una comisión para que estudiase las religiones, y hoy, en publicación tan autorizada como *The Quarterly Review*, se dice lo siguiente, que es muy significativo: «Al presente el Japón... está en busca de una religión, no como un investigador torturado por las dudas y ansioso de poseer la verdad, sino como una persona aquehacerada que, entre otras muchas cosas, indaga cuál es la mejor religión, sin perjuicio de considerar también si realmente es alguna necesaria.»

Lo que hay es que no son extremados en nada, toman las cosas de orden religioso con tranquilidad; y así, en el centro de Tokio hay una hermosa catedral católica y á nadie se molesta por sus opiniones religiosas. Su religiosidad no se apodera de la personalidad entera, como sucede en Europa.

Y ramos ahora á la superioridad de los chinos, defendida por el Sr. Sánchez de Toca.

Lo contrario sostenía D. Francisco Silvela, el cual, después de una sesión en la que yo hablé del peligro amarillo, del peligro de que se despertara aquella inmensa masa de gente, dijo que él no tenía ese temor, porque, según sus datos y lo que había oído al Sr. Dupuy de Lome, que estuvo mucho tiempo en aquellas regiones, estaba convencido de que el Japón tenía condiciones superiores de raza de que no participaba China.

Sin participar yo de esta opinión, reconocía el desarrollo superior de los japoneses, por condiciones geográficas quizá, pues siempre son más propensos al progreso los pueblos que viven á orillas del mar ó de los grandes ríos que los que están en el centro de los continentes entre inmensas montañas como las que dominan á la China, que hacen estacionarse á las razas.

Pero la tesis del Sr. Sánchez de Toca no tiene defensa, y los hechos dicen más que todos los razonamientos. En efecto, no se da jamás el caso en la Historia de que un pueblo pequeño domine á otro mayor sino cuando su civilización es superior. Así se comprende lo que sucedió en el choque de Grecia con Persia y lo

que ha acontecido en las guerras del Japón con China y con Rusia, siendo además sabido cómo un puñado de franceses al mando de Palikao entró en Pekín. Es verdad que se dice que los chinos en la antigüedad tuvieron la pólvora, la imprenta, etc.; pero hay que tener presente que se identifican en la Historia las civilizaciones china y japonesa, y además las artes en el Japón estaban tan adelantadas como en China, por ejemplo, la ebanistería, la sedería, etc.

Respecto á las condiciones del pueblo japonés, podemos atenernos al testimonio de San Francisco Javier que, decía que tenía amor á la gloria, cortesía, desprecio del peligro, y que su espíritu era curioso de las ciencias naturales y divinas, acabando por llamarle las *delicias de su alma*.

De suerte que era un pueblo de no despreciables condiciones, ya superiores entonces al pueblo chino, donde aun hoy existe la exposición de los niños, el suplicio y la degradación de la personalidad humana. ¿Podemos, pues, decir que el pueblo chino sea superior al Japón porque la astucia mercantil esté muy desarrollada? Jamás para caracterizar yo un estado de progreso, me referiría á esta astucia mercantil, porque si bien estimula la vida de los pueblos, no son los que se hallan adornados de estas condiciones los más dignos de ser imitados. Para mí hay más grandeza en el estoicismo, en la abnegación y en el sentimiento del honor del pueblo japonés que en todas las astucias mercantiles de los chinos de Hong-Kong ó de Cantón.

He tenido que combatir con las razones expuestas los puntos fundamentales de los interesantísimos discursos de nuestro compañero el Sr. Sánchez de Toca, ó sea: 1.º, la afirmación de que los japoneses no se habían asimilado más que una parte menguada de civilización, lo que tenía de mecánica; 2.º, la de que el Japón era uno de los pueblos más religiosos del mundo; y 3.º, la de que tienen mejores y más altas condiciones para el progreso los chinos que los japoneses.

Y por ahora no se me ocurre más.

El Sr. Sánchez de Toca intervino.

Sesióa del martes 12 fle Mayo de 1908.

El Sr. Sanz y Escartín: Señores Académicos: Haré sólo muy ligeras observaciones, porque, realmente, lo dicho en la sesión última por el Sr. Sánchez de Toca no contradice lo afirmado por mí, sino que más bien lo complementa.

El Sr. Sánchez de Toca se ha fijado en algunos caracteres de la civilización japonesa reales y positivos, si bien les ha atribuido quizá más importancia de la que tienen. Todos los que han estudiado á fondo el Japón convienen en que la religión allí es algo que habla á la fantasía y al sentimiento, pero que no toma carácter dogmático, algo (según una expresiva frase) tan tibio y tan tenue como el aire que se respira en aquellas islas.

Algún concepto que me atribuyó el Sr. Sánchez de Toca no era del todo exacto. Yo no dije que el cristianismo fuera una religión como cualquiera otra, sino que hay ciertos principios morales en los cuales coinciden todas las grandes religiones, como el budhismo y el mahometismo, aunque éstas sean muy distintas del cristianismo por su origen, valor y fecundidad en la Historia.

Que el Japón conserva intacto su modo de ser secular. Realmente, los pueblos, en general, no se transforman con la rapidez con que se transforman sus capas superficiales, formadas por las clases superiores; esto ocurre en todas partes, en Rusia, como en Italia, como en nuestro país; siendo indudable, sin embargo, que la civilización japonesa no es hoy algo nominal, como pretende el Sr. Sánchez de Toca, y no puede decirse que estén moralmente en la actualidad como hace mil años. En efecto, han desaparecido las castas, y ya no hay individuos, como había, á los que se podía eliminar sin la menor responsabilidad. Además, hay un derecho igual para todos y un progreso hacia la monogamia que se debe en gran parte á la acción cristiana, pues, como he dicho, todas las religiones que por allí han pasado han dejado algo de sus enseñanzas sin que en contra de esto quiera decir nada que existan supersticiones, porque éste es un hecho general.

Ahora mismo, en Sicilia, se instruye proceso contra un hombre que, atribuyéndose cualidades excepcionales para acabar con las posesiones demoníacas, ha ocasionado la muerte á un niño de ocho años, á pretexto de deshechizarle y á consecuencia de IJS tratos á que para ello le sometió, lo cual únicamente prueba la ignorancia y la confusión entre lo misterioso y lo que la misma religión condena con el nombre de hechizos.

Debo rectificar un concepto que supone un error en S. S., aunque ello, no tenga nada de particular. El shintoísmo, que es el culto de la Naturaleza y de los antepasados, no fué importado de la China, sino que es la antigua religión nacional del Japón. Antiguamente no tenía nombre; pero cuando se introdujo el budhismo, se la llamó *Shin-to*, camino de los dioses, por oposición al *Butsu-do*, camino de Budha.

Dijo S. S. que no se puede confundir aquella civilización con la cristiana, y es indudable; pero se va por el camino de la unificación de la civilización y de la cultura, y el movimiento intelectual es en el Japón semejante al de los países avanzados.

Así, allí se estudian los problemas físicos y químicos, los filosóficos, la influencia del medio ambiente y de la educación, y hasta se inician la inquietud y el descontento con lo existente, nacidos del deseo de lo mejor, y que constituyen quizá condición de progreso.

Se da allí también el hecho de que las clases obreras pretendan influir en el Gobierno, mediante el socialismo de Estado, siendo la carestía de la vida, otra de las consecuencias de ciertos fenómenos económicos que suelen coexistir con el rápido desarrollo de los pueblos. Ya no se vive allí de la manera bucólica que describe el Sr. Sánchez de Toca, tomándolo de los cuadros pintados por Leofcadio Hern y otros, sino que hay dificultades y luchas semejantes á las que presenciamos en Europa.

También el Sr. Sánchez de Toca daba más importancia de la que tiene, aunque tiene mucha, al carácter hierático, tradicional, del prestigio del Mikado. Este es indudable; pero va habiendo alguna diferencia. Antes era un ser misterioso ante el cual todo

el mundo enmudecía, y ahora los aplausos con que á veces la juventud acoge su presencia en las calles suponen, á juicio de un autor, la ruina del antiguo prestigio, que no toleraba tales manifestaciones. Y uno de los hombres más eminentes del Japón dice: «Temo el día en que venga un Mikado demasiado inteligente». Claro que el prestigio religioso del Mikado ha de tardar mucho en desaparecer; pero su transformación es inevitable.

No insisto en la comparación del Japón con China porque me parece cuestión bastante dilucidada.

Pero no quiero terminar sin hacerme cargo de lo dicho por el Sr. Sánchez de Toca acerca de la falta de honradez del comercio japonés. Hay algo de fundado en sus afirmaciones. -El comercio fué mirado durante mucho tiempo con desprecio por aquel pueblo caballeresco, y no poco influyó en esto la conducta de los holandeses, que renegaban de su religión antes que renunciar á la ganancia mercantil.

Pero esto no nos debe extrañar mucho aquí, donde hasta hace poco se ha mirado también el comercio con menosprecio. Hoy mismo un escritor de valer, Francisco Grandmontagne, dice que una de las cosas que más daño hacen á nuestra vida económica es la falta de moralidad de nuestro comercio, que él llama el *pica-rismo*, é indica cómo se fueron elevando por la honradez en otros países estas clases sociales.

. Pero acerca de este particular me permitirá la Academia que repita lo que tengo dicho hace tiempo, esto es, que la nación japonesa es, en conjunto, una nación honrada. Que la honradez es lo general y que los funcionarios públicos son incorruptibles. Que la prensa y la opinión vituperan toda falta de probidad en las transacciones mercantiles. Que hay personas de gran prestigio que, á ejemplo del Barón de Shibusawa, se dedican al comercio; que las escuelas de comercio inculcan la moralidad comercial como cosa esencial para una empresa, y, finalmente, que existen muchas casas de comercio en el Japón cuyo crédito no es menor que el que disfrutaban las mejores firmas europeas.

Y para terminar daré cuenta de un suceso curioso que he

leído y que demuestra lo arraigado que está en el Japón el sentimiento de veneración á los antepasados. Parece que dos diaconisas protestantes consiguieron mediante diez yens convencer á una huérfana para que se convirtiera á su religión. No perdió por esto la estimación de sus compatriotas; pero al poco tiempo, las diaconisas la exigieron que se deshiciera de las tablas funerarias que tenía en su casa porque aquello era, á su juicio, una superstición, y la muchacha, ante el temor de perder lo que le daban obedeció, y como quien realiza un crimen empezó á cavar la tierra para enterrarlas. Le faltaron fuerzas para continuar, y entonces se dirigió al río y, con los ojos cerrados, las arrojó. Pero había sido vista, y los que le habían perdonado su conversión al cristianismo no le perdonaron un acto que vulneraba todos sus sentimientos, y se convirtió en un objeto de horror. Pasado algún tiempo, las diaconisas le dijeron que la cantidad que le daban tenían que dedicarla á nuevas conversiones, á lo cual contestó la convertida que en tal caso tendría que irse á una mancebía para poder vivir. Las diaconisas la rechazaron indignadas, y ella entró en la mancebía; pero á pesar de su belleza nadie la solicitaba y tuvo que refugiarse en otra población donde nadie la conociera.

He referido este hecho porque pinta cuál es el alma de aquel pueblo.

El Sr. Sales y Ferró, en esta sesión y en las del 19 y 26 del mismo mes de Mayo, 2 y 9 de Junio y 3 de Noviembre, dijo:

IMPORTANCIA DE LA TRANSFORMACIÓN DEL JAPÓN Y CALIDAD
DE LAS FUENTES PARA ESTUDIARLA

De los hechos recientemente acaecidos en los vastos dominios del mundo social, suscita especial interés el repentino despertar del Japón y su esfuerzo para ingresar en la corriente de la civilización europea, por sus caracteres de extraordinario, singular, sin precedente en la historia y contrario á una de las leyes que la Naturaleza nos muestra cumplida por doquier y que la ciencia ha formulado hace tiempo, á saber: la ley de la identidad, en cuya virtud las sociedades se desenvuelven en concierto lógico

con todo su pasado y por un proceso lento, gradual y sostenido. A la manera que el individuo no cambia de repente las creencias y hábitos que contrajera en la infancia y consolidara en la juventud, por constituir la base de su personalidad, por la misma causa no modifican las sociedades sus saberes, instituciones y costumbres sino á largo plazo y por sus pasos contados. Simples ó complejas, plásticas ó rígidas, de andar rápido ó perezoso, vemos á las sociedades recorrer paso tras paso las sucesivas fases de su vida y ascender de una á otra mediante largos períodos de transición, no sin violencias y luchas, cierto, pero sin salto de ninguna especie. La sociedad ateniense ha sido, de todas, seguramente, la más plástica, la que en menos tiempo ha andado el ciclo entero de su evolución; y sin embargo de esto, en ningún momento de su curso se advierte que interrumpiera la continuidad de su marcha. Los mismos genios que han aparecido de vez en cuando, si han tenido la virtud de abrir al desenvolvimiento social nuevos derroteros, han carecido de poder para hacer andar á las sociedades un tilde más allá de lo que consentía su herencia; porque los genios necesitan ser comprendidos de sus contemporáneos, y la operación de comprenderlos no puede efectuarse sino en largo tiempo. Esta ley se funda en que todo cambio implica la apropiación de materiales nuevos y en que esta apropiación no puede efectuarse sin la destrucción de la antigua síntesis, con abandono de parte de sus elementos, y la formación, con los viejos elementos aprovechables y los nuevamente asimilados, de una síntesis nueva y más compleja. Semejantes operaciones requieren tiempo; y cuando se las precipita, por impaciencia de los actores ó por el influjo del accidente, la antigua síntesis se destruye, la nueva no se forma y la sociedad se disuelve.

Con el Japón parece que entramos en un mundo regido por leyes distintas. Vivía esta sociedad tranquila á la sombra de creencias primitivas y de instituciones seculares, cuando de repente se lanza á apropiarse la civilización europea, intentando salvar de un salto el espacio que las demás sociedades, hasta las mejores dotadas, han tardado siglos en recorrer; con la particu-

laridad de haber salido airosa en la empresa hasta el presente, habiendo implantado, más ó menos modificadas, la mayor parte de las instituciones políticas y sociales del Occidente. El hecho es bien digno de estudio. ¿Qué es lo que ha movido á los japoneses á adoptar de pronto semejante resolución? ¿Cómo se explica la rapidez con que han procedido en la empresa? ¿Qué parte de la civilización europea se han apropiado hasta hoy? ¿Coronará la victoria sus esfuerzos, ó perecerán en el trance? ¿Qué peligros amenazan al Estado japonés? ¿Pueden conjurarse estos peligros?

Tales son las principales cuestiones que se plantean al pensar en el hecho memorable que está realizando, el Japón. Su punto de partida ha sido la revolución de 1867. Al tratar de inquirir las causas de este acontecimiento, no olvidemos que todo, estado social está determinado, en primer término y principalmente, por el estado social anterior, y en segundo lugar, por las modificaciones acaecidas en el medio circundante. Respecto del medio, no ha habido en el presente caso otra novedad que la llegada á los puertos japoneses de la flota americana y de las europeas; pero esta llegada, si ha podido influir en el curso de los sucesos como condición, de ningún modo ha podido obrar como causa. La revolución estalló, no por la llegada de las flotas, lo cual valdría tanto como decir que éstas la llevaban á bordo; estalló por haberla preparado, durante el gobierno de los Tokugawa, el renacimiento de las doctrinas sintoístas, contrarias á la institución del Sogunado. Uno de los resultados de la revolución fué devolverse el poder político al Mikado, y esta restauración hizo posible el que los japoneses se lanzaran á apropiarse la civilización europea. Tan cierto es esto como que no es de suponer que el Sogunado se hubiese decidido á ordenar á sus subditos ir á estudiar la civilización del Occidente, ni, caso de haberlo ordenado, habría sido obedecido; porque el Sogún solamente representaba el poder político y militar, al paso que el Mikado era el depositario de la autoridad religiosa, y el milagro de lanzarse de repente un pueblo á apropiarse instituciones de otro más adelantado no lo ha obrado nunca, ni puede obrarlo, otro sentimiento

que el religioso. Por tanto, la decisión de los japoneses de asimilarse la civilización europea se ha debido á la restauración de la autoridad del Mikado, y esta restauración ha sido determinada por el renacimiento del Sintoísmo. Tal ha sido el orden de los sucesos. Ahora bien: ¿qué es el Sintoísmo? La religión primitiva del Japón. Luego para poder determinar las causas de la transformación de la sociedad japonesa es necesario remontarnos hasta la primera fase de su existencia, y seguirla á grandes pasos en su evolución hasta nuestros días.

Este viaje es penoso, por las grandes lagunas que ofrece el pasado del Japón. Los mismos japoneses no poseen todavía una historia completa de su país, y tardarán en escribirla muchos lustros: los que son menester para llevar á cabo la inmensa labor de coleccionar y depurar los materiales. Ni siquiera de la situación actual de la sociedad japonesa es fácil formarse cabal concepto, por las dificultades en que tropiezan para observarla los que pueden llegar hasta ella, y las no menos graves que hemos de vencer para inquirir su naturaleza los que no hemos tenido la fortuna de visitarla. Proviene las dificultades para observarla de que, hallándose á la mitad del camino de su transformación, oculta al través de su exterior europeizado un interior tradicional, requiriéndose tiempo, perseverancia y tino para penetrar hasta su médula y discernir sus opuestos elementos. Las dificultades para estudiarla se originan de la escasez y naturaleza de las fuentes, siendo todas incompletas, y muchas superficiales é inexactas. Unas provienen de los que fueron al Japón cuándo éste empezó á transformarse, al iniciarse el segundo tercio del siglo XIX, algunos de los cuales han permanecido en el país largos años dedicados á la enseñanza, y de éstos, los que se han aplicado á estudiar la trama de aquella sociedad, han podido ahondar hasta sus entrañas y trazarnos en ella cuadros más ó menos incompletos, pero verdaderos y exactos. Otras provienen de los muchísimos, curiosos en su mayor parte, que han ido allá posteriormente, sobre todo desde que la victoria de los japoneses sobre los chinos despertó en Europa vivísimo interés por conocer el

secreto de la fuerza de aquel Estado, y muchos de éstos, no habiendo podido dedicar al estudio todo el tiempo necesario, no han ahondado en sus observaciones más allá de la corteza, y han publicado de las creencias, costumbres y estructura de aquella sociedad relatos superficiales é interpretaciones inexactas. De estas dos clases de fuentes deriva la multitud de juicios contradictorios que circulan acerca de las instituciones japonesas.

Infiérese de lo dicho: primero, que si en todo estudio histórico y social es conveniente empezar por una selección de las fuentes, este trabajo previo es absolutamente indispensable tratándose del Japón; segundo, que, hoy por hoy, ni en Europa, ni en América, ni en el Japón mismo, hay datos bastantes para trazar un cuadro completo de la evolución de la sociedad japonesa, no lográndose disipar, por mucho que se apure el análisis, la penumbra que envuelven varios trayectos del camino. Flotan, sin embargo, en la historia japonesa algunas líneas fundamentales, al través de las cuales se columbra con bastante claridad la causación de los hechos, y esto, junto al gran caudal que aun conserva de las creencias é instituciones primitivas, y que han recogido y expuesto diligentes observadores, permite, ya que no trazar de modo cumplido su evolución, que tampoco va tan lejos mi propósito, penetrar, á lo menos, en la naturaleza y causas de su transformación actual.

He aquí algunas fuentes para el estudio del Japón:

W. Q. Aston, *Nihongi, Chronicles of Japan*, 2 vols. Londres, 1896.—El mismo, *Literature japonaisc*. Trad. de Davray. París, 1902.—L. E. Bertin, *Les grandes guerres civiles du Japon*, 1 vol., 1894.—Sigheno Aneki y otros, *Nihon rekici kiokaso*, 5 vols (Resumen de la historia del Japón desde los orígenes hasta la apertura de la Dieta en 1890, publicada también en inglés.) - Karlos Florenz, *Nihongi oder Japanische Annalen, übeqsetz und crklart* (suplementos á los *Mithcilungen der deutschen Gcsellschaft fur Natur und Vólkerkunde Ostasiens*: Tokio 1892-1897.—El mismo, *Japanische Mithologie. Nihongi Zeitalter der Góttcr* (Suplementos á los *Mith.*, Tokio, 1902). B. H. Chamberlain, *Ko ji-ki*. Recuerdo de antiguos maestros (Suplemento á las *Transactions of the Asiatic Societh of Japan*, vol. X.)—L. Hearn, *Japan. An attemp at*

interpretation. New York, 1904.—El mismo, *Glimpses of iofamiliar Japan*.—E. M. Satow, *The Revival of puré Shintau* {*Transactions of the Asiatic Society of Japan*, III).—El mismo, *Ancient Japonese Rituals* (*Transations...* VII y IX).—Q. Appert y K. Kinoshita, *Ancien Japon*, 1 Volumen, Tokfo, 1888.—PerciVal LoVell, *Occult, Japan or the way of the gods*, Cambridge.—El mismo, *The Soul of the Far East*, London.—A. B. Mitford, *Tales of oíd Japan*, 2 vol. Útil para la enseñanza de las costumbres.—F. Martín, *Le Japon vrai*; París, 1898.—Henri Dumolard, *Le Japon économique, politique et social*. París. 1905.—S. Ransome, *Japan in Transiion*. Estudio comparado de los progresos y métodos de los japoneses desde su guerra con China. —E. W. Clement, *A Handbook of Modern Japan*, Chicago, 1904.

C. L. Brownell, *The Heart of Japan*, Chicago, 1904.—Contiene excelentes informes acerca de la vida de los japoneses.—A- Stead, *Japan To-day*. Con un prefacio por el Marqués de Ito.—Q. W. Knox, *A Japanese philosopher* (*Trans...*, XX).—A. Bénazet, *Le Théâtre du Japon* (*Anuales du Musée* (Guimet), París, 1902.—Commission Imperiale du Japon á l'Exposition Universale de París, 1900, *Histoire de l'art du Japon*, 1 Vol. Interesante para el estudio del medio social.—C. Munzinger, *Die Psychologie derjavanischen Sprache* {*Mitth...*, Tokio, VI).—T. Haga, *Notes on Japanese schools of philosophy* (*Trans...*, XX).—L. Busse, *Japanische ethische Literatur der Gegenwart* (*Mittheil...*, Tokio, V).—W. Bramsen, *Japanese chronologicali Tables wit an introductory essay on Japanese Cronology and Calendan*, Tokio, 1880.—Wigmore, *Notes on land Tenure and Local Institutions in Oíd Japan* (*Trans...*, XIX).—El que desee más fuentes puede consultar Fr. won Wenckstern, *A Bibliography of te Japanese Empire*. Leide, 1895.

EDAD ARCAICA DEL JAPÓN

§ I.—*El Sintoísmo*.

La historia del Japón se divide en dos grandes períodos, separados por la introducción de las religiones de Confucio y de Budha. El uno termina en el siglo I de nuestra era; el otro empieza en el siglo VII y acaba en 1867. El primero tiene carácter mítico.: de él no se conservan más que tradiciones, las cuales, á partir de las más antiguas, puramente fantásticas, van adquiriendo gradualmente, á medida que el período avanza, valor histórico (1).

(1) Toda la literatura de este período se reduce á los anales conocidos con los nombres, de *Ko-ji-ki* y *JVihotighi*, y á los *Norilo*, ó liturgias del Sinto.

Esta deficiencia de fuentes, que sería escollo difícil de superar si se tratase de inquirir los hechos, no obsta para investigar las creencias, costumbres é instituciones, muchas de las cuales persistieron en las edades siguientes.

En todo este período, la sociedad japonesa fué tribal y genética; su fundamento, la religión ancestral, el culto de los muertos, el mismo que practicaron los primitivos egipcios, caldeos, griegos é itálicos, el que han profesado todas las sociedades durante el estado bárbaro y en la transición de éste al civilizado. No debo detenerme á exponer esta religión, por ser sobrado conocida; me limitaré á señalar las particularidades que ofrece en el Japón, empezando por el nombre *Sintoísmo*, «camino de los dioses», que fué adoptado al propagarse el budhismo, con posterioridad al siglo VI, para diferenciarla del *Butsodo*, «camino de Budha».

Constituyen la base del Sintoísmo cinco creencias: tres primitivas y dos derivadas. Las primitivas son:

i.* El muerto continúa en este mundo, viviendo en su tumba é interesándose en la suerte de sus descendientes. Jamás se elevó la mitología japonesa á la concepción de un cielo y un infierno; estas creencias no aparecieron hasta la introducción del budhismo. Los muertos vivieron siempre alrededor de sus tumbas, ó, cuando más, en una mansión subterránea, oscura y tenebrosa, semejante al *Hades* de los griegos.

2.^a Los muertos se tornan dioses, en el sentido de adquirir poderes sobrenaturales; pero conservan el carácter que tuvieron en vida, siendo benignos los que acá fueron buenos, malignos los que acá fueron malos.

3/ La felicidad de los muertos depende del culto que les tributan los vivos, y el bienestar de los vivos, de la felicidad de los muertos. De aquí el carácter esencialmente propiciatorio del culto ancestral.

Las dos creencias posteriores son:

1.* Todo suceso, favorable ó adverso (buenas cosechas, hambres, inundaciones ú otros), es obra de los antepasados.

2.^a Todas las acciones humanas, buenas ó malas, son vistas,

inspeccionadas por los espíritus de los difuntos. Estas dos creencias proveyeron de poderoso freno á la ética sintoísta.

Hay motivos para creer que la casa en que moría una persona era abandonada: en los tiempos primitivos, cuando los japoneses llevaban vida nómada, para siempre, sirviendo de tumba al muerto; más tarde, temporalmente, durante los días de luto (ocho según unos, catorce según otros), y en estos días se llevaba al muerto alimento y bebida, se recitaban poemas en su alabanza (*shinobigoto*), se tocaban flautas y tambores, se bailaba y de noche se encendía fuego delante de la casa. Estos actos revelan lo profundamente arraigada que estaba en el alma de los japoneses la creencia en la inmortalidad. Transcurridos los días de luto, se le daba sepultura, amontonando tierra encima del cadáver hasta formar un otero, cuyo tamaño variaba según la categoría del difunto. En la tumba se depositaban los objetos que el muerto había usado en vida, y á la tumba se iba en adelante, de vez en cuando, á llevarle alimento y bebida y practicar ciertas ceremonias. Estos usos continúan todavía hoy (1).

No así el de los sacrificios humanos, comunes entonces en los funerales de los personajes, y basados en la creencia de que los que habían servido al señor en vida debían acompañarle al morir, para seguir sirviéndole en el otro mundo. Eran, naturalmente, obligatorios, y ofrecían una nota de crueldad feroz, siendo las víctimas enterradas vivas hasta el pescuezo y abandonadas al horrible martirio de los picotazos de las aves de rapiña ó las dentelladas de las fieras, hasta perecer. El nombre de *hitogaki*, que significa «cerco humano», aplicado á esta costumbre, revela que era importante el número de las víctimas. El emperador *Suinin* prohibió esta práctica á principios de nuestra era, y desde entonces empezó á introducirse el uso de substituir las víctimas por imágenes de barro, de hombres ó de caballos. Esto no obs-

(1) Todavía hoy se ve, todas las primaveras, á un mensajero imperial depositar en la tumba del emperador Jimmu las mismas ofrendas de pájaros, pescado, arroz y vino de arroz que eran llevadas al espíritu del fundador del imperio hace dos mil quinientos años (L. Hearn, *Japan*, p. 45).

tante, el sacrificio subsistió, en la doble forma de forzado y voluntario, hasta que lo prohibió de nuevo el emperador Kotoku, en el año 646. Entonces se abandonó definitivamente el sacrificio obligatorio; pero subsistió el voluntario, suicidándose de quince á veinte servidores á la muerte de su principal. Este sacrificio voluntario, al objeto de servir en el otro mundo al espíritu del señor, se llamó *junshi*, y se enriqueció más tarde, al establecerse el poder militar, con una forma nueva, el suicidio por la espada, que ha persistido hasta época muy reciente, á pesar de haberlo prohibido el sogun Iyeyasu en el siglo XVI.

Desde los más antiguos ritos funerarios se fué subiendo gradualmente á un culto más elevado. La casa mortuoria, *moya*, se transformó en templo sinto, que todavía hoy conserva la forma de la choza primitiva, y luego, por influjo de la China, se estableció el culto doméstico, que el budhismo fijó definitivamente, como veremos más adelante.

- Sobre la religión de los antepasados, cuya idea fundamental era, según acabamos de ver, que el bienestar de los vivos depende de la felicidad de los muertos, y la felicidad de los muertos del culto que les tributan los vivos, se basaban la organización de la familia japonesa y las leyes relativas á la propiedad y á la sucesión. En esta organización no he de ocuparme sino de paso, por ser muy parecida á la primitiva de la familia romana, incluso en el principio de la agnación. Era la familia japonesa muy extensa, á modo de comunidad familiar, compuesta de sesenta ó más personas, viviendo juntas en la misma casa, la cual se extendía al tenor que se contraían nuevos matrimonios. No había salido de la poligamia, pero mostraba tendencia á la monogamia (1). Por vínculo, por alma, tenía el culto ancestral. En su consecuencia, se reputaba, más que como una gran desgracia, como un crimen

(1) En tiempo de Iyeyasu era casi monógama, según se desprende del art. 54 de su Legado, que dice: «La posición de la mujer respecto de la concubina es la misma que la del seftor respecto de su vasallo. El emperador tiene doce concubinas; los príncipes pueden tener ocho; los oficiales de primera clase, cinco; el samurai, dos. Los demás suelen tener una.»

para con los difuntos, el morir sin dejar un hijo varón que practicase los ritos fúnebres y depositase las ofrendas debidas en la tumba de los antepasados (i). De aquí la obligación de casarse; la frecuencia de la adopción, para proveerse de heredero, y del divorcio, en los casos de esterilidad; el no permitirse al joven elegir mujer, debiendo aceptar la que sus padres le designaran; el carácter religioso de las ceremonias del casamiento, una de las cuales era beber los novios vino de arroz del mismo vaso, el renunciar la novia á los dioses de su familia y adoptar los de la familia del marido; la subordinación constante de la mujer cuando soltera á su padre, cuando casada á su marido, cuando viuda al mayor de sus hijos; el poder absoluto del padre de familia, que era á un tiempo sacerdote, gobernante y magistrado, con derecho de vida y muerte sobre su mujer y sus hijos; la piedad filial, llevada al extremo de sacrificar las hijas su honor en beneficio de sus padres (2), y el pasar íntegro el patrimonio paterno á los hijos, heredando la casa el mayor de ellos. Rasgo especial de la familia japonesa, en el que se nota cierto influjo de raza, era la ley de senioridad, profundamente grabada en su alma, en cuya virtud la mujer obedecía al varón, el joven al anciano, el hermano menor al mayor, con tal severidad, que hasta en la comida se servía la ración á cada persona conforme á esta ley.

Encima de la tumba y de la casa, en donde se adoraba á los dioses familiares, estaban los templos parroquiales, sintos, en los que se veneraba á los *ujigamis* (3): en un principio, espíritus de los antepasados del clan ó de la tribu (4); más tarde, dioses patronos de las familias gobernantes; últimamente, deidades tutelares de la comunidad. Hoy apenas hay aldea japonesa sin su *uji-*

(1) L. Hearn, *Japan*, p. 71-72.

(2) Todavía hoy, la mayor parte de las cortesanas, por no decir todas, venden su honor para salvar de la miseria á sus ancianos padres. (D'Tresmín-Tremolieres, *La Cité d'Amour du Japon*, p. 71.)

(3) *Ujigami* es una forma abreviada de *uji-no-gami*, «dios del uji».

(4) Hay algunos *ujigamis* que no son los antepasados del clan. Ejemplo: el dios de la guerra, *Hachiman*, que tiene templos en casi todas las grandes ciudades, es el espíritu del emperador Ojín, patrono del famoso clan Minamoto.

gami, y cada distrito de una gran población tiene también los suyos, á cuyo culto contribuyen todos los feligreses, los *ujico* (i). En los comienzos de la era histórica había en el Japón 1.182 clanes, que tenían establecidos igual número de cultos. El templo sinto ejercía poderoso influjo en la vida de la colectividad, y no menos en la individual de cada *ujico*. Al *ujigami* era presentado el niño al nacer, á los treinta y un días si varón, á los treinta y tres si hembra, y puesto bajo su protección; al *ujigami* era llevado ulteriormente en los días santos y en los festivos; en los jardines y alamedas del *ujigami* jugaba, cuando mayorcito, con sus compañeros; no le separaba del *ujigami* la escuela, establecida en el mismo templo ó en un edificio inmediato á él; al *ujigami* seguía visitando periódicamente cuando casado, acompañado de su mujer y de sus hijos; del *ujigami* se despedía al emprender un largo viaje, y para el *ujigami* era su primera visita al volver. Esto mismo se practica al presente.

Cada templo sinto tenía su sacerdote, *kannushi*, que lo era por herencia, y remontaba su genealogía, por regla general, hasta la familia de la que el *ujigami* había sido dios patrono. Estos sacerdotes, salvo contadas excepciones, no eran magistrados, ni administradores (2); esto no obstante, ejercían una autoridad extensa é irresistible, por estar subordinado el sentimiento social al religioso, del que eran ellos únicos representantes. El *ujigami* sintetizaba la experiencia moral de la comunidad; era el custodio de las tradiciones y costumbres, á las que debían ajustar su conducta todos los *ujicos*, reputándose cualquier desvío de ellas como una ofensa contra Dios y un atentado al público bienestar. Estas tradiciones y costumbres nunca se escribieron, ni era necesario, por ser enseñadas durante la infancia de palabra y con el ejemplo, é impuestas en el resto de la vida por el sentimiento públi-

(1) No siempre el templo *ujigami* es el más importante de la parroquia; en varias partes es eclipsado por algún templo dedicado á dioses sintos más elevados.

(2) El profesor Wigmore observa, en sus *Notes on Latid Tetture and Local Institutions in Oid Japan*, que el culto sinto tenía pocas relaciones con la administración local.

co, que ejercía sobre el individuo un dominio absoluto. Lo que los espíritus de los antepasados eran para la disciplina de la familia, esto mismo era el *ujigami* para la disciplina de la comunidad. Estas dos disciplinas tenían un mismo objeto: la observancia de la piedad filial. Por ello, á medida que el individuo ascendía en la escala social, pasando de padre á hijo, de subdito á jefe su libertad personal, lejos de crecer, menguaba, siendo de cada vez mayor su deber de reforzar la opinión pública, servir los intereses comunes, mantener y robustecer la costumbre. Si le ocurría la desgracia de ofender á su *ujigami*, la comunidad, obrando como un solo individuo, le dejaba solo, aislado, incomunicado (i). El destierro era, de todos los castigos, el más duro, porque el desterrado, no pudiendo ser admitido en otro culto, se quedaba sin religión, sin familia, sin amigos y sin patria.

Encima de los *ujigamis*, dejando á un lado millares de deidades provinientes del animismo natural, estaban los dioses de los templos sintos de primer grado, *Ichi-no-miya*, la mayor parte de los cuales eran espíritus de príncipes ó daimios que habían gobernado distritos extensos; algunos, deidades de los elementos, de la longevidad, del destino ó de las cosechas; todos, seguramente, dioses de tribus, á los que veneraban varias comunidades gentilicias.

El grado supremo del culto sinto, elevado á religión del Estado, era el de los antepasados imperiales, los dioses de los que los emperadores pretendían descender. El origen y naturaleza de este culto se rastrea con bastante seguridad. Los primitivos emperadores del Japón, llamados más tarde celestes, por creerse descendientes de la diosa del sol, eran simplemente jefes de la tribu más poderosa por su riqueza y población, y entonces su particular culto ancestral no era sino uno de tantos, sin preeminencia de ninguna especie. Poco á poco, aquellos jefes, favorecidos por la

(1) Las razones aparentes, dice Hirata, que un hombre imagina haberle inducido á cambiar de residencia, pueden ser muchas; pero las verdaderas no pueden ser otras que las de haber ofendido á su *ujigami* y ser, por tanto, expulsado, ó la de haber negociado su traslado el *ujigami* de otro lugar.

fortuna, extendieron su influjo á las otras tribus, hasta sobreponearse á todas, y por este proceso, el culto de la diosa del sol, *Amaterasu*, eclipsó á los demás, sin abolirlos, empero, y pasó á ser el culto común de la raza, á la que dotó de una tradición propia, al tiempo que su sacerdote se elevaba á la categoría de pontífice supremo. Desde entonces, el Mikado fué la deidad encarnada, *Arahiio gami*, el dios de los vivientes (1), y su palacio, el santuario nacional, el santo de los santos. Dentro de su recinto se guardaba la urna privada de los antepasados imperiales, á los que solamente la Corte podía venerar, manteniéndose la forma pública del culto en el famoso santuario de Isé.

Tales son los tres grados que presenta el culto ancestral del Japón: familiar, comunal (subdividido en del clan y de la tribu) y nacional. El conjunto de mitos y leyendas relativos á estos diferentes órdenes del culto, transmitidos oralmente durante todo este período, fueron coleccionados y escritos por orden imperial en dos libros titulados: *Kojiki*(2), «Colección de cosas antiguas», concluido en 712, y *Nihongi* (3), «Crónicas del Japón», acabado en 720. Ambas obras parten de la creación del mundo; contienen las tradiciones más antiguas de la raza, empezando por los mitos, que constituyen su base, y ostentan carácter más y más histórico al tenor que la exposición adelanta. Algunos de sus relatos son muy antiguos, contando quizá varios miles de años. Completan esta literatura arcaica los rituales sintoístas, *Norito*, coleccionados y escritos entre 907 y 923 (4): oraciones á los dioses sintos, que recitaban con gran solemnidad los oficiales hereditarios de

(1) En oposición a *Oho-kuni-nushi*, dios de los muertos, adorado en el templo Izumo. Este culto es más antiguo que el del Mikado. *Oho-kuni-nushi* descendía del hermano de la diosa del sol, y gobernó la provincia de los dioses hasta que fué despojado de su reino por el fundador de la dinastía imperial, pasando entonces á gobernar el mundo invisible, el sombrío mundo de los espíritus. Es notable la analogía entre esta concepción y la de los griegos. Vislúmbrase en este relato la superposición de un pueblo invasor al indígena.

(2) Traducido al inglés por K. H. Chamberlain, en *Transactions of the Asiatic Society of Japan*, 1882, t. X, suplemento.

(3) Trad. por W. G. Aston, en *Trans.*, (1896).

(4) Varios han sido traducidos por E. Satow, en *Trans.* 1879, y traducciones se han hecho también al alemán.

la corte, *Nakatomi*, encargados de representar al Mikado en su cualidad de sumo sacerdote de la nación.

La ética del Sintoísmo se resume en la doctrina de obediencia absoluta á la ley de la tradición, á la que todos, desde los más altos á los más bajos, debían conformar sus actos. Obedecer era piedad; desobedecer, impiedad. La piedad filial, derivada del culto ancestral, reputábase como la virtud suprema. «La devoción á la memoria de los antepasados—• dice Hirata— es la fuente principal de todas las virtudes. El que cumple sus deberes para con ellos no será nunca irrespetuoso con los dioses, ni con sus padres vivos, será fiel á su príncipe, leal á sus amigos, dulce y bueno con su mujer y sus hijos. Porque la esencia de aquella devoción es la piedad filial, y la piedad filial es la base de todas las buenas acciones. Confirman estas verdades los libros chinos, diciendo que «el subdito leal sale de la puerta del hijo piadoso». La vida entera, sin excluir las funciones del gobierno ni las diversas actividades económicas, se movía dentro de la esfera religiosa, de donde resultaba que era pecado cualquier infracción de las costumbres públicas. En el Japón, más que en ninguna otra parte, gobernaba á los vivos la voluntad de los muertos, cuyo órgano era la conciencia pública, ante la que el individuo quedaba anulado, anulado, suprimido. Realmente, la esfera privada no existía; el acto individual más insignificante caía dentro de la esfera pública. Adorar al No-visto, respetar á la autoridad, ser cariñoso con la mujer y los hijos, afectuoso con los parientes, benévolo con los vecinos, indulgente con los dependientes, diligente y exacto en el trabajo, económico y aseado en el vestir; tales eran los principales preceptos de la ética japonesa.

§ II.—*La organización social.*

La sociedad era genética; su base, el *MJ*, grupo de individuos que descendían ó suponían descender de un común antepasado. Los *ujis* eran de dos clases, grandes y pequeños, correspondiendo, respectivamente, á las tribus y á los clanes. Todos tenían esclavos, en número mayor que hombres libres, y era varia la condición de

aquéllos. Los esclavos se tatuaban, en la cara ú otra parte del cuerpo, con una marca que indicaba su pertenencia, y los de inferior condición eran comprados y vendidos como ganado, ó entregados en pago de tributo á los señores. Poco á poco, la esclavitud se transformó en servidumbre, y de ésta fué saliendo una clase más y más numerosa de hombres libres; sin embargo, hasta los modernos tiempos, la gran masa del pueblo quedó en una situación análoga á la de la servidumbre. La población libre se dividía en dos grandes clases: labradores, *kumitsuco*, á quienes se permitía poseer sus tierras en propiedad absoluta, sin relación con el Poder central, y artesanos, *iomonotsuco*, que formaban unos 180 clanes, y cuyos oficios se transmitían de padres á hijos. Cada *ttji* tenía su territorio propio, sus jefes, gentes de armas, hombres libres, siervos y esclavos, formando un como estado autónomo, más ó menos independiente. La jefatura era hereditaria, de varón en varón, á partir del primitivo patriarca; su carácter, religioso y político. Los jefes de los grandes *tijis*, ó tribus, eran señores de mayor ó menor número de jefes de pequeños *ujis*, ó clanes, y gozaban de mayor independencia que éstos. Grandes ó pequeños, los *ujis* se clasificaban en tres ramas: imperial, *kobetsu*, cuyas familias pretendían descender de la diosa del sol; divina, *shinbetsu*, cuyas familias se reputaban descendientes de otras deidades, celestes ó terrestres, y forasteras, *bambelsu*, que comprendían la masa del pueblo. Las dos primeras constituían una oligarquía gobernante.

El Soberano celeste no fué en todo este período más que el jefe hereditario del *uji* más poderoso, ejerciendo influjo sobre varios señores, mas no sobre todos. Poseía, sin embargo, tres valiosas prerrogativas, á saber: la de representar á los *ujis* ante la común deidad ancestral, la de representarlos en las relaciones extranje-ras y la de dirimir las disensiones entre ellos, nombrar nuevos jefes al extinguirse una familia gobernante, crear *ujis* y suprimirlos; era, por tanto, pontífice supremo, supremo comandante militar, supremo arbitro y magistrado. No era, sin embargo, soberano absoluto, por depender sus poderes del consentimiento de

los señores de las grandes *ujis*. Su trato era muy sencillo, distinguiéndose personalmente muy poco de sus subditos. Según el docto sinto Mabuchi, habitaba en una choza con mures de barro y techo de delgadas tablas, vestía telas de cáñamo, llevaba la **espada en** una vaina de madera y sujeta á la cintura con tijeretas de vid silvestre, paseaba libremente entre el pueblo y cargaba con su arco y sus flechas cuando salía de caza. Hasta comienzos del siglo **VIII**, en que se fijó la capital en Nara, cada Mikado abandonaba al subir al trono la residencia de su predecesor, construyéndose un palacio nuevo y fundando una nueva capital. Este hecho debe interpretarse más bien como supervivencia de la antigua costumbre de dejar al muerto por sepultura la casa en que había vivido que como influjo de la vida seminómada que llevasen aún los japoneses (i).

Tal fué la organización primitiva de la sociedad japonesa, que tiene muchos puntos de contacto con nuestro feudalismo medioeval, pero del cual difiere en aspectos muy importantes. Uno de éstos es la religión. Nuestro feudalismo fué social y político, no religioso, siendo la religión una y la misma en todos los grados de la jerarquía feudal. Por lo contrario, el feudalismo japonés era, ante todo, religioso, teniendo cada unidad social su particular culto, del que únicamente podían participar sus individuos, y en el que fundaba el grupo su autonomía. Lo tenía la familia, el clan, la tribu y la nación. Esto no impedía que las unidades de cada orden se asociasen para la práctica del culto común á todas, el de la unidad superior, y así, las familias se asociaban para el culto del clan; los clanes, para el culto de la tribu; las tribus, para el culto de la nación, siendo el vínculo religioso el fundamento de las relaciones sociales y políticas. Esta organización nos trae á la memoria, por contraste, la de las ciudades griegas, las cuales jamás se asociaron en un culto superior al particular de cada una, siendo la religión causa de perpetua separación entre ellas. Importa notar, por último, que

(1) W. G. Aston: *Liter. Jap.* pág. 4.

la subordinación de las familias al clan y de los clanes á la tribu era firme, permanente é inquebrantable, al paso que la subordinación de las tribus al imperio era inestable, transitoria y dependiente de la voluntad de los jefes de tribu. Gosa parecida acontecía con nuestro feudalismo, donde la sujeción de los grandes señores al rey fué siempre insegura. Desde este punto de vista, el Estado japonés era á modo de federación de tribus para la común defensa.

Claramente se ve en qué dirección había de marchar la evolución de aquella sociedad, caso de progresar, á saber: en la dirección de someter los jefes de tribu al Emperador de modo estable y permanente, mediante la coerción, y luego de conseguido esto, en romper el vínculo feudal, el vínculo que sujetaba á cada unidad social á la inmediata superior, para que todas se relacionaran directa é inmediatamente con el Poder central. La primera de estas transformaciones la llevó á cabo el Sogunado, especialmente bajo la casa de los Tokugawa; la segunda es la que ha empezado á realizarse en 1867, y todavía no ha llegado á su término. Mas antes de pasar á exponerlas, debo detenerme á decir dos palabras acerca de la introducción de las religiones de Confucio y de Budha en el Japón, hechos que separan los dos grandes períodos de la historia japonesa.

PROPAGACIÓN DE LAS RELIGIONES DE CONFUCIO Y DE BUDHA

Basada la sociedad japonesa, en todos los grados de su jerarquía (familia, clase, tribu y nación) sobre el culto ancestral, era imposible que aceptase de fuera religión alguna que, como el budhismo, negase la inmortalidad del alma, sin inminente peligro de disolverse. La creencia sintoísta y la budhista son como el anverso y reverso de una medalla. La primera mira a muerto como viviendo espiritualmente; la segunda mira al vivo como espiritualmente muerto (1). Esto no obstante, el budhismo

(1) Según la noción vulgar del budhismo, el espíritu, después de cierto período

penetró en el Japón con relativa facilidad, sin que la sociedad sufriese el menor quebranto. Debióse esto á que el budhismo, al propagarse, se había encontrado en todas partes, en India, China, Corea, Siam, Birmán, Anam y demás países, con pueblos que profesaban el culto ancestral; y convencido de que no había de poder destruirlo, en la alternativa de sucumbir ó transigir, optó por lo segundo, respetando la religión de los muertos y limitándose á modificarla ligeramente, para ponerla en armonía con su doctrina. Esta misma política le abrió las puertas del Japón, al tiempo que la benevolencia, la caridad y el amor universal, que trataba de inculcar, le granjearon la adhesión de aquella raza naturalmente dulce y afectuosa.

A la introducción del budhismo precedió un largo intervalo, la del confucionismo, el cual penetró en el Japón del siglo I al VI, y difundió un sistema de creencias y máximas basadas sobre un culto ancestral muy semejante al japonés. Su enseñanza fué principalmente moral (i). Reforzó la doctrina de piedad filial, reguló y afinó el ceremonial de la Corte, sistematizó la ética del Gobierno y modificó toda la fábrica de la Administración. También despertó gran afición al saber, y con esto preparó el camino al budhismo, que fué introducido á mediados del siglo VI, y durante el VII se extendió á todas las islas, respetando las creencias y los dioses del sintoísmo, al que se sobrepuso,

de existencia corpórea en este mundo, es guiado de algún modo al lugar de su próxima encarnación, lo que implica la creencia en la inmoitalidad del alma. Mas nada de esto se halla en la alta doctrina bühica, la cual niega la transmigración, la existencia del alma y la personalidad. Lo que llamamos conciencia personal se disuelve al morir el cuerpo, y lo que se integra en un cuerpo nuevo y una nueva conciencia es el Karma ó Budha. Se padece en esta vida por actos ejecutados en una existencia anterior; pero el que ejecutó aquellos actos no es el mismo que sufre sus consecuencias, sin que por esto pueda decirse que se responde de faltas cometidas por otra persona, porque no hay personalidad. Espiritualmente, el vivo está muerto.

(i) La reforma de Confucio fué de carácter puramente ético, ennobleciendo la vida con un ideal nuevo, aunque basado sobre la enseñanza de la tradición. Recomienda la observancia de las tres reglas fundamentales de relación entre gobernantes y subditos, padres é hijos, esposos y esposas, semejantes á la que regían entre los japoneses, y la práctica de las cinco virtudes: humanidad, justicia, ñdelidad 1 la tradición, rectitud y sinceridad. A la religión no tocó, dejando subsistente el culto ancestral, sin otra adición que la doctrina acerca del *Yun* y del *Yin*, expuesta en el *Tchuti*.

pero que dejó intacto en lo fundamental. Admitió que los muertos siguen viviendo en **este** mundo, invisibles é interesándose en la felicidad de los suyos; reconoció que se transforman en dioses, puesto que un día, próximo ó remoto, habrían de entrar, según su doctrina, en la casa de Budha, y hasta abrió las puertas de su panteón, aunque relegándolos á los puestos más inferiores, á los supremos dioses sintoístas, con sus mismos atributos y dignidades, declarándolos encarnaciones de Budha. En muchas partes, las dos religiones se instalaron en el mismo recinto, hasta en la misma construcción; pero en ninguna se fundieron, separándose mil años después con la misma facilidad que si nunca hubiesen estado en contacto. Casi en todos los lugares, parte importante de la población se mantuvo fiel al culto sinto, y las mismas familias que abrazaron el budhismo conservaron las formas del antiguo culto junto á las del nuevo. Esto no obstante, el budhismo fué declarado religión oficial y ejerció en la civilización japonesa un influjo extenso y profundo.

En la esfera de la familia, el budhismo acabó de establecer y fijar el culto doméstico, en la bella forma que ha conservado hasta el presente. Desde entonces, cada casa japonesa tiene una urna, especie de relicario, de la forma de un templo sinto, colocada en una alacena fija en la pared de un cuarto interior, á metro y medio de altura próximamente. La urna encierra delgadas tablitas de madera blanca, que llevan grabados los nombres de los muertos. El número de estas tablitas no suele exceder de cinco ó seis, relativas á los abuelos, á los padres y á la persona últimamente fallecida, es decir, á los muertos cuyo recuerdo se supone que guardan los vivos por haberlos podido conocer. Los nombres de los antepasados más remotos están escritos en un rollo de papel, el cual se guarda en la misma urna. La alacena se llama *Mitama-San-no-tana*, «alacena de los augustos espíritus»; la urna, *miya*, «casa augusta», y las tablitas, *nutamaya-shiro*, «substitutos de los espíritus». Ante estas tablitas recita la familia todos los días oraciones, y al pie de ellas deposita ofrendas, consistentes en alimento, que separa de la comida diaria. Naturalmente, usan

también de tablitas las familias budhistas, pero con notables diferencias de forma y de fondo. Así, los sintoístas dan á los muertos sus nombres reales; los budhistas, los religiosos y postumos. Para los primeros, los muertos son dioses; para los segundos, budhas, palabra que sólo expresa una piadosa esperanza.

No fué menos hondo y variado el influjo del budhismo sobre el gobierno y las costumbres públicas. Los emperadores pasaron á ser monjes, y monjas sus hijas (1); á la regla búdhica se acomodaron la conducta de las autoridades, la naturaleza de los decretos y la administrasión de las leyes, y en todas las poblaciones el párroco budhista fué oficial público al tiempo que maestro espiritual, llevó el registro de la parroquia é informó á las autoridades sobre asuntos locales de importancia (2). Pasando á la cultura, el budhismo dotó á los japoneses de la creencia en una sanción futura, de felicidad para los buenos, en el paraíso de *Amida*, señor de esplendente luz, y de horribles tormentos para los malos, en los ocho infiernos ardientes, *To-kwatsu*, y en los ocho infiernos helados, *Abuela*; vigorizó el deber de amar á todas las criaturas y de compadecerse de los desgraciados; imprimió extraordinario impulso á la educación, que extendió á todas las clases, hasta las más bajas, y dio en los mismos templos, ó en construcciones inmediatas á ellos; llevó al Japón las bellas artes (escultura, pintura y decorado), las altas formas literarias (el drama, la novela, la historia y la poesía), así como todos los refinamientos de la vida japonesa, con sus múltiples diversiones y placeres. En una palabra, el budhismo vertió en el Japón toda

(1) Budha fundó la vida-monástica y la sometió á una regla severísima, expresada en los mandamientos: no comer fuera de casa, no asistir á bailes ni representaciones teatrales, no usar guirnaldas, perfumes ni substancias olorosas, no dormir en lecho blando y no recibir oro ni plata. Debían además vestir de harapos, recogidos en los cementerios y cosidos por sus propias manos, y encima, un manto de lana amarillo; vivir de limosna, que iban recogiendo de puerta eji puerta en vasos de madera; comer una sola vez al día, por la mañana, y no tomar alimento alguno después de medio día; habitar, por último, en los bosques, lejos de las ciudades.

(2) El budhismo influyó hasta en el régimen alimenticio. El emperador Temmu prohibió, hacia el año 675, comer carne de vaca, caballo, perro, mono y ave de corral, de conformidad con la enseñanza budhista.

la civilización china, que se adaptó á las exigencias nacionales.

Con el establecimiento del budhismo entramos en el período de la historia auténtica, que corre de 628 á 1867, y comprende el largo episodio del levantamiento y predominio del poder militar.

EDAD HEROICA DEL JAPÓN

§ 1.-El Sogunado.

No puede fijarse, á pesar de ser costumbre, el comienzo de la historia del Japón en el advenimiento de Jimmu-Tenno, que habría reinado de 660 á 585 antes de J. O. y puesto fin á la edad de los dioses; la historia auténtica del Japón no empieza hasta el establecimiento del budhismo en el reinado de la emperatriz Suico, de 597 á 628 de la era cristiana. Los relatos que llenan este período de más de mil años, entre Jimmu y Suico, son míticos y legendarios, sin que se pueda discernir en ellos lo fantaseado de lo histórico, á no ser en alguno que otro de los más próximos al final. Ya he hablado de la sencillez con que vivieron los primeros emperadores, que apenas se diferenciaban del pueblo. Mas esto fué cambiando poco á poco, merced al curso natural de la vida y al influjo extranjero.

La gradual extensión del poder imperial, el aumento de la riqueza pública y, sobre todo, la importancia de las costumbres é instituciones chinas hicieron más y más complicado y difícil el ejercicio personal de las múltiples funciones imperiales, y por ello la administración fué pasando á manos de funcionarios pertenecientes todos al clan *Fugiwara*, de la tribu Kugé, que ejercía el más alto sacerdocio hereditario y representaba á la mayoría de la antigua nobleza, de origen divino. A principios del siglo VII, la mayor parte del poder ejecutivo había pasado á manos de aquel clan, cuyos jefes lo ejercieron con el título de regentes (*Kwambaku*) durante cerca de cinco siglos, y en 894 trasladaron el asiento del gobierno de Nara á Heian-zo (ciudad de la paz), que es la actual Kioto. El emperador quedó despojado de la au-

toridad política, pero conservó íntegra la dignidad religiosa, la cual, lejos de menoscabarse, fué creciendo con el tiempo. Privado de toda función militar y civil, el Mikado se fué apartando de la vista del público, hasta que, como el Lama del Thibet, se hizo inaccesible á la multitud, lo que dio origen á la creencia de que el verle la cara causaba la muerte. Por este modo quedó separado el poder político del religioso.

De esta separación de poderes nos ofrece un ejemplo casi idéntico el califato de Bagdad, donde, bajo los débiles descendientes de Harum-als-Raschid, el Emir-al-Omra se levantó con el poder político, dejando al califa no más que el sacerdotal; pero no tiene nada que ver con esto lo acaecido en algunas sociedades patriarcales europeas, en Atenas y Roma, entre otras, en las que al derribarse la monarquía primitiva se instituyó un magistrado con el título de rey; porque aquí, si se conservó el nombre, se perdió la esencia, es decir, el carácter divino que había ostentado el monarca. Respecto á las causas de este cambio, podemos citar, como principales, las alteraciones que algunos emperadores, enamorados de la civilización china, trataron de introducir en las costumbres, llegando uno de ellos, Kotoku, á despremiar el «camino de los dioses», y el haberse emancipado la casa imperial, en el transcurso del tiempo, de su *uji*, constituyéndose en unidad independiente, desligadas de todas las comunidades sociales, lo que era un grave peligro para los privilegios aristocráticos y las instituciones tradicionales. La transformación fué, por tanto, de carácter religioso, en cuanto derivada de haber ofendido algunos emperadores la religión nacional; y de carácter político, en cuanto motivada por las repetidas tentativas de muchos de ellos á hacer absoluto su poder. La lucha fué larga, viéndose obligados los señores, al cabo, como único medio de contener la ambición de los emperadores, á despojarlos del poder político.

Los Fujiwara cometieron la torpeza de limitarse á ejercer las funciones civiles, abandonando los asuntos de guerra á los clanes Minamoto y Tai'ra, de la misma tribu Kugé, por lo que perdieron su fuerza y su prestigio, Entre estos dos clanes se trabó, por cau-

sa de la sucesión, empeñada guerra, la más larga y sangrienta de toda la historia japonesa, en la que los Taí'ra, vencedores al principio, fueron derrotados en la gran batalla de *Dan-no uva* (1185) y exterminados (1). El jefe de los vencedores, Yoritomo, se apoderó de la regencia y la ejerció con el nombre de Sogun, palabra que hasta este instante había significado lo mismo que la latina *Imperator*, mando en jefe, y que en adelante pasó á ser el título del supremo gobernante efectivo, en su doble capacidad de soberano civil y militar. En este punto empieza realmente la historia del Sogunado (á diferencia de la supremacía militar, que data del siglo VIII), durante la que hubo en el Japón dos emperadores: el Mikado, soberano celeste, dios encarnado, representante de la religión de la raza, y el Sogun, soberano efectivo, que ejercía todos los poderes del gobierno y de la administración. Cada uno residió en distinta capital, continuando el Mikado en Kioto y fundando Yoritomo la ciudad de Kamakura, en donde fijó su asiento.

La batalla de *Dan-no-ura* no puso fin á la guerra, la cual continuó, con breves intermitencias, durante más de cuatro centurias. *Yoritomo* transmitió el poder á sus dos hijos, quienes, con el padre, son conocidos en la historia con el nombre de los «Tres sogunes». Pero ni los hijos ni el padre supieron preservarse de la molicie, llegando al extremo de disputar sus funciones en los *Hozo*, quienes los suplantaron y gobernaron todo el siglo XIII y parte del XIV, hasta 1333, pero sin tomar el título de Sogun, que dejaron ostentar á los oscuros descendientes de los Minamoto, recordados todavía hoy con el calificativo de «Sogunes sombras», contentándose con el de regentes, «diputados sogunes». Hubo entonces tres cabezas, siendo los *Hozo*, respecto de los Minamoto, lo que éstos eran respecto del Mikado. Aunque poco escrupulosos en sus procedimientos, los *Hozo* fueron gobernantes enérgicos y hábiles. Merecieron bien del país, rechazando la formidable invasión del mogol Kublai-Khan en 1281 (2); mas no les ayudó de igual suerte la fortuna en reprimir los desórdenes interiores, fo-

(1) Puede verse la descripción de esta batalla en el Apéndice A.
(2) Puede verse acerca de esta guerra el Apéndice B.

mentados por los monjes budhistas, quienes durante el siglo decimotercero se habían organizado en fuerza armada y transformado sus monasterios en fortalezas, hallándose siempre dispuestos á vestir la armadura encima del sayal, bajar en pelotones á las calles de Kioto y poner su espada al servicio del partido político que les parecía había de ofrecerles mayores ventajas. En la corte de Kioto habíase desarrollado un odio á muerte contra los regentes Hojo, y se fraguaban á toda hora intrigas secretas para derribarlos. El nonagésimo sexto Mikado, Go-daigo, contando con la ayuda de los monjes, se decidió á probar la suerte de las armas para recobrar su imperio; vencido y derrotado, señores poderosos abrazaron su causa y triunfaron, siendo incendiada la capital de la regencia, *Kamakura*, y suicidándose el último de los gobernantes Hojo (i). Así acabaron en 1333, la Regencia y el Sogunado, y fué restaurado el poder del Mikado.

Pero esta revolución había sido circunstancial, no determinada por el cambio de condiciones sociales; y así, el mismo Go-daigo resucitó el Sogunado, nombrando Sogun á su propio hijo. Otra cosa hizo peor: olvidar los servicios de los señores á cuyo valor debía la restauración de su poder y fortalecer las manos de otros de cuya lealtad había motivos para dudar, con lo que preparó el conflicto más grave que ocurrió en la historia del Japón: la división de la casa imperial contra ella misma. El autor de esta escisión fué el ambicioso y pérfido general Ashikaga, á quien Go-daigo, con generosidad imprudente, había colmado de favores. Ashikaga derrotó el ejército imperial, desterró á Go-daigo, elevó frente á él un emperador rival y estableció un nuevo Sogunado. Durante un período de cincuenta y seis años, dos ramas de la familia imperial, llamadas del Norte y del Sur, lucharon entre sí por la sucesión, sostenida cada una por señores poderosos. La confusión de los espíritus fué profunda; no tardó en asomar el peligro de romperse la tradición sobre que descansaba la sociedad japonesa; el mismo Ashikaga se alarmó, y en-

(1) Véase el Apéndice C.

tonces puso fin á la división, haciendo reconocer como emperador legítimo á Gc-komatsu (1392).

El Sogunado de la casa Ashikaga, que dio al país quince gobernantes, algunos de notable ingenio, se aplicó á fomentar el desarrollo de la industria, la literatura y las artes; pero no consiguió establecer la paz, cayendo el país, en los últimos años de su gobierno, en la anarquía y la desolación. Este momento fué el más calamitoso de la historia japonesa. La guerra entre los señores no cesó; las provincias fueron devastadas; el bandolerismo se enseñoreó de los campos; la piratería infestó los mares; el mismo Sogunado pasó por la humillación de pagar tributo á China, y á los estragos de la guerra y el hambre se juntaron los causados por los terremotos y la peste. Puede juzgarse de la miseria dominante por el hecho de que, al morir en 1500 el centesimo segundo emperador, *Go-Tsuchi*, su cadáver estuvo retenido cuarenta días en las puertas de palacio, por no haber, de sus bienes, para costear los gastos del funeral. Un capitán, Nobunaga, depuso al último representante de la casa Ashikaga y empuñó las riendas del gobierno, en 1573.

Hasta aquí, ningún emperador, ni regente, ni Sogun había logrado imponer su autoridad á todo el país, ni poner fin á las guerras de clan á clan. Mas nunca el porvenir del Japón se había presentado tan oscuro como cuando Nobunaga se halló de repente el hombre más fuerte del imperio y jefe del más formidable ejército que había obedecido á una sola cabeza. Descendiente de sacerdotes sintos, Nobunaga era, ante todo, un patriota, y así no buscó el título de Sogun, ni se lo quiso aplicar. Su única aspiración se cifraba en salvar al país, no tardando en discernir, con su fina perspicacia, que esta salvación estribaba en centralizar el poder feudal y reforzar vigorosamente la ley. Discurriendo luego acerca de los medios de llevar á cabo esta centralización, observó que, de los dos feudalismos existentes, el religioso y el político, el que ante todo importaba derribar era el primero, el budhismo militante, representado por las dos numerosas sectas de los Tendai y los Sin. Dirigióse primeramente contra los Tendai,

cuyos monasterios fueron arrasados y sus moradores pasados á degüello. Del poderío de esta secta puede juzgarse por el dato de haberles sido quemados en *Hiyrisan* tres mil monasterios. Poco menos poderosa era la secta de los Sin, en el *Hongwanji*, con su cuartel general en *Osaka*, cuyo monasterio era una de las más sólidas fortalezas de su país. Nobunaga esperó varios años, preparándose para el ataque. Los monjes se defendieron bravamente, causando bajas por miles en las filas de los sitiadores; pero al cabo tuvieron que rendirse, evitándose el asalto y la matanza por mediación del emperador. Se los despojó de sus moradas y se los diseminó por todo el reino, quedando roto para siempre su poder. Derribado el feudalismo religioso, Nobunaga, ayudado por los dos mejores generales que había producido la raza, Hideyoshi é Iyeyasu, proyectaba avasallar el político, cuando una mano asesina cortó el hilo de sus días, en 1582. Realizó esta segunda parte de la obra su sucesor y vengador, Hideyoshi. Rudo soldado, hijo de campesinos, que había hecho su carrera á fuerza de habilidad y valor, Hideyoshi sometió todo el país, de Norte á Sur, á nombre del emperador, que le nombró regente. Por primera vez, durante el Sogunado, gozó el Japón de paz universal. Para dar ocupación á la gran fuerza militar que había reunido, Hideyoshi llevó la guerra á Corea, desde donde se proponía conquistar la China. Aunque no dejó de alcanzar victorias, la invasión no avanzó con la rapidez que él había calculado, y murió en 1598.

Subió ahora al Sogunado Iyeyasu, del clan Tokugawa, el varón más esclarecido, seguramente, que ha producido el Japón. A la cualidad de buen soldado juntaba las de estadista eminente, diplomático sagaz y docto distinguido. Era cauto, frío y reservado, desconfiado y generoso, austero y humano, y admiraba, sobre todo, por la multiplicidad de sus talentos. Con tantas y tan relevantes dotes, Iyeyasu era la persona llamada á consolidar la obra que habían llevado á cabo sus dos predecesores Nobunaga é Hideyoshi. Abatidos los dos feudalismos, religioso y político, faltaba acabar de avasallarlos y modificar la organización políti-

ca y militar, de manera que no pudieran jamás volver á levantar cabeza; y esto fué lo que hizo Iyeyasu. Después de haber retirado las tropas de Corea, deshizo, en la sangrienta batalla de *Sekigahara*, una formidable liga de señores, resueltos á derribarle, é inmediatamente adoptó, con raro tino, medidas conducentes á consolidar su poder y evitar en lo ulterior nuevas rebeliones. Edificó para su residencia la ciudad de Yedo; reorganizó los daimiatos; distribuyó la mayor parte de los feudos entre los señores que no habían de faltarle por razón de conveniencia ó de parentesco; reguló y contrapesó los poderes de los daimios de manera que no pudiera volver á tentarles la ambición; reorganizó las funciones administrativas conforme á un plan bien meditado (1), y publicó un código de leyes que le acredita de legislador excelente. Su nieto Iyumitsu dio una ley obligando á los daimios á residir en la capital parte del año y á dejar en ella en rehenes á sus mujeres é hijos, lo que valió á Yedo una población de más de un millón de almas y el elevarse á centro del comercio, de las artes y de las letras. En ninguna otra época de la historia el poder del Gobierno central había sido tan firmemente mantenido, sin embargo de dejarse á los daimios una amplia esfera de acción independiente. A esta política, practicada por todos los sucesores de Iyeyasu, se debió el que la casa Tokugawa se mantuviera en el poder hasta 1867, dando al país cincuenta gobernantes militares, bajo los cuales el Japón gozó de paz y prosperidad y la sociedad evolucionó hasta el límite máximo de su tipo peculiar. La industria y las artes se desarrollaron en nuevas y múltiples direcciones; las letras fueron protegidas; la instrucción, difundida merced á la creación de bibliotecas y colegios y á los progresos de la imprenta (2); el culto nacional, cuidadosa-

(1) Según Wigmore (*Notes on Land Tenure and Local Institutions in old Japan*, en *Transactions* . . . , vol. XIX), la masa de la población, así en las ciudades como en las aldeas, estaba organizada en grupos de cinco a diez familias, llamados *Kumi*, y los cabezas de estas familias elegían entre ellos un jefe, el cual respondía de todos los individuos del *Kumi*. Iyeyasu descendió en su reforma administrativa hasta el extremo de dar á estos *Kumi* un reglamento, muchas de cuyas disposiciones son antiguas costumbres locales.

(2) El ejército de Hideyoshi se trajo de Corea libros impresos en caracteres movi-

mente mantenido, y se adoptaron medidas para evitar una nueva contienda sobre la sucesión imperial.

Esto no obstante, la sociedad japonesa no cambió de naturaleza, siguió siendo un vasto agregado de tribus y de clanes, pero con la notable novedad de que la subordinación de las tribus al Poder central pasó á ser tan firme y estable como la de los clanes á la tribu y la de las familias al clan, dominando en toda la jerarquía feudal la unidad sobre la variedad. Esta subordinación, fundada al principio sobre la mera coerción militar, llegó á basarse, al final del período, sobre instintos y costumbres creados durante doscientos cincuenta años de pacífica obediencia.

Rasgo notabilísimo de este período fué el verterse sobre el Japón una nueva é inmensa oleada de la civilización china, que imprimió un sello profundo no sólo á la constitución del Gobierno, mas también á las leyes, artes, ciencias, técnica y, muy especialmente, á la moral (i). Multiplicáronse las reglas suntuarias y las relativas al lenguaje y al trato social, al extremo de no haber acto del individuo ó á él referente, así en vida como después de muerto, que no estuviese sujeto á regla, hasta el color del vestido y la forma de los zapatos, la palabra que había de pronunciar y la ceremonia que debía ejecutar en cada situación social. Esta disciplina minuciosa é inflexible creó aquel admirable tipo nacional de carácter que indujo á los escritores sintoístas de los siglos XVIII y XIX á sostener que la conciencia era por sí sola guía ética suficiente, y declarar que la elevada cualidad déla conciencia japonesa era la prueba del origen divino de la raza. Entre los rasgos de este carácter sobresalen la lealtad, la piedad

bles, los cuales sirvieron de modelo á los impresores japoneses, y desde entonces, la prensa, protegida por Iyeyasu, aceleró en progresión creciente la producción de libros, que hoy forman una masa formidable. (G. Aston: *Literature japonaise*, pág. 210.)

(1) De los eruditos contemporáneos de Iyeyasu, el más eminente fué Fucivara Seikua. que estudió y dio á conocer á sus compatriotas la literatura filosófica de la dinastía china Sung, simple exposición, al parecer, de las doctrinas de los antiguos sabios chinos; realmente, un sistema moderno de ontología, ética, filosofía natural y principios de gobierno, asuntos inseparables en el-espíritu del chino. Nada añadieron los japoneses á esta filosofía, limitádose á desarrollar las obligaciones morales del tiembre.

filial, el valor, la venganza, la cortesía, la sobriedad, la sencillez y la limpieza.

Tal es, á grandes rasgos, la historia del poder militar, que duró más de mil años, durante los cuales la sociedad japonesa no cesó de caminar desde la variedad feudal á la unidad nacional. El Sogunado se fundó contra la unidad representada por el Mikado, y, sin embargo, ni un solo instante dejó de servirla. Nuevo ejemplo de que la evolución social marcha por encima de los propósitos de los hombres. La fuerza de esta unidad residía en el culto imperial, y es digno de notarse que este culto fué diligentemente conservado hasta por los enemigos del Mikado, ninguno de los cuales dejó de reconocer á éste como único gobernante legítimo y fuente de los poderes del Sogun. Nunca, ni aun en los momentos de mayor confusión, dejó de ser el soberano celeste objeto del culto público, y su palacio, templo de la fe nacional. Pudieron grandes capitanes coartar la voluntad del Mikado; á ninguno se le ocurrió jamás ocupar su trono, como no se le ocurrió cambiar la religión por decreto. Esta integridad de la sucesión imperial, esta persistencia, jamás interrumpida, del culto nacional, fué lo que permitió á Iyeyasu domar á los daimios é imponer la unidad en todos los grados de la jerarquía feudal.

Durante estos mil años que duró la supremacía militar, no pudieron menos de modificarse las ideas, costumbres é instituciones de los japoneses, por lo que procede hacer alto unos instantes, para inquirir el estado de la sociedad en las postrimerías de la casa Tokugawa.

§ II.—*La sociedad á fines del Sogunado.*

Hasta fecha muy reciente, mediados del siglo XIX, la sociedad japonesa se dividía, como todas, en dos grandes clases, reguladora y productora, teniendo de especial la completa sumisión de la segunda á la primera. A la cabeza de una y otra estaba el soberano celeste, deidad viviente de la raza, emperador y pontífice supremo, representante de la dinastía más antigua del mundo.

Rodeábale la Kugé, antigua nobleza, compuesta de 155 familias, que descendían de emperadores y de dioses. A la Kugé habían pertenecido la mayor parte de los regentes y sogunes. Debajo de la Kugé estaba la Buké, la clase militar, los samurais, organizados en vasta jerarquía, cuyos grados no eran hereditarios y se basaban, por lo general, en la diferencia de renta y de título. Su jefe era el Sogún, que mandaba sobre 292 señores, daimios, independientes antes, sujetos ahora á perder sus Estados si no gobernaban conforme á la ley y á la tradición. Cada daimio tenía cierto número de vasallos, mayores y menores, y cada uno de éstos sus gentes de armas. Iyeyasu se creó una guardia especial, compuesta de 2.000 *Hatamotos*, «sostenedores de la bandera», que eran grandes vasallos, y 5.000 *gokenines*, pequeños vasallos. El número de los samurais ascendía á dos millones, lo que pone de relieve el carácter militar de aquella sociedad: estaban exentos de tributo y tenían el privilegio de llevar dos espadas. Contábanse entre los samurais, aunque formando clase aparte, los sacerdotes, tanto sintoístas como budhistas.

Formaban la clase productora los *heimin*, los *chori* y los *hinin*. Se incluía en la denominación de *heimin* á los labradores, artesanos y comerciantes. Los labradores venían inmediatamente después de los samurais, no habiendo enere unos y otros línea divisoria fija, y algunos gozaban del privilegio de llevar espada. De los artesanos, gozaban de mayor consideración los forjadores de espadas, á quienes se otorgaban á menudo señaladas distinciones. En lo más bajo de la escala estaban los comerciantes, á causa de mirar con desprecio la clase militar el oficio de ganar dinero. Estas tres clases estaban sujetas á los samurais, los cuales tenían el privilegio de matar al individuo de cualquiera de ellas que les faltase al respeto.

Los *chori* eran reputados como no japoneses, y ejercían los oficios más bajos, de curtidores, sandalieros, cavadores de jardines, merceros, barrenderos, verdugos y otros. Vivían independientemente, con sus leyes y sus jefes, en barrios separados de las ciudades, á las que solamente se les permitía entrar para

prestar sus servicios, vender sus géneros ó hacer compras. En sus barrios, á pesar de tenerlos muy limpios, con sus jardines, baños y templos, jamás entraba ningún japonés. La palabra *hinin* significa «seres no humanos», y comprende mendigos, músicos ambulantes, actores y proscriptos. Vivían también por separado, Don sus leyes y sus jefes. Matar á un *hinin* no se reputaba homicidio, y únicamente se castigaba con una multa.

Tal fué la estructura de la sociedad japonesa en los últimos tiempos del sogunado, hasta 1867. Penetremos un poco en el espíritu de aquella sociedad, señalando algunos de sus rasgos más salientes.

Uno de éstos era la falta de jerarquía eclesiástica, debido á que el Gobierno jamás se disoció de la religión. El budhismo trató de establecerla independientemente de la autoridad central; pero tropezó con dos obstáculos, que no pudo superar: uno, las numerosas sectas en que se dividió, hostiles entre sí; otro, la enemiga de la clase militar á cualquier poder religioso que directa ó indirectamente pudiera intervenir en el Gobierno.

Rasgo más notable que el anterior era la extensa y severa reglamentación pública, á la que no escapaba ningún acto de la vida. La casa gobernaba y regía al individuo; la comunidad familiar, á la casa; el clan, á la comunidad; el señor del suelo, al clan; el sogun, al señor. Sobre el cuerpo entero de la clase productora, dos millones de samurais tenían derecho de vida y muerte; lo tenía el daimio sobre los sumarais, y sobre los daimios lo tenía el Sogun. Nominalmente, el Sogun estaba sujeto al Mikado; de hecho, era independiente. Entre las clases productoras había gildas ó gremios de todas clases, que no eran sino despotismo dentro de otro despotismo, siendo gobernada cada persona absolutamente, en pensamiento y acción, por la voluntad del conjunto. Desde el tamaño de la casa y el costo del ajuar hasta la tela y forma del vestido; desde el importe del anticipo del matrimonio hasta los manjares del banquete de boda y la clase de vajilla en que éstos habían de servirse; desde los adornos que la mujer podía llevar en la cabeza hasta la materia de las correas

desús sandalias; desde el precio de los presentes entre amigos hasta la clase y costo de las baratijas que regalar á los niños; desde la palabra y frase que debía emplearse, según la categoría de la persona con quien se hablara (i), hasta la expresión del rostro y el modo de sonreírse, respirar, sentarse, estar de pie, pasearse y levantarse; desde la materia y dimensiones del ataúd, en fin, hasta el orden del funeral y forma de la tumba, todo estaba prescripto, determinado, regulado, incurriendo en grave falta el individuo que se desviase un ápice de la regla de los antepasados. Con los samurais, la etiqueta era todavía más minuciosa y ruda que con las clases inferiores, pudiendo juzgarse de ella por el hecho de exigir de sus mujeres mostrarse regocijadas, como las espartanas, al recibir la noticia de que sus maridos ó hijos habían muerto en el combate. Y lo más extraño del caso es que esta disciplina parece, por la facilidad de los japoneses en asimilársela y practicarla, más bien natural que adquirida, instintiva que aprendida por la educación, lo que da motivo á pensar que había sido contraída durante larga serie de generaciones y transmitida luego por herencia. De la iniciativa individual no hay que hablar; estaba totalmente suprimida por coerción, y la coerción actuaba desde dentro más que desde fuera. No se concibe nada más allá de esta tiranía. Se trata de un comunismo religioso, revestido de un despotismo militar de la peor especie. Legalmente, el individuo no existía, como no fuera para el castigo, exigiéndose de todos, libres ó siervos, sumisión incondicional, absoluta. Ningún ciudadano del Occidente soportaría semejante condición de vida.

El tercer rasgo saliente de la sociedad japonesa era la crueldad, expresada en las penas, tanto las establecidas para la masa

(i) Desde el Mikado, descendiendo hasta el último peldaño de la sociedad, cada clase tenía su término especial para decir *yo*. Para decir usted ó tú había 16 variantes, nueve para el concepto de padre, nueve para el de madre, 11 para el de esposa, 11 para el de hijo, nueve para el de hija y siete para el de marido. Basta con estos ejemplos para formarse idea del conjunto. La organización jerárquica de la sociedad estaba fielmente reflejada en la organización convencional del lenguaje, en el orden de los nombres, pronombres y verbos y en el grado de los adjetivos, expresado por medio de prefijos y sufijos.

del pueblo como las peculiares de la clase militar, lo cual provenía, en parte á lo menos, de confundirse la religión con el gobierno, de ser pecado, al par que delito, cualquier infracción de la regla tradicional. Aplicábase á las clases inferiores, por faltas leves, la flagelación; por las graves, la muerte, precedida de prolongado tormento, y se reputaban faltas graves hechos tan frecuentes como una reyerta. Prodigábanse penas horribles, no menos bárbaras que las de nuestra Edad Media, como la hoguera, la crucifixión, el descuartizamiento, la fritura en aceite y el desmenuzamiento por el palo, *kaiana* (i), quedando el cuerpo reducido á pedazos de menor tamaño que la mano, los cuales se dejaban en el sitio para pasto de las aves. La clase militar, encargada de imponer y aplicar estos castigos, sufría á su vez una disciplina no menos dura que la que estaba obligada á mantener. Una palabra ó una mirada que desagradasen, un leve error cometido en el cumplimiento de su deber, costaba á menudo la vida á sus individuos. Permitíase á los samurais, en muchos casos, ejecutarse á sí propios, y entonces la operación, consistente en hundirse profundamente la espada en el vientre, por debajo de la cintura y del lado izquierdo, y empujar lenta y firmemente la hoja hasta hacerla salir por el lado derecho, cortándose todas las entrañas, debía ser menos cruel y dolorosa que la hoguera ó la crucifixión. En la guerra expresaban su ferocidad cortando á los enemigos, así muertos como heridos y prisioneros, las orejas, la nariz ó la cabeza, que luego apitaban y exhibían. El general del ejército que *Hideyoshi* envió á Corea expidió, como trofeo de sus victorias, un cargamento de orejas humanas, que fueron amontonadas en la plaza de Kioto; y el sabio *Iyeyasu*, después de la batalla de *Sekigahara*, hizo desfilar su ejército por delante de una pirámide de 40.000 cabezas humanas, cortadas á sus adversarios (2). Esta crueldad no ha desaparecido: son demasiado recien-

(1) El capitán inglés *Sari*, que visitó el Japón en 1613, presencié y describió una de estas ejecuciones. (Hearn: *Japan*, pág. 193.)

(2) Félix Martin: *Le Japon vrait*, XI y XII.

tes, para haberlos olvidado, los relatos publicados en la prensa inglesa y americana de las horribles mutilaciones con que los japoneses saciaron su rabia contra los chinos durante la última guerra, especialmente en Puerto Arturo y en Formosa.

No debo pasar por alto otro rasgo especial de los japoneses, la presunción de que su país y su raza son superiores á todos los del mundo, lo que les lleva á mirar con profundo desdén á los extranjeros. Esta presunción persiste, y se manifiesta en múltiples formas. Ella ha inspirado á sus periódicos conceptos como éste, escrito en 1895; «La misión del Japón es civilizar á Europa, reformar su moral y su religión»; y se transmite íntegra de una generación á otra, mediante los manuales de Geografía é Historia usados en las escuelas, en los que se describe el Gran Nipón como la morada privilegiada, y á los japoneses como el pueblo más virtuoso de la tierra. Su desprecio á los extranjeros se ha cambiado en odio mortal cuando se han visto forzados á sufrir su imposición, y este odio ha dado origen á las numerosas asociaciones de *soshis*, cuyo lema es expulsar al extranjero. Reclutados en lo que llamamos proletariado intelectual, sobre todo en los estudiantes que por su desaplicación ó falta de recursos no pueden terminar su carrera, y ofuscados por un ciego y ardiente sentimiento de orgullo nacional, los *soshis* no reparan en medios para conseguir su fin, habiendo sido los autores de todos los atentados cometidos desde la implantación del nuevo régimen contra los ministros que les ha parecido simpatizar con los extranjeros.

Y llego á la característica más interesante de la sociedad japonesa, la llamada religión de lealtad, que tenía sus raíces en el culto doméstico, en la creencia de que el subordinado se lo debe todo á su señor, hacienda, casa, libertad y vida, y en el suicidio voluntario, *junshi*, de los servidores á la muerte de su señor, el cual, según dijimos arriba (1), siguió practicándose con más ó menos frecuencia durante todo este período, no obstante la prohibi-

(1) Cap. II, pág. 39.

ción de Iyeyasu (i). Por el influjo de estos tres elementos, se fué formando entre los samurais, después de la erección del poder militar, la convicción de que era deber suyo matarse al morir su jefe, y se mataban atravesándose el vientre y cortándose las entrañas. Este modo de suicidio, importado probablemente de China, puesto que los antiguos japoneses usaban la estrangulación, se llamó *harakiri*, y fué privilegio especial de la clase militar, á causa del extraordinario valor que implicaba, lo dolorosísimo del acto y lo largo de la operación. El *harakiri* pasó á ser ley de disciplina y ley de honor, y se suicidaban los jefes de un ejército derrotado y los defensores de una plaza tomada por asalto, y desde fines del siglo XV se otorgó á los samurais condenados á muerte el derecho de suicidarse para librarse de la vergüenza de la ejecución. Los motivos del *harakiri se* multiplicaron, matándose los samurais no sólo á la muerte de su jefe, más también por causa de honor, por la voluntad de su señor, como protesta moral de un acto censurable de éste (2), y hasta por hechos insignificantes, como un descuido, un error de juicio, un fracaso en el desempeño de una función oficial ó una simple contrariedad (3). Cuando un samurai denunciaba á su señor un acto de mala administración y éste vacilaba en prestarle fe, reforzaba á menudo la denuncia suicidándose. No escapaban á esta terrible costumbre las mujeres las cuales usaban el *jigay*, que consistía en cortarse de un tajo la garganta hasta abrirse las arterias y desangrarse, y se suicidaban también por diversos motivos, en-

(1) Dice Iyeyasu en el art. 76 de su Legado: «Aunque es, sin duda, antigua costumbre para un vasallo seguir á su señor al morir, no hay razón alguna que la justifique, y queda prohibida á todos los servidores, desde los más altos *i.* los más bajos. No debe el servidor leal desatender esta prohibición, y si la desatendiere, su posteridad será empobrecida por la confiscación, para escarmiento de los que desobedecen las leyes».

(2) El último de los sogunes, Itotubashi, al ser despojado del poder en 1667, fué requerido por uno de sus consejeros á suicidarse para salvar el honor de su familia. Itotubashi se negó terminantemente al sacrificio y se salló del salón, en vista de lo cual el fiel consejero se retiró á otra habitación y se practicó solemnemente el *harakiri*.

(3) El gobernador de Nagasaki se suicidó en 1818 por no haber podido capturar un buque de guerra Inglés que habla desacatado su autoridad.

tre otros, á la muerte de su marido (i), por salvar su honor en tiempo de guerra, ó como protesta moral contra una falta cometida por su cónyuge. Por esta última causa ocurrió un interesante caso de *jigay* en las elecciones de 1892. Un rico elector, llamado Ishijima, habiendo prometido ayudar á uno de los candidatos, prestó en la elección su apoyo á otro, y su mujer, al enterarse de la informalidad de su marido, se suicidó por el *jigay* (2). Todavía hoy se decora con flores la tumba de aquella mujer valiente y se le quema incienso. La religión de lealtad llegaba al extremo de sacrificar á los mismos niños por causa del señor, hallándose llena la antigua tragedia japonesa de sacrificios de este género, de padres y madres que entregan sus hijos á la muerte para salvar los de su jefe. Conocido es el acto de Nakamitsu, héroe favorito del drama y de la historia, que mató á su hijo inocente y salvó con su cabeza la del heredero de su señor, que se había hecho reo de pena capital (3). El suicidio en la forma de *harakiri* era privilegio de los samurais; mas no lo era el deber de lealtad, el cual se hallaba extendido en diversas formas por las varias clases sociales, exigiéndose en todos los oficios y profesiones, por parte del principal, afecto y protección; por parte de los dependientes, obediencia y sacrificio. Por todas partes regía el desprecio de la vida, el deber de la muerte (4).

Regía igualmente el deber de la venganza, *kataki-uchi*, que era

(1) El *jigay* por esta causa fué muy frecuente en los antiguos tiempos, y no deja de practicarse hoy de vez en cuando. Es interesante el caso que cita Hearn (*Japan*, 317), acaecido en Tokio durante la última guerra con China, habiendo sido la heroína una joven de veintiún años, viuda del teniente Asada, que había perecido en una batalla. Al enterarse la mujer de la muerte de su marido, empezó á prepararse, conforme á la regla feudal, para la suya propia. Escribió á sus parientes cartas de despedida, puso en orden sus asuntos, limpió con gran esmero la casa, se puso el manto de la muerte colocó el retrato de su marido en la alcoba y depositó ofrendas delante de él. Arreglado todo esto, sentóse frente al retrato, tomó la espada y de un tajo se partió las arterias de la garganta.

(2) L. Hearn: *Japan*, pág. 318.

(3) W. G. Aston: *Literature Japonaise*, pág. 220.

(4) El sistema político basado sobre esta heroica virtud de lealtad pertenece al pasado, puesto que ya no hay daimios ni sogunes; pero de ella derivan el celo y el patriotismo que hoy distinguen a los descendientes de los antiguos samurais en el desempeño de los cargos públicos.

otro rasgo distintivo de la sociedad japonesa. Sabido es que la venganza ha sido común á todas las sociedades primitivas, y ejemplos de ella abundan también en las más antiguas crónicas del Japón; pero en este país ofrece la singularidad de que, lejos de haberse atenuado con el progreso de la cultura y desaparecido al cabo, cual ha sucedido en todas partes, se ha extendido y arraigado más y más, debido al influjo de la ética de Confucio, que prohíbe al hombre vivir bajo el mismo cielo que el matador de su señor, de su padre ó de su hermano, y fija los grados de parentesco y afecto dentro de los cuales la venganza se reputa obligatoria. El Código chino de venganza fué aceptado por las clases directoras; se generalizó luego, al erigirse el Gobierno militar, y desde entonces, impuesto por la ley y la costumbre, se ha sostenido en las edades siguientes, amparándolo con su autoridad el mismo Iyeyasu. El deber de la venganza en el Japón es muy extenso: comprende á las mujeres y niños; trasciende del vínculo de la sangre, rigiendo entre discípulos y maestros, entre aprendices y oficiales y entre amigos, y ofrece la singularidad de haber conservado íntegro el carácter religioso. En efecto, el *kataki-uchi* es un acto propiciatorio, como lo prueba el rito que le pone fin, consistente en colocar la cabeza del enemigo sobre la tumba de la persona vengada y dirigir á ésta una comunicación ó mensaje, hablado unas veces y otras escrito, dejándose en este último caso el escrito encima de la sepultura. Conmovera á no poder más es la historia de los 47 ronines (1), quienes juraron vengar la muerte de su señor Asano, forzado á suicidarse por haber herido en el palacio del Sogun al ministro Kiva, que le había insultado. Ayudados de algunos samurais, atacaron á Kiva en su propio palacio, sin embargo de estar sito en medio de Yedo, y tras encarnizada lucha, le prendieron y le cortaron la cabeza, yéndose en seguida á la sepultura de Asano, en donde depositaron la espada con que se había suicidado, la cabeza de su enemigo y un

(1) Se llamaba ronines á las gentes de armas que recobraban su libertad á la muerte del señor á quien hablan servido.

largo é interesante mensaje (i). Cumplido así el juramento de venganza, los 47 ronines se practicaron el *harakiri* para ir á juntarse con su señor, siendo sus cuerpos enterrados delante de la tumba de éste (1705). Semejante sacrificio los ha inmortalizado, al punto de haberse elevado diariamente sobre su tumba, durante doscientos años, el humo del incienso, ofrecido por visitantes maravillados.

Importa notar que esta religión de lealtad, cuyas principales manifestaciones eran el *junski*, el *karaquiri*, el *jigay* y el *katakiuchi*, hallábase limitada, por la constitución de la sociedad, al grupo á que pertenecía el individuo, para quien la patria no traspasaba las fronteras del dominio de su jefe. El señorío dominaba tan por completo al vasallo, así en cuerpo como en alma, que la idea de un deber para con la nación, fuera del deber para con su señor, no podía surgir en su entendimiento. El samurai ordinario, por ejemplo, no reconocía ley encima de la ley de su jefe, ni el jefe encima de la ley de su daimio. En estas condiciones, el patriotismo, en el sentido moderno de la palabra, no podía desarrollarse. Para que este sentimiento naciese era menester abolir los daimiatos, disolver los clanes y las tribus, centralizar la autoridad en el representante de la religión nacional, fundir todas las unidades sociales en una masa coherente capaz de acción uniforme, y entonces, aplicada á esta nueva organización la religión de lealtad, se obtendría un poder moral extraordinario, capaz de obrar milagros, siempre que fuese dirigido por una voluntad discreta y encaminado á un fin de interés común. Tal es la transformación que ha empezado á efectuarse en 1867, y tal también la fuente de ese valor extraordinario con que los japoneses han asombrado á Europa. Pasemos á exponer el proceso de esta transformación, cuyo primer acto fué la restauración del Sintoísmo.

(1) Puede verse en el apéndice D.

LA REVOLUCIÓN

§ 1.—*Restauración del Sintoísmo.*

El Sogunado de los Tokugawa, aunque fué decayendo por las mismas causas que habían decaído las precedentes regencias, duró doscientos sesente y nueve años, durante los que ni un solodaimio osó moverse contra él. Tan perfecta había sido la obra de Iyeyasu. No quiere esto decir que no tuviera enemigos; ¡cómo no tenerlos si había lastimado tantos intereses! Eranlo buen número de daimios, á cuya cabeza figuraban los señores de los grandes uji de Satsuma y de Choshu, los cuales acechaban la ocasión de romper el freno que tascaban á la fuerza. Mas estas tendencias rebeldes se atenuaron con el tiempo, y el gobierno de los Tokgawa llegó adquirir una solidez casi tan firme como el mismo imperio, pasando á ser el segundo fundamento del Estado. Derribarlo por la fuerza que pudieran condensar las ambiciones de los daimios avasallados, imposible. Una sola fuerza podía derribarlo, la psíquica, la que presta savia y vida á las instituciones, la proviniente del cambio de creencias y deseos en la conciencia de los asociados. Este cambio se dio; lo causó la restauración del Sintoísmo, y entonces el Sogunado, falto de base, se desplomó. ¿Cómo se efectuó la restauración del Sintoísmo, al que hacía más de mil años había soterrado el Budhismo? Como acontecen siempre estas cosas: por el cambio de dirección en los estudios (i).

La misma casa de Tokugawa fué la que con su protección á las letras despertó el interés de los literatos hacia la historia primitiva del Japón. Iyeyasu, de quien he dicho que ya era docto distinguido, aficionadísimo al estudio, estimó que la ciencia sería el principal sostén de la nueva organización social y política que

(1) Ejemplo de esto tenemos nosotros en el actual movimiento político de Cataluña derivado del renacimiento de la literatura catalana desde mediados del próximo pasado siglo. Este movimiento se ha desenfrenado al perderse las colonias, llegando al extremo de traspasar los límites del sentimiento nacional en la tendencia separatista. Todas las transformaciones sociales tienen su origen y base en el cambio de ideas de los individuos,

trataba de crear, y se aplicó á protegerla. Estableció escuelas, creó un colegio de monjes, encargados de copiar los archivos de las familias de los daimios, y él mismo dedicó los últimos años de su vida, que pasó en el retiro, á coleccionar libros y manuscritos, tanto chinos como japoneses. Legó los japoneses á su octavo hijo, el príncipe Owari, que publicó varias obras sobre la literatura primitiva del Japón. La afición de Iyeyasu á las letras se transmitió á sus descendientes (i), entre los que es digno de especial mención Mitsukuni, segundo príncipe de Mito (siglo XVII), el cual redactó, con la colaboración de varios doctos, la primera historia importante del Japón, *Dai Nihonci*; escribió una obra en 500 volúmenes sobre las ceremonias y etiqueta de la corte imperial, y destinó una cuantiosa renta anual para costear la publicación de sus trabajos.

Con el ejemplo y bajo el patronato de señores tan poderosos é ilustres, no tardó en formarse una escuela de literatos, que apartaron la atención de las letras chinas para fijarla en el estudio de los clásicos japoneses. Inauguró este renacimiento *Keitchiu* (1640-1701), que dedicó á Mitsukuni la mejor de sus producciones, un tratado en 20 volúmenes sobre el *Manyociu*, «Colección de 10.000 hojas», poemas redactados del siglo VII al VIII, le imprimieron vigoroso impulso Kada Adzuna-maró (1669-1769) y su discípulo el afamado Mabutchi (1693-1769), autor de varios comentarios y otros escritos, indispensables hoy para el estudio de la antigua lengua japonesa, y lo llevó al punto de su mayor florecimiento el más conspicuo de los renacientes y uno de los varones más notables que ha producido el Japón, *Motoori Norinaga* (1730-1801), que enseñó á centenares de discípulos y publicó 55 obras en más de 180 volúmenes, con las que contribuyó á emancipar al Japón de la servidumbre moral é intelectual en que estaba respecto de la China y á despertar el espíritu de patriotismo y confianza en sus propias fuerzas, que había de manifestarse

(i) Al extremo que Tsunayoci, el quinto Sogun Tokugawa (1680-1709), daba conferencias sobre los clásicos chinos ante auditorio compuesto de daimios, altos funcionarios, sacerdotes, sintos y budhistas.

más adelante en una acción política. El principal de sus escritos es los comentarios al *Ko-ji-ki*, libro sagrado de la religión sinto, con la que coincidía en el punto fundamental de concebir el poder director del universo como un ser personal (i) opuestamente al *Ten* (Cielo), de Confucio y de Mencius, y al *Tao* (Camino), de Laotze, concepciones ambas impersonales. El último representante de la escuela, cuyo crédito mantuvo á grande altura, fué Hirata Atsutané (1776-1843), teólogo eminente, que publicó centenares de volúmenes, encaminados todos, directa ó indirectamente, á reforzar la fe en el Sintoísmo, al que acabó de imprimir un carácter definido y tangible y á recordar la descendencia divina de los Mikados y su derecho incontestable á ser considerados como soberanos legítimos, lo que le valió en 1846, de parte del gobierno del Sogun, la orden de volver á su país natal y abstenerse de escribir. Constituyen el principal timbre de su gloria tres obras: el *Koji-Seibun*, el *Koji-tcho* y el *Koji-den*, en las que trata de armonizar los mitos antiguos, enlazándolos por el orden del tiempo en una exposición continua y lógica.

Considerándola en conjunto, admira esta escuela por la inmensidad de la obra que llevó á cabo. Reeditó las antiguas poesías, las crónicas y los sagrados recuerdos, ilustrándolo todo con amplios comentarios; produjo innumerables trabajos sobre religión, historia y filología; compuso gramáticas y diccionarios; escribió tratados sobre la naturaleza de los dioses, el sistema de gobierno, el arte de la poesía, los errores populares, las costumbres y maneras, en fin, de los antiguos tiempos.

No sospecharon los protectores de la nueva escuela los resultados á que había de conducir su labor literaria en el orden religioso y social. Debieron haberlo previsto, sin embargo. El estudio de la antigua literatura y de la primitiva organización social no podían menos de revelar, y revelaron, que las creencias extranjeras habían soterrado el culto de los dioses ancestrales, que el

(1) La actitud de Motoori respecto de la escuela china de Filosofía puede verse en el apéndice E.

budhismo chino y la ética china habían reducido la religión nacional al estado de una creencia inferior, casi de una superstición. Los dioses sintos habían descendido á la humilde condición de servidores de los budhas; y como aquellos dioses eran los antepasados de la raza, los padres de sus emperadores y príncipes, su degradación no había podido menos de llevar consigo el olvido de la tradición imperial, y por ello los emperadores habían sido privados no solamente de sus derechos y privilegios, sino también de sus rentas, y algunos, desterrados, insultados y depuestos. A la manera que no se había permitido á los dioses patrios entrar en el panteón búdhico sino para ocupar los puestos inferiores, así no se permitía reinar á sus descendientes vivos sino como dependientes de los usurpadores militares. Por ley sagrada, todo el suelo del imperio pertenecía al Soberano celeste, y, sin embargo, las rentas que se asignaban eran á menudo insuficientes para proveer á las más urgentes necesidades de su familia. Ciertamente, el Sogunado había establecido la paz é inaugurado la prosperidad; pero no podía olvidarse que su origen había sido una usurpación. Por tanto, restaurar al Hijo del Cielo á su antigua posición de Soberano legítimo y relegar á los jefes militares á su propio estado de subordinación, he aquí el único modo de servir los altos intereses nacionales.

Todo esto se pensaba y se sentía, pero no todo se expresaba. Los escritores sintos fueron prudentes. Con todo, hacia fines del siglo XVIII, su enseñanza había creado un fuerte partido político, resuelto á rehabilitar oficialmente la antigua religión y restaurar la soberanía del Mikado. El Sogunado permaneció indiferente á esta agitación de los ánimos hasta el año 1841, en qué expresó su inquietud desterrando al gran teólogo sinto Hirata y prohibiéndole escribir. Hirata murió poco después; pero había enseñado durante cuarenta años, dejaba miles de discípulos devotos y entusiastas, y no había medio de impedir que fructificase la semilla que había sembrado en tantas almas. Al mismo tiempo, los señores de Satsuma y de Choshu comprendieron el valor de las nuevas ideas para sus fines políticos, alentaron el mo-

vimiento sintoísta, presintiendo que se acercaba el instante de sacudir el yugo de los Tokugawa. En medio de esta fermentación, arribó á los puertos del Japón la escuadra americana del comodoro Perry, en Abril de 1854, y seis meses después la inglesa, al mando del almirante Stirling.

§ II.—*Caída del Sogunado y sus consecuencias.*

El Sogun, que lo era Iyemochi, convencido de la imposibilidad de repeler á los nuevos enemigos, y temeroso de que la resistencia ocasionase la ruina del Imperio, firmó, primero con los Estados Unidos y luego con varias potencias europeas, de 1854 á 1858, tratados abriendo varios puertos al comercio extranjero. Este acto de prudencia provocó gran descontento en el país, que lo calificó de cobardía; y no digamos los enemigos del gobierno militar, los cuales pusieron el grito en el cielo. El Sogun estaba bien informado de la fuerza de las potencias occidentales; pero se abstuvo de comunicar sus informes á la Corte imperial, que los ignoraba, por temor de que la confesión de su impotencia le costase la pérdida del Poder. Se equivocó. Este silencio apresuró su caída, porque la Corte imperial, desconocedora del peligro, accedió á las instancias de los enemigos del poder militar, ordenando la expulsión de los extranjeros. Esta orden no podía menos de cumplirla el Sogunado, por ser de carácter religioso; mas no pudiendo cumplirla por la fuerza, apeló á la diplomacia. Mientras negociaba, precipitó el desenlace de la crisis la imprudencia del príncipe de Choshu disparando sobre varios navios pertenecientes á potencias extranjeras, lo que provocó los bombardeos de *Simonoseki* y de *Kagosimn* y la petición de una indemnización de tres millones de dólares. El Sogunado trató de castigar al daimio de Choshu; pero el intento sólo sirvió para poner de relieve su debilidad; Iyemochi fué derrotado, muriendo poco después. Le sucedió Hitotubashi. La manifiesta debilidad del Sogunado alentó á sus enemigos á asestarle el golpe fatal, induciendo á la Corte impe-

rial á abolido, lo que ésta hizo por decreto. Hitotubashi se sometió; y en este punto, 1867, acabó el régimen de la casa Tokugawa, guerreando en balde durante dos años sus fieles servidores para restablecerlo. Inmediatamente se reorganizó toda la administración; se devolvió al Mikado el supremo poder civil y militar, y poco después fué restablecido en su primitiva sencillez y declarado religión del Estado el culto sinto.

Esta revolución fué definitiva, porque se basaba sobre dos cambios sociales de importancia; uno, el hábito, casi el instinto de obediencia que el régimen de los Tokugawa había creado durante los doscientos sesenta y nueve años en que había sido impuesto á los daimios; otro, la restauración de Sintoísmo, que no reconocía otra autoridad que la del Mikado. El efecto inmediato de esta revolución fué vigorizar el deber de obediencia y la religión de lealtad. Antes se veneraba al Mikado por dictado de la religión, y se obedecía al Sogun por coerción militar; ahora, devuelto el poder político al Mikado, se venera y se obedece á éste por los dos móviles juntamente, el religioso y el coercitivo, y los dos móviles se refuerzan el uno al otro, creando en la conciencia de aquella raza, dócil y sumisa, ferviente disposición á obedecer ciegamente todo lo que el Mikado ordene, sin reparar en la posibilidad de la empresa, ni en la magnitud del esfuerzo, ni en lo costoso del sacrificio. El Mikado lo manda, y esto basta. Nunca, en ningún período de la historia, el deber de obediencia y la disposición al sacrificio habían llegado al grado de intensidad como en esta hora suprema de la existencia nacional.

Parecía natural que, habiéndose aducido como motivo para derribar al Sogunado el haber firmado los Tratados de Comercio con el extranjero, el partido triunfante dejase sin efecto aquellos Tratados y se lanzase á la lucha. Y éste era, en efecto, el programa de los más entusiastas del partido sintoísta, los cuales, no satisfechos con la restauración del poder imperial y el restablecimiento del antiguo culto, pedían la vuelta á la sencillez de los primitivos tiempos, la supresión de todo influjo extraño y que ceremonias, educación, literatura, ética y leyes, todo, fuese pura-

ramente japonés. Mas esto era imposible; habría sido la destrucción de una experiencia de diez siglos. Por fortuna, los jefes del movimiento se hicieron cargo de lo crítico de las circunstancias y se convencieron de que resistir al extranjero sería la ruina de la nación. Los bombardeos de *Simonoski* y de *Kagosima* no dejaban duda acerca del particular. Pensaron, y pensaron bien, que el único camino de llegar un día á poder hacer frente á las potencias occidentales era el de apropiarse, mediante asiduo estudio, sus ciencias, artes é industrias. Esto ordenó el Mikado, é inmediatamente centenares de japoneses se desparramaron por los Estados más poderosos de Europa y América para aprender sus ciencias y su técnica, en particular la ciencia y la técnica militares, y observar el funcionamiento de sus instituciones; maestros extranjeros fueron llamados al Japón para enseñar lenguas, ciencias y artes y dirigir la organización de los nuevos servicios é industrias, y al mismo tiempo se acometió la empresa de renovar las instituciones políticas y sociales conforme á los modelos europeos.

En 1871 fueron abolidos los daimiatos; en 1863, revocados los decretos contra el cristianismo y adoptado el calendario gregoriano, y en 1876, prohibido el uso de espadas. El Cuerpo de los samurais fué disuelto y substituido por un Ejército nacional, organizado á la europea; se emprendió la construcción de una flota; se proclamó la igualdad de todas las clases ante la ley, con lo que se abrieron á la industria nuevos horizontes, y empezó á formarse una aristocracia de la riqueza; se publicaron los primeros códigos; se estableció un nuevo sistema de policía; se abrieron centros de enseñanza, moldeados á la europea y costeados por el gobierno, y, finalmente, en 1889, se promulgó una Constitución (1), convocándose al año siguiente al primer Parlamento. Toda la fábrica de la sociedad fué renovada, hasta donde pueden renovarla leyes y reglamentos. Disueltas las tribus y los clanes, la autoridad del Emperador se extendió hasta el individuo, el cual reemplazó á la familia en calidad de unidad social.

(1) Puede verse esta Constitución en el apéndice F.

Tal ha sido de rápida y profunda la revolución del Japón. Pasemos á estudiar sus causas.

CAUSAS DE LA RAPIDEZ CON QUE LOS JAPONESES SE HAN APROPIADO
LA CIVILIZACIÓN OCCIDENTAL

La transformación que el Japón ha realizado es admirable, por lo extensa y lo rápida, por haber abarcado todos los ramos de la vida pública y haberse cumplido en menos de treinta años. Parécenos un juego de magia á los que estamos un tanto familiarizados con las leyes sociales. Conviene notar, sin embargo, que no deja de ofrecernos la historia algún que otro ejemplo, si no idéntico, bastante parecido. La brevedad, por ejemplo, con que Asiría se apropió la civilización caldea; la prontitud con que los árabes, bárbaros bajo Mahoma, se elevaron en un siglo al puesto de primer poder civilizador de Europa. Preguntamos ahora: ¿cuáles han sido las causas de esta transformación? Las he apuntado todas en el curso de la exposición histórica; fáltame concretarlas. Se trata de un suceso bastante complejo, y procede discernir sus diversos momentos para determinar las causas de cada uno.

Primer momento: la revolución interior, consistente en la supresión del Sogunado y restauración política del Mikado. ¿Cuál fué la causa de este cambio radical? No cabe duda: el restablecimiento del Shintoísmo, que trajo como una de sus exigencias primordiales la de retrotraer el orden político al ser y estado en que se hallaba antes de la introducción del Budhismo, durante el período primitivo, en que no se conocía otra autoridad que la del Mikado. La arribada de las flotas extranjeras fué la ocasión de que la revolución estallase, por cuanto motivó el acto de hostilidad del daimio de Choshu, al que siguió el intento del Sogunado para castigarle, y esto puso de manifiesto la debilidad de éste, á causa de haber sido derrotado en el encuentro. El mayor influjo que la llegada de las flotas pudo ejercer en la revolución fué el de anticiparla; pero es evidente que la revolución estaba preparada, madura, pronta á estallar, y que habría estallado de

todos modos, con flotas y sin flotas. En cambio, si éstas hubiesen llegado antes, bajo el sogunado de Iyeyasu, por ejemplo, nada hubiese acaecido en el Estado japonés. Luego podemos sentar, con entera seguridad, que la causa de la revolución fué la restauración de la religión ancestral, del Sbintoísmo.

Segundo momento: la decisión del Japón de apropiarse la civilización europea. ¿Cuál ha sido la causa de esta decisión? Está también clara: el carácter esencialmente militar del Estado japonés, manifestado en el hecho de mantener, en pie de paz, dos millones de guerreros, de samurais. Hallóse el Japón en la alternativa de rendirse, entregándose á merced de los extranjeros, que le habrían tratado como una colonia, ó de apropiarse su ciencia ó su técnica, único modo de llegar un día á poder resistirles con probabilidades de éxito; y entre estos dos términos, su temperamento y su historia le llevaron á optar por el segundo. Necesariamente: un pueblo guerrero, consciente de su valor y que no podía hacerlo prevalecer por la inferioridad de sus medios de acción, no podía obrar de otra manera. Hubiera sido pacífico, y habría procedido de contrario modo, se habría rendido á discreción. Mas para el fin de aumentar su poder de resistencia le bastaba con haberse asimilado los conocimientos é industrias navales y militares; ¿por qué se ha apropiado también lo social y lo político?

Se ha apropiado lo social porque la subordinación directa é inmediata de todas las unidades sociales á la voluntad del Mikado aceleraba la transmisión de las órdenes, facilitaba la ejecución de los movimientos y daba á éstos mayor congruencia y unidad, lo que redundaba en un aumento de poder y en una mayor eficacia de acción. Mas no basta, para que las sociedades acepten una innovación, que ésta les sea conveniente; requiérese, además, que armonice hasta cierto grado con su tradición y carácter, con sus normas de pensar y de obrar; en una palabra, que sea viable. Esta condición de viabilidad se dio, á su vez, por el hecho de devolverse al Mikado el poder político. El Sogun no era sino uno de tantos señores, á lo sumo el primero de ellos,

como nuestro rey feudal; debía su primacía á la fuerza, no á la herencia, creadora del derecho, ni al excelso don de la representación divina; y de la misma suerte que la había adquirido, por el azar de las circunstancias, podía, por un cambio de éstas, perderla á la hora menos pensada, y esto le incapacitaba para llevar la centralización más allá de la integración feudal, que es lo que había hecho la casa de Tokugawa. El Mikado, en cambio, representaba la autoridad religiosa, y no como quiera, sino en grado supremo, siendo la deidad viviente de la raza, y en este respecto, se comunicaba directa é inmediatamente con todas las almas, sin cortapisa de tribus ni de clanes. Sobre esta base, al recobrar ahora sus poderes civil y militar, era natural que los ejerciese de la misma manera que ejercía la autoridad religiosa, directa é inmediatamente, y esto, junto á los muchos grados de intensidad que adquirió en la conciencia de los subditos el deber de obediencia por el influjo de la revolución, le permitió, con protesta de muy pocos y con el beneplácito de casi todos, romper el vínculo feudal y fundar la unidad nacional. He aquí porqué se extendió la apropiación al orden social.

Se extendió también al político, porque el régimen constitucional de Europa cuadraba admirablemente con la tradición japonesa. Suprimir de repente el Sogunado, que había gobernado al país durante más de mil años, y devolver el poder político al Mikado, que había estado todo aquel tiempo sin ejercerlo, era sencillamente imposible. Los Estados no poseen semejante poder de elasticidad. Ni los daimios, á quienes representaba el Sogunado, habrían tolerado el despojo, ni el Mikado hubiese aceptado las nuevas atribuciones, por ser incapaz de ejercerlas. ¿Cómo consentir los daimios en el establecimiento de una monarquía absoluta y divina, que de gobernantes los habría reducido á la condición de subditos? Los señores de Satsuma y de Choshu aspiraban, no á restaurar el poder del Mikado, sino á derribar á los Tokugawa, para suplantarlos. Buena prueba de ello dieron poco después, sublevándose en 1871 contra el Mikado. Ni ¿de dónde había de sacar estelas dotes para ejercer de repente funciones

de las que había estado despojado durante tantos siglos? Seguramente se habría repetido lo que ocurrió cuando Go-daigo, á saber: que el propio Mikado habría restablecido el Sogunado. Resolvió todas estas dificultades una Constitución á la europea, la cual, dejando al Mikado la suprema jefatura del Estado, confiaba el ejercicio del poder á los daimios. Este régimen hubo de parecer á los japoneses la continuación del Sogunado, y no pudo menos de satisfacer á todos: á los daimios, porque les dejaba en posesión del gobierno, con la ventaja de no ser éste hereditario y poder compartirlo vanos de ellos á un tiempo; á las clases productoras, porque otorgaba á muchos de sus individuos los derechos políticos, y á todos, la plenitud de los civiles. De suerte que la adopción de una Constitución con dos Cámaras, que tanto asombro causó á los europeos, no fué para los japoneses sino la continuación de su gobierno tradicional, mejorado con ventajosas innovaciones.

Tercer momento: la rapidez con que el Japón ha realizado su decisión de apropiarse la civilización europea, no habiendo transcurrido entre la revolución de 1867 y la reunión del piimer Parlamento, en 1891, más que veinticuatro años. ¿Cómo se explica esta rapidez? No ha sido enteramente extraño á ella el sentimiento guerrero, por cuanto ha encendido en el pecho de los japoneses vehementísimo deseo de igualarse cuanto antes en poder militar con las potencias europeas; pero las causas principales hay que buscarlas en la doctrina de obediencia absoluta y en el hábito del sacrificio. En virtud de estos dos resortes, los japoneses obedecen las órdenes de su Mikado con la inflexibilidad y precisión de una fuerza natural, ciega, fatal y automáticamente, olvidados de todos los vínculos que les ligan á este mundo de sus intereses, de su familia, de su vi ja. En la ocasión presente ordenóles el Mikado apropiarse la civilización occidental, y lanzáronse á la empresa los jóvenes japoneses con fervoroso entusiasmo, con perseverante ahinco, apurando todas las energías de su alma, extremando sus esfuerzos hasta más allá de los límites de su poder mental. Hubo ejemplos tristes, de jó-

venes á quienes se vio perder la salud y hasta la vida en el empeño de apropiarse conocimientos superiores al poder de su inteligencia, y ejemplos [encantadores de niños y niñas usar en las épocas de terremotos y consternación las tejas de sus hogares arruinados como pizarras de escuela, y los pedazos de yeso caídos, para escribir en ellas (i).

Ultimo extremo: el triunfo alcanzado por los japoneses sobre los chinos y sobre los rusos. ¿A qué se han debido estas victorias? Respecto de los chinos, el hecho no tiene nada de particular, puesto que ya los regentes Hozo habían rechazado la invasión del poderoso Kublay-Khan, según dije arriba, y los japoneses habían invadido la Corea, con el propósito de conquistar la China, en el sogunado de Hideyoshi. Se trata de dos pueblos de la misma raza, llegados casi al mismo grado de adelanto y cuya diferencia en población, á favor de los chinos, está compensada por la diferencia de bravura, táctica y armamento, á favor de los japoneses. En cuanto á los rusos, la victoria del Japón se explica, parte, por el precepto de absoluta obediencia; parte, por la religión de lealtad. Un pueblo que obedece á sus jefes con la regularidad de una máquina, cuyos varones se suicidan por el dolorosísimo procedimiento de traspasarse las entrañas y por motivos tan fútiles como la mala conducta de sus jefes, cuyas mujeres se desangran cortándose el cuello para salvar su honor, ó por una falta leve cometida por su marido, semejante pueblo, que lleva el valor y el desprecio de la vida hasta esos extremos inverosímiles de un heroísmo brutal y fiero, es invencible, con quienquiera que se bata, aun no siendo enteramente iguales las demás circunstancias. Los japoneses en el campo de batalla no son hombres, son fieras, que en vez de acobardarse se embravecen ante el espectáculo de la muerte. De aquí lo temerario de sus empresas, la rapidez en ejecutarlas, el ímpetu de sus ataques y lo imprevisto de sus golpes.

Resumamos: la restauración del sintoísmo, los hábitos milita-

(1) L. Hearn; *Japan*, pág. 155.

res, el deber de obediencia y la religión de lealtad han sido las causas de la transformación que acaba de realizar el Estado japonés en sus varios momentos de restauración política del Mikado. decisión de apropiarse la civilización europea, rapidez en realizar esta decisión y sorprendente vitoria sobre los rusos. Sin embargo, en el punto concreto de la rapidez con que los japoneses han efectuado su evolución, debo confesar que estas causas son insuficientes para explicarla, si se parte del supuesto que el Japón se ha asimilado toda la civilización occidental; mas este supuesto es gratuito; el Japón no se ha apropiado sino parte de aquella civilización, y no la superior y más excelente. Este punto requiere especial consideración.

QUÉ PARTE DE LA CIVILIZACIÓN SE HA APROPIADO EL JAPÓN

Empiezo por hacer notar que no se trata de un problema intrincado, nada de eso; antes, muy sencillo, de aquellos sobre los que se puede formar juicio *á priori*, sin necesidad del dato, simplemente por el conocimiento de las leyes que rigen los cambios sociales, las cuales son tan fijas é invariables como las naturales. Según estas leyes, en los cuarenta años que van transcurridos desde que el Japón empezó á transformarse, puede cambiar radicalmente la síntesis mental de un individuo, es difícil que cambie la organización social y política de una tribu, muchísimo más la de un Estado tantas veces secular y de 46 millones de almas, como el Japón. Pasar en tan breve período de la constitución comunal que tenía la sociedad japonesa antes de 1867 á la organización individualista de las sociedades europeas, es de aquellos hechos á los que se puede aplicar el calificativo de imposibles. Y no vale distinguir entre organizaciones simples y complejas,*como si las primeras fuesen más accesibles al cambio que las segundas; precisamente por ser simples son más rígidas, más resistentes, más estilizadas. Este juicio lo confirma plenamente la observación del estado actual de la sociedad japonesa, que paso á considerar en los aspectos pertinentes al caso.

En punto á la organización social y política, el Japón sigue siendo un Estado comunal. La religión ancestral, la voluntad de los muertos, es por la que continúan pensando y obrando los japoneses. La Constitución y las nuevas leyes no, han hecho más que rozar la superficie, sin penetrar en el fondo. Se han disuelto los antiguos grupos sociales, y al punto se han formado otros de la misma naturaleza que aquéllos; se ha declarado libre al individuo, y la opinión sigue reteniéndole prisionero; se han derogado penas por infracción de antiguas costumbres, y el sentimiento público compele á practicarlas; se ha eximido á la familia de responsabilidad por los actos de los individuos, y la familia conserva su organización patriarcal y su particular culto. Y esta resistencia al cambio ha sido salvadora: sin ella, la sociedad se habría disuelto. Cuerdoamente han obrado los modernos legisladores consignando en el Código civil medidas para evitar la extinción de ningún culto familiar.

Persiste igualmente el régimen del clan y de la tribu, dominante aún en los círculos políticos y administrativos. Ni electores, ni funcionarios', ni diputados obran por principios; siguen á personas y obedecen mandatos. Los intereses feudales continúan siendo los móviles generales de conducta. Sin programa y sin fijeza, los partidos políticos, llámense *liberales*, *progresistas*, *nacionales* ó *nacionales-unionistas*, no tienen de tales más que el nombre: son grupos ficticios, basados sobre el vínculo del clan. Desde la restauración, monopolizan el poder los clanes de Satsuma y de Choshu, que fueron los principales factores de aquel cambio. Los Ito, los Inuyé, los Yamagata, son Choshu; los Sai'go, los Oyama, los Kuroda, Satsuma. Imposible á un japonés, por muchos que sean sus merecimientos, llegar á un puesto importante en los servicios civiles si no pertenece á los Choshu, ni á un grado elevado en el Ejército ó la Marina si no es Satsuma. Ha tratado de refrenar estos intereses de grupo, subordinándolos á los nacionales, el mayor estadista del Japón moderno, el Marqués de Ito, y ha fracasado en el empeño. Solamente el peligro de una guerra extranjera tiene la virtud de concertarlos y fundirlos en el su-

premo interés nacional. La disolución de estas unidades sociales produce separación de masas, no ruptura del vínculo, y las nuevas masas siguen obrando de la misma suerte que las antiguas. Independencia de acción personal, en el sentido que nosotros damos á esta expresión, apenas se concibe. «Como el átomo dentro de un sólido, dice Hearn (i), puede el individuo japonés vibrar; pero la órbita de su vibración está fija.»

La vida diaria de cualquier ciudad ofrece numerosos ejemplos de que el pueblo japonés sigue pensando y obrando por grupos, pudiendo afirmarse que no existe en la práctica el derecho de competencia. Uno de los ejemplos más notables es el Código de los *kurumaya*, 'hombres que arrastran ligeros cochecillos de dos asientos, á quienes está vedado, en general (2), adelantarse en la carrera, sea el uno joven y brioso, débil y viejo el otro. Se toma un *kurumaya* y se le recomienda que aligere; parte el hombre velozmente, y sostiene la misma carrera hasta que alcanza á un compañero, que tira de su vehículo con flojedad y anda perezosamente. El *kurumaya* veloz, en vez de pasar delante al otro, retarda la marcha, caminando detrás de su compañero á paso de procesión. Durante largo rato, á veces por más de media hora, hay que sufrir esta contrariedad, por la regla tradicional que obliga al fuerte y ágil á esperar al débil y tardo. Si alguien osa infringir la regla, se le reconviene con palabras que expresan esta idea: «Usted sabe que falta á la costumbre; usted obra en perjuicio de sus compañeros»; reconvención muy dura entre los japoneses, por ser expresión de la opinión pública. Semejante código no es sino una de tantas aplicaciones de la ley general y no escrita que ha regido siempre entre las clases trabajadoras del Japón: «No se debe tratar, sin especial autorización, de aventajar á un compañero.»

El código de los *kurumaya* es una supervivencia de los tiempos feudales, en que las clases productoras estaban organizadas

(1) *Jipan*, 427.

(2) Se han establecido, por pura necesidad, algunas excepciones en favor de mensajeros particulares.

en *gildas* ó gremios, cuya disciplina prohibía la competencia entre sus individuos por interés meramente personal. Estas gildas no han desaparecido realmente; pues si bien es cierto que las antiguas han sido disueltas, al punto se han formado otras sobre las mismas bases que aquéllas, y éstas son las que regulan hoy las relaciones entre los trabajadores y los dueños, conforme al antiguo modo comunal. He aquí un curioso ejemplo. La persona que desea contruirse una casa, lo mejor que al efecto puede hacer es llamar á un maestro carpintero, el cual ejerce juntamente las funciones de contratista, arquitecto y constructor. Concluido el contrato y aceptados los planos, el dueño no tiene derecho á inmiscuirse en ninguna de las operaciones que hayan de practicarse para la edificación de la casa; se lo prohíbe el reglamento de la gilda; todo corre á cargo del maestro carpintero, el cual compra y transporta los materiales, contrata á los cerrajeros, enyesadores, cristaleros, tejeros y demás operarios que sean menester al efecto. Terminada la obra, y esto es lo más curioso, la relación entre los dueños y el contratista no se rompe, persiste para siempre, porque el contrato ha sido colectivo, no individual. Al tratarse con el maestro carpintero, se ha tratado con la gilda á la que éste pertenece, y á cuyo reglamento queda sujeto también el dueño. Por tanto, para cualquier desperfecto que algún día ocurra en la casa, de lo que quiera que fuere, hasta de cristalería ó de herrería, el dueño tiene que llamar forzosamente al contratista. Esta restricción se funda en que el maestro carpintero es responsable de la casa, y cumple su responsabilidad con celo extraordinario, por irle en ello su reputación. No intente el dueño despedirle sin justa causa; en ningún oficio hallaría quien quisiera servirle.

Igualmente, la persona que desea tener un jardín contrata á un jardinero, el cual se lo labra por el precio convenido. Mas tampoco acaba aquí la relación. El jardinero representa á una gilda, y en virtud del reglamento de ésta, al contratarle, se entiende que él mismo, ó en su defecto otro jardinero de la propia gilda, será el que cuide del jardín. En cada estación, sin necesi-

dad de avisarle, el jardinero, cuando lo estima conveniente, se da una vuelta por el jardín y lo arregla todo: corta los setos, poda los árboles frutales, repara la cerca, guía las plantas trepadoras, cuida de las flores, preservándolas del sol en la estación cálida y de las heladas en la fría; hace, en fin, miles de cosas ingeniosas y útiles por una remuneración insignificante. Que no se le despida sin justa causa, porque ningún jardinero le reemplazaría, por tentadora que fuese la remuneración que se le ofreciera.

Estos ejemplos muestran que los contratos en el Japón actual siguen siendo colectivos, no individuales; perpetuos, no temporales; por consiguiente, feudales.

Lo propio acontece en el servicio doméstico, en el que prevalece aún el sistema patriarcal. Conforme á la antigua usanza, la sirvienta es ante todo responsable de sus actos, no para con sus señores, sino para con su propia familia, y con su familia hay que concertar los términos del servicio. Entra la joven á servir, no por el salario que ahora se paga, ni por la manutención, sino principalmente con el fin de prepararse para el matrimonio, acreditándose á los ojos de sus padres y capacitándose para ser miembro de la familia de su futuro marido. A este efecto, los padres eligen para su hija una casa en la que pueda aprender buenas y delicadas costumbres, es decir, una casa montada á lo antiguo. La buena sirvienta es tratada con la consideración de una hija adoptiva; se la respeta, se la quiere y se deposita en ella absoluta confianza. La relación suele ser duradera. Cuando la joven entra á servir á los once ó doce años, es lo corriente que continúe en la casa hasta que sus padres la llaman para casarla. Además del salario, que es muy módico, recibe de los señores dos trajes al año y otros artículos de vestir. A disposición de los señores están también los servicios de su familia, la cual nunca deja de expresar su gratitud en una forma ú otra. Si los padres de la joven son labradores, llevan á los amos, en las épocas fijadas por la costumbre, flores ó frutas; si artesanos, algún ejemplar de su habilidad. El motivo de la gratitud de los padres no

es el salario, ni los vestidos dados á su hija, sino la educación práctica que ésta recibe y el interés que por ella se toman los señores moral y materialmente.

Todos estos pormenores patentizan que, en el servicio doméstico, la relación es también entre familias, no entre individuos; permanente, no transitoria; de carácter feudal, por tanto.

Esta misma condición feudal subsiste en la mezquindad de los sueldos asignados á los funcionarios, al punto de bastarles apenas para una vida modesta y sencilla. Servir al Estado japonés implica un verdadero sacrificio. Este sacrificio, supervivencia también del comunismo primitivo, es todavía hoy el principal sostén de la enseñanza, la cual se mantiene por el desinterés de los maestros y la generosidad de los particulares, mucho más que por el auxilio del Estado. Todas las personas de posición económica desahogada se consideran en el deber de educar estudiantes á sus expensas. Los daimios, que antes mantenían en sus tierras á miles de personas á cambio del servicio militar, costean hoy la educación á los descendientes de aquéllos, seleccionados en las escuelas de los respectivos daimiatos. Movido por tan alto ejemplo, hacen lo propio, cada cual en la medida de sus fuerzas, los comerciantes, banqueros é industriales, de un lado; los médicos, abogados, militares y funcionarios, de otro. Las personas privadas por lo módico de sus rentas de proporcionarse semejante satisfacción, ayudan todavía á los estudiantes colocándolos en sus casas de porteros, mandaderos ó ayos, y dándoles por ello habitación, comida y, de vez en cuando, alguna gratificación en metálico. En Tokio y en la mayor parte de las ciudades populosas, casi todas las casas grandes están guardadas por estudiantes, los cuales ceden el puesto á sus compañeros cuando acaban la carrera.

* Si esto hacen los extraños á la enseñanza, imagínese qué no harán los encargados de darla. Hasta los maestros de las escuelas públicas, no obstante lo insignificante de su sueldo, que apenas les presta para mal vivir, ayudan de un modo ú otro á los escolares. Entre los profesores de los altos centros docentes, el

auxilio á los estudiantes se reputa como cosa corriente, habiendo motivo para sospechar si se trata de una nueva tiranía de la costumbre. Mas esta tiranía no basta para explicar ciertos hechos extraordinarios de desprendimiento, que solamente puede inspirar el idealismo feudal. Se sabe de un profesor universitario que sostuvo y educó á gran número de estudiantes, repartiendo entre ellos durante varios años todo su haber: les daba habitación, comida, vestido, enseñanza, libros y hasta les pagaba los derechos, reservándose para sí no más que lo necesario para el costo de su vida, y reduciendo este costo al extremo inverosímil de alimentarse únicamente de patatas dulces asadas. Hearn dice haber conocido otros dos ejemplos (i), siendo el benefactor, en uno de ellos, un anciano de más de sesenta años, que en 1905 dedicaba aún todos sus medios, tiempo y conocimientos á cumplir su antiguo ideal del deber.

Los hechos aducidos ponen de manifiesto que la sociedad japonesa continúa basada principalmente sobre el comunismo de la época feudal, en el que apenas han hecho mella la nueva Constitución y las leyes. Con ser esto tan claro, no han sabido verlo, sin embargo, muchos de los europeos y americanos que han ido al Japón, los cuales, al encontrarse con las gildas de labradores y artesanos, sin pararse á estudiar su naturaleza y funcionamiento, las han tomado como sociedades obreras semejantes á las del Occidente, quedando maravillados de los progresos que en tan corto tiempo había hecho el socialismo en el Japón. ¡Sociedades obreras en el Japón, donde se abusa de las mujeres y de los niños en las fábricas mucho más que se abusara en Inglaterra durante el primer tercio del siglo XIX (2), lo cual es tanto más

(1) *Japan*, 477.

(2) En las industrias de cerillas y esteras se emplea casi únicamente á niños de siete á ocho años, y se les hace trabajar doce horas al día; en las fábricas de sedas y tejidos de algodón, mujeres hacen casi toda la labor, y trabajan de doce a catorce horas diarias, sin exceptuar los domingos, con solos dos días de descanso al mes. Muchas de estas mujeres son reclutadas en las aldeas por comisionistas, quienes las engaitan con ilusorias promesas. Se les paga 10 *sen*, 25 céntimos por día, de los cuales se les retienen 8 *sen*, 20 céntimos, por la comida, de suerte que cobran á fin de semana 14 *sen*, 35

triste cuanto que revela la posibilidad de tornarse egoísta y cruel un pueblo famoso en tiempos por su dulzura y bondad hasta con los animales! ¡Sociedades obreras en el Japón, donde los intentos de dictar leyes protectoras de los operarios han sido victoriosamente combatidos hasta hoy por las compañías manufactureras y los sindicatos, con el pretexto de que les impediría competir con la industria extranjera! Que nuestros descubridores del siglo XVI tomaran por imperios las federaciones tribales de Méjico y del Perú, cuando no se sabía nada de las primitivas organizaciones sociales, pase; pero que en nuestros días, después de haber sido diligentemente estudiadas aquellas organizaciones, se incurra en error parecido, tomando por fundaciones del socialismo moderno agrupaciones persistentes del comunismo primitivo, es una falta imperdonable.

No quiere esto decir que el socialismo no haya sentado su planta en el Imperio del Mikado. En 1897 se fundó en San Francisco de California el *Partido socialista japonés de América*, cuyas publicaciones penetraban en el Japón á pesar de la prohibición oficial, y eran leídas con avidez por todas las clases sociales; posteriormente, estudiantes vueltos de Europa crearon la *Sociedad para el estudio del Socialismo*, y apóstoles de la emancipación de la mujer y de la redención del obrero, como Katayama, trabajaron por llevar sus doctrinas á la práctica, siendo el fruto de sus predicaciones la fundación de algunas sociedades compuestas exclusivamente de obreros, como la de los mecánicos de la Compañía ferroviaria del Japón y la de los obreros en hierro de Yokohama. Pero estas sociedades son ilegales", viven por la tolerancia del Gobierno, la cual cesa no bien se promueve cualquier conflicto. Quizá el Japón, por sus gildas y por su creciente y extremada miseria, ofrezca, como temen algunos, terreno abonado para el desarrollo del socialismo en lo porvenir; pero

céntimos. La comida, según el japonés Saito Kashire, es insuficiente; consiste en una legumbre o dos, sirviéndoles rara vez pescado. Recientemente se las ha subido un poco el salario. (H. Dumolard, *Le Japón*, páginas 172 y 173.)

hasta ahora el influjo de éste en la vida social carece de importancia.

Con lo expuesto basta para dejar sentado que, respecto de la organización social y política, es superficial, externa más que interna, la transformación que el Japón ha efectuado; veamos lo que ha adelantado en punto á su complexión mental.

En esta esfera, los japoneses han mostrado grandes aptitudes para las ciencias de carácter práctico, especialmente para las que, además de inteligencia y memoria, requieren cierta habilidad de manos y de ojos, como la cirugía, la medicina y las concernientes á los diversos ramos de guerra. En todas estas direcciones, cabe dudar si pueden ser aventajados, sobresaliendo, sin embargo, en los estudios militares, para los que poseen aptitudes hereditarias y que fueron el motivo fundamental de haberse decidido á apropiarse la civilización europea. Pero en las ciencias de carácter abstracto é ideal, que requieren vigor y originalidad de pensamiento, como las matemáticas superiores, el grupo entero de las sociales y las filosóficas, los resultados de su esfuerzo han sido, hasta hoy, negativos. Y no puede atribuirse semejante esterilidad á la circunstancia de carecer su lengua de términos abstractos; porque es evidente que lo habrían inventado si su inteligencia se hubiese elevado á la concepción de aquel orden de ideas. La lengua es, ante todo, un producto psíquico. La causa radica en su complexión mental, en que carecen de *curiosidad científica*, de la facultad de concebir la ciencia pura, de donde derivan, entre otros, dos resultados bien funestos: uno, su falta de respeto á la verdad, demostrada mayormente en la historia, cuyos hechos alteran á su conveniencia; otro, el no mirar la ciencia sino como medio para satisfacer su ambición y proporcionarse una grata existencia. Esta falta de idealidad se halla compensada, en parte, por una memoria prodigiosa. De lo uno y de lo otro han dado patente muestra los jóvenes que han venido á estudiar en los centros docentes de Europa y América, los cuales, sin embargo de haber sido seleccionados entre lo mejor que produce la raza, únicamente se han distinguido por un poder extraordinario de

memoria, incomparablemente superior á la media de los occidentales: memoria, por supuesto, de orden inferior, de pormenor. Esta potencia es don nativo suyo, bien que contribuya á desarrollarla el esfuerzo á que se somete al japonés desde la infancia para aprender dos idiomas: el *yamato* (antiguo) y el *sino-japonés* (moderno), y á leer y escribir 4.000 signos chinos, los menos que debe saber una persona de mediana cultura. Así se explica que muchos jóvenes hayan realizado el milagro de graduarse en las Universidades europeas y americanas merced á un extraordinario esfuerzo mental (1), del que podemos formarnos idea por el que habría de desplegar el yanqui ó el europeo que se propusiera graduarse en una Universidad china, y que, á pesar de esto, los nuevos conocimientos no hayan despertado ninguna energía nueva en su alma, no les hayan interesado lo más mínimo, abandonando para siempre, una vez vueltos á su patria, la especialidad estudiada. En este momento efectúase en su mentalidad una transformación radical. Créense poseedores de la ciencia infusa, y, ya ingresen de profesores en la Universidad, ya de funcionarios en la Administración, sólo piensan en explotar lo que han aprendido, proporcionándose honores y provechos con la menor molestia posible (2). El tipo del varón que consagra su vida á la investigación desinteresada de la verdad, no son capaces de concebirlo siquiera. Su fin, al venir al Occidente, no es aprender á pensar y sentir como los europeos y americanos piensan y sienten, en esta ó la otra dirección, y hacer del estudio la profesión de su vida;

<

(1) En esto del esfuerzo aventaja también el estudiante japonés al europeo. El japonés es capaz de asistir á cinco clases diarias, tomar notas en todas y aprendérselas de memoria sin entenderlas; es capaz de todo menos de reflexionar, de elevar su mirada más allá del próximo examen.

(2) Los estudiantes de Tokio, que miran con bastante desdén á sus profesores indígenas, dicen de ellos, en su lenguaje pintoresco, «que se limitan á vender la cátedra de los sabios europeos partiéndola á pedazos»; y Dumorhard (*Le Japon*, p. 210) cuenta de un profesor de Derecho político y administrativo en la Universidad de Tokio que no hacía otra cosa en sus cursos que criticar á Tocqueville, porque en la Universidad de Alemania, donde había pasado un año, había oído á un joven profesor explicar un curso sobre Tocqueville. Como abandonan el estudio, se ven condenados á repetir toda su vida lo que aprendieron en Europa.

su fin es enterarse de cómo piensan ú obran los extranjeros en determinadas ramas, al objeto de utilizar de ello lo que les convenga, y capacitarse de este modo para ocupar puestos más altos en el Gobierno y administración de su país, no siendo su estudio en el Occidente otra cosa que un episodio obligado de su carrera oficial.

Pero la diferencia de compleción mental entre los japoneses y los occidentales aparece, sobre todo, en la educación, de la que tienen unos y otros un concepto diametralmente opuesto. Desde los jardines de la infancia hasta los doctorados de la Universidad, el Japón ha adoptado en la educación todo el plan de Europa, sin excluir de los programas de estudio más que los clásicos griegos y latinos; y sin embargo de esto, la educación japonesa va encaminada á un fin contrario al de la nuestra. En Europa y América, la parte represiva de la educación moral empieza en la primera infancia. No dejamos á los párvulos hacer todo lo que quieren; la familia les castiga lo que es menester, hasta obligarles á ajustar sus actos á las normas tradicionales; el maestro se muestra igualmente severo con ellos. Entendemos que importa reprimir al nacer las tendencias contrariantes de su herencia física, y habituar su alma á la práctica de las máximas sociales de conducta lo más pronto posible. Pero, á partir de este punto, dejamos á los jóvenes más y más libres, al tenor que se desarrollan y adelantan en sus estudios. Durante la segunda enseñanza procuramos persuadirles de que su porvenir depende de su esfuerzo personal, y nos limitamos á amonestarles ó reprenderles en caso de necesidad. En la Universidad se les trata casi con la consideración de hombres, como igua'es más que como inferiores, como personas de razón, y el castigo por sus distracciones se reduce á una simple advertencia. En todo el curso de sus estudios, además, la emulación no sólo se aplaude, se estimula. Por donde se ve que el fin de la educación entre nosotros es formar el carácter personal, crear individuos independientes y fuertes, dotados de criterio propio, capaces de oponer su juicio privado al público y contribuir al progreso social.

Contrario á éste es el proceso de lá educación japonesa, la cual tiene por punto de partida la más amplia libertad, y por término, la represión más rigurosa. Al niño japonés se le deja hacer todo lo que quiera, con tal que sus actos no perjudiquen á él mismo ni á los demás. Solamente se le castiga en caso de absoluta necesidad, y aun entonces, toda la familia, hasta los criados, suelen interceder por él. Tolerárselo todo á los niños es ley ética. La disciplina empieza en las escuelas primarias, y el que la aplica no es el maestro, quien, más que un superior, es como el hermano mayor de los niños; el que la aplica es una fuerza impersonal, la opinión común de la clase, y el castigo consiste en una amonestación pública. Cada escuela está gobernada por uno ó dos pequeños alumnos, elegidos por su inteligencia y carácter, y que son los encargados de comunicar á sus compañeros las órdenes desagradables. En las escuelas medias, el niño se torna grave, y la opinión de la clase alcanza tal fuerza, que á ella tiene que someterse el propio maestro. Cada una de estas escuelas tiene sus oficiales encargados de gobernarla, los cuales representan y refuerzan el código moral de la mayoría, la norma tradicional de conducta. No es el dominio de uno sobre todos el que regula la vida de la clase; es el dominio de todos sobre cada uno, y su poder es formidable. El estudiante que, conscia ó inconsciamente, ofende el sentimiento de la escuela, es condenado á un aislamiento absoluto, á una especie de ostracismo, del que suele no redimirse por completo en todo el resto de su vida.

En las grandes escuelas costeadas por el Gobierno, que preparan, como nuestros Institutos, para los estudios universitarios, la disciplina es aún mucho más severa. Los profesores son, en su mayor parte, oficiales que esperan promoción, y los estudiantes están destinados, salvo contadas excepciones, á ejercer las funciones públicas. En estas escuelas, quietas, frías y severamente gobernadas, apenas hay ocasión para las expansiones y regocijos de la juventud. Todos espían á todos, siendo la menor singularidad notada al punto y reprimida. Lo que más impresiona de estas escuelas es su profundo silencio. «En una donde enseñé va-

rios años —dice Hearn (i)— había más de mil jóvenes, llenos de vida y vigor, y, sin embargo, hasta en las horas de asueto reinaba un silencio siniestro, revelador de opresión». Esta misma tiranía de todos sobre cada uno sigue imperando durante los estudios universitarios, al término de los cuales el joven suele casarse é ingresar en la vida oficial. En este punto, es asombroso, por lo repentino y radical, el cambio que se efectúa en su persona, transformándose de estudiante dócil y sumiso en funcionario estirado, amanerado, impasible, silencioso, reservado, impenetrable, sin voluntad, sin iniciativa, sujeto á la costumbre en la vida privada, esclavo de la orden recibida, en la pública.

He aquí la obra de la educación japonesa: formar individuos perfectamente ajustados á la tradición, incapaces de pensar y obrar de otro modo que como obran y piensan los demás, destinados á ocupar un puesto fijo en el mecanismo de una sociedad rígida. Para nosotros, esto, más que educar, sería destruir. ¿Se dirá todavía que el Japón se ha apropiado el sistema educativo de Europa? Se ha asimilado las formas; el alma se le ha escapado. En Europa se educa para formar hombres libres, autónomos, originales, capaces de imprimir el sello de su personalidad á todos sus pensamientos y actos; el Japón, con el sistema europeo, sigue educando para formar siervos, condenados á moverse por siempre, en pensamiento y acción, dentro de los moldes que les han labrado los muertos.

Esto nos permite fijar, casi medir, la diferencia de complejión mental entre los japoneses y los occidentales. El japonés-es incapaz de elevarse de por sí en el desarrollo de la actividad mental más allá del punto que alcanzaron sus antepasados y que exteriorizaron en la organización de la sociedad; incapaz de formar juicio propio sobre ningún elemento social y percibir sus deficiencias; incapaz, por tanto, de innovar ó reformar en la orientación que la sociedad trae de atrás; y siendo esto así, lo que importa es impedirle pensar y obrar autónomamente, fuera de la regla, por-

(1) *Japan*, p. 464.

que sus pensamientos y actos, estériles para crear, podrían ser fecundos para destruir. En las sociedades compuestas de esta clase de individuos, el ideal de la educación no puede ser otro que conservar íntegra, inmaculada, la herencia social, imponiéndola cada generación á la siguiente por todos los medios, y para ello, aprisionar el alma de los individuos en un sistema complicado de reglas que no deje resquicio al ejercicio espontáneo de su actividad. Por lo contrario, el europeo y el americano pueden elevarse, en el desarrollo de su pensamiento individual, allende los límites del pensamiento colectivo; pueden notar los defectos de las creencias, costumbres é instituciones heredadas, representarse otras mejores y trabajar por propagarlas é imponerlas; pueden, en fin, realizar innovaciones que enriquezcan y avaloren el caudal social; y siendo esto así, lo que importa es suprimir reglas y dejar el camino expedito á su pensamiento para que efectúe nuevas creaciones y abra horizontes nuevos á la vida. En las sociedades compuestas de esta clase de individuos, el ideal de la educación ha de ser: sobre la base de la herencia social, inculcada desde la infancia, estimular el desarrollo de las energías mentales, formar individuos capaces de elevarse á concepciones verdaderas y originales, es decir, que armonicen con todo el pasado de la raza y descorran una punta del velo que oculta lo por venir, y dotados de voluntad firme, para sostener lo que piensen en todo trance, hasta con peligro de su vida.

Créese generalmente que cuando un pueblo se apropia instituciones y procedimientos de otro más adelantado, se eleva al nivel de su cultura. No hay tal cosa: para ello sería menester que se apropiase también su estructura mental, lo que es imposible, como no fuera por cruzamiento, dado el estado de fijeza á que han llegado las razas y los pueblos. El Japón, con todo lo que se ha apropiado de la civilización europea, no parece haberse elevado un tilde de su nivel mental anterior. ¿Se elevará con el tiempo? Esta pregunta endereza nuestra atención hacia el porvenir del Estado japonés.

PELIGROS QUE AMENAZAN AL ESTADO JAPONÉS

¿Cuál será el término de la aventura á que se ha lanzado el Japón: su ruina, ó su definitiva transformación y elevación consiguiente? Sobre este extremo es difícil formar juicio seguro. La condicionalidad cósmica que envuelve á las sociedades coloca el porvenir de éstas, por el número infinito de combinaciones posibles, fuera de los dominios de nuestra previsión. Hay una modesta esfera, sin embargo, en la que nos es dado penetrar: el porvenir inmediato. Puesto que cada estado social es el principal determinante del próximo futuro, podemos, por el análisis y acertada interpretación de los elementos del primero, prever algunos de los términos del segundo, como los prevemos en el individuo cuando, en su conducta, sigue durante algún tiempo una dirección fija. Sobre esta base, preguntamos, pues: ¿qué nos dice el estado presente del Japón acerca de su porvenir? Que le amenazan cuatro peligros, á saber: el político, el económico, el religioso y el social.

Peligro político. — El observador que considere serenamente la marcha de la política japonesa desde 1867, llegará á la conclusión de que, al tenor que la antigua organización comunal se derrumba, se van las creencias y virtudes que inspiraba, sin que sean reemplazadas por las propias del nuevo régimen, columbrándose en lontananza la torva faz de la anarquía. Por doquiera se cosechan indicios de esta descomposición. El eje del Estado japonés ha sido siempre el Mikado, descendiente de la diosa del Sol, omnipotente, infalible, fuente y principio de todos los poderes, inspirador del patriotismo, á quien el pueblo veneraba y obedecía ciegamente como á un dios. Esta idea de la majestad imperial se ha mantenido incólume mientras el Emperador ha vivido alejado de los hombres y sus pasiones, en un retiro misterioso, y ha empezado á desvanecerse desde que, por virtud de la Constitución, se le obliga á resolver los conflictos entre el Ministerio y la Cámara de los Diputados. En vano se recuerda en cada manifestación política de carácter religioso que el emperador

Mutsu-Hito es el centesimo vigésimo tercero descendiente de Zim-mu-Tenno, el «divino conquistador»; con todo esto, la Cámara de los Diputados ha dejado de tratarle en sus mensajes con la consideración que usaba al principio, y el pueblo, que antes de 1867 se arrodillaba y bajaba la cabeza hasta el suelo al paso de la litera cerrada del Mikado, hoy le ve pasar á caballo, con el uniforme de general de división, sin descubrirse, habiendo sido menester publicar un decreto recordando esta elemental regla de cortesía.

Han regido los destinos del Japón hasta el presente los más valiosos representantes de los clanes que desempeñaron el principal papel en la restauración, antiguos daimios ó sus hijos, en especial los varones de Satsumay de Choshu, á cuya habilidad y acendrado patriotismo ha debido el Estado japonés su admirable desenvolvimiento dentro y sus sorprendentes triunfos en lo exterior. Pero desde que empezó á funcionar la Constitución ingresaron en la política los *heimin*, labradores, industriales y comerciantes adinerados, los cuales, huérfanos de toda idea generosa é incapaces de elevar su pensamiento más allá de la pequeña esfera de sus particulares intereses, sólo han aportado á la vida pública un inmoderado afán de explotación y de lucro. Tales son los politicastos, cuya aspiración se cifra en derribar el gobierno de los clanes y suplantar á los que lo ejercen. Al principio eran pocos, y no se les hizo caso; pero de unas en otras elecciones ha ido su número en aumento, sobre todo desde la portentosa actividad económica desplegada después de la guerra con China, y hoy componen una fuerza respetable. Estos politicastos alimentan la persistente agitación de los partidos, los cuales, provistos de bandas de *soshis*, que vienen á menudo á las manos, promueven las batallas que se libran en las elecciones y son la causa principal de la inestabilidad de las situaciones políticas. Se distinguen por lo ignorantes, vanidosos y, sobre todo, por lo corrompidos, correspondiendo en esto último parte de culpa al Gobierno (1).

(1) En Noviembre de 1858 subió al poder el Mariscal Yamagata, y unos días des^

Piden el establecimiento del régimen parlamentario, en la esperanza de que les facilitará el acceso al poder. El día en que esto suceda, el día en que los *Varones de Meiji*, que tanto han hecho por la gloria de su país, sean suplantados por los politicastos, difícilmente podrá evitarse la disolución del Estado japonés.

Pasando á otro orden de consideraciones, hallamos que el Japón es pobre, por la poca extensión de su suelo cultivable y lo crecido de su población (1). La producción industrial, no obstante su reciente expansión, no constituye sino una parte mínima de la riqueza. Por ello, el costo de sus armamentos no guarda proporción con sus recursos (2), y esto condena á todo el mundo á conformarse con un patrón de vida inferior á sus deseos. No hay japonés que no viva sacrificado. No se deja á las clases productoras, no se paga á los funcionarios sino lo estrictamente preciso para poder vivir. Los tributos son exorbitantes (3); los sueldos, mezquinos, hasta en el Ejército y la Marina. Puede formarse juicio respecto de éstos por los siguientes datos:

El sueldo más elevado de los Catedráticos en las dos Universidades imperiales de Tokio y Kioto es de 3.000 pesetas anuales;

pues se presentaba ante la Cámara, cuyos diputados, sin excepción de uno solo, le eran hostiles en el acto de formar el Gabinete, y, sin embargo, ni uno solo le combatió en una sesión de tres meses. Obraron este milagro unos millares de *dollars*, discretamente repartidos, y un proyecto de ley, presentado por el Gobierno y que la Cámara se apresuró á votar, elevando de 800 á 2.000 *yen* (de 2.000 á 50.000 pesetas) la indemnización parlamentaria. (H. Dumolard, *Le Japón*, p. 51.)

(1) La superficie de su suelo mide 380.000 kilómetros cuadrados, de los que se llevan las colinas y montañas el mayor número, quedando para el cultivo no más que la dozava parte, cinco millones de hectáreas; la población asciende á 46 millones de habitantes, lo que da 121 habitantes por kilómetro cuadrado. Población tan densa solamente puede mantenerse, en espacio tan restringido, mediante una frugalidad ejemplar y un cultivo intensivo y esmeradísimo, practicando las más de las veces á brazo, por escasear las bestias (sólo hay en el Japón 1.400.000 cabezas de ganado vacuno, y 1.600.000 de caballar). Las familias de cultivadores suman 5.500.000 de las cuales 3.000.000 son propietarias, y 2.500.000 arrendatarias, correspondiendo á cada familia menos de una hectárea.

(2) Los Estados Unidos invierten en gastos militares el 17 por 100 del importe total de su presupuesto de ingresos; Rusia, el 21; Francia, el 27; Gran Bretaña, el 39; Alemania, el 43; el Japón, el 55.

(3) En tres años, de 1896 á 1899, el Gobierno japonés ha aumentado los impuestos en más de 70 millones de *yen* (15 millones de pesetas).

el de los maestros oscila entre nueve y 25 pesetas al mes, inferior al de los policías, que cobran de 25 á 35 pesetas. En el Ejército son algo más crecidos, aunque también módicos: un Capitán percibe 185 pesetas mensuales; un Teniente, 122; un Subteniente, 82,50. Exigir el mayor servicio posible por la menor remuneración posible, parece haber sido el principio regulador de los sueldos. Mas no ha habido semejante propósito. Ha provenido esto de haberse conservado en la nueva organización la antigua condición feudal del servicio, á saber; servicio á cambio de lo indispensable para vivir.

Con el cambio de régimen, el bienestar material y la paz moral han disminuido en todas las clases sociales. Antes de 1867, el maestro no percibía sueldo; pero la consideración de la comunidad y la gratitud de sus discípulos le proveían de los medios para vivir con desahogo. Hoy su sueldo es inferior á lo que antes importaban los dones, y ha perdido, en cambio, las satisfacciones morales de la gratitud y el respeto. Antes, artistas y artesanos contaban con la protección de los señores, quienes competían entre sí en alentar al genio y le dejaban todo el tiempo que era menester para ejecutar la obra con la mayor perfección posible. Hoy la protección ha concluido, y ya no se pide esmero en el trabajo, sino economía de tiempo, al paso que ha triplicado el costo de la vida. Esta situación difícilmente puede sostenerse. El sacrificio es por su naturaleza transitorio, y más cuando, como en el caso presente, tiende á aumentar por el constante encarecimiento de la vida, siendo de temer que, no obstante la extraordinaria fuerza del deber y de obediencia, llegue un día en que el móvil económico, que al fin acaba siempre por vencer, se imponga, y entonces el Estado japonés se desplomará al impulso del amor á la vida.

Desde otro punto de vista, la sociedad japonesa tiende hoy á escindir-se, por tirar de ella dos fuerzas en dirección contraria: la del Gobierno, resuelto á continuar por el camino de transformar las costumbres é instituciones nacionales conforme á los modelos europeos, y la de la tradición, incrustada en la organiza-

ción cerebral del japonés y que hace que éste se resista al cambio, por traspasar los límites de su plasticidad mental. Lucha de esta índole y con tal perseverancia sostenida, quizá no haya tenido precedente en los fastos de la Historia. El Gobierno cuenta con un arma poderosa, á la que ha debido hasta hoy sus triunfos: la representación religiosa del Mikado, por cuya virtud las órdenes de éste son para el pueblo mandatos divinos; pero frente á la autoridad del Mikado, que se va quebrantando, está la voluntad de los dioses familiares y comunales, expresada en la ética shintoísta y consagrada por la adhesión de miles de generaciones. Se habla ya de una reacción shintoísta. ¿Quién será vencedor? Casi lo mismo da; porque la victoria del Gobierno determinará la ruptura de los antiguos vínculos sociales, siendo muy dudoso que puedan ser substituidos por los propios de la democracia, y la victoria de la tradición retrotraerá la sociedad á su anterior ser y estado, incompatible con la civilización del Occidente.

Peligro económico.—La transformación de la sociedad japonesa se ha mostrado en el orden económico por la expansión industrial, que el Gobierno ha favorecido con todas sus fuerzas, adelantando pródigamente capitales y concediendo subsidios. Los resultados han sido prodigiosos, habiendo subido en treinta años el valor de las manufacturas exportadas de medio millón á más de 50 millones *deyen* (1). Pero este desarrollo industrial (2), sin con-

(1) El *yen* equivale á 2,50 pesetas, y el *sen* á 2,50 céntimos de peseta.

(2) Este rápido incremento de la industria japonesa, junto á la baratura de la mano de obra, ha sugerido la idea del llamado *peligro amarillo*, el temor de que las manufacturas japonesas inunden los mercados de Europa y América, en perjuicio de la industria de estos continentes. (D'Estournelle de Constant, *Le Peril prochain*, en la *Rev. de Deux Mondes*, Abril 1896, y *Concurrence et Chomage*, en *Ibidem*, Julio 1897, Le Vignon, *Le Peril Jaune*, en la *Rev. Polit. et Parlam.*, Diciembre 1897.) No hay motivo para abrigar semejante temor, porque el japonés es un mal obrero, poco fuerte y poco trabajador. Necesita interrumpir á menudo el trabajo para fumar su pipa, tomar una taza de té ó echar un rato de conversación. «Nuestro obrero —decía un gran industrial japonés de Kioto á un redactor de las *Cuestiones diplomáticas y coloniales* (H. Dumulard, *Le Japon*, pág. 156)—, es disipado, dado al placer é indisciplinado. Al menor accidente atribuido al trabajo, abandona la fábrica, pide certificado de buena conducta y nos obliga á fomentar su pereza. Carece de iniciativa,

tar con que se ha efectuado á expensas de los antiguos métodos de producción doméstica de las industrias y artes bellas en, que tanta fama había alcanzado el Japón, ha producido dos consecuencias imprevistas y á cuál más desagradable: una, la concentración de la riqueza en unas cuantas manos y la formación de una mesocracia adinerada, que trabaja por derribar del poder á la antigua aristocracia gobernante; otra, la extensión de la miseria en proporciones aterradoras, al extremo que solamente en Tokio ascienda á 50.000 el número de familias que no pueden pagar el tributo anual de residencia de 20 *sen* (50 céntimos) por cabeza. La sociedad, que había gozado durante siglos de un bienestar medio, se ha escindido, elevándose de un salto unos cuantos privilegiados á la posesión de fortunas fabulosas, desconocidas antes, y descendiendo la inmensa mayoría de la nación, de peldaño en peldaño, á una situación de miseria, en que se ven obligados no pocos infelices á dar en préstamo hasta las venerandas tablitas de sus antepasados. Esta creciente desigualdad ha traído consigo el lujo arriba y el embrutecimiento abajo: monstruos engendradores del egoísmo, el odio y la crueldad. En los campos, pasan las fincas á toda prisa de manos de los pequeños propietarios á las de los grandes, disminuyendo á diario el número de ciudadanos que pagan el censo requerido para gozar del derecho electoral. De aquí proviene probablemente la tendencia á decrecer la producción agrícola, notada desde 1890.

Y no es lo dicho lo peor, con ser tan grave. Lo peor es la ruptura de los vínculos de consideración y afecto que bajo el antiguo régimen unían á todos los individuos y clases. Antes, el se-

ejecutando sucintamente lo que se le manda, y con la idea siempre fija de parar de trabajar no bien se entera de que no se le vigila. Tampoco tiene amor propio, importándole poco que la obra resulte bien ó mal hecha.» Es esto tan exacto, que, para la misma cantidad de trabajo, la industria japonesa emplea triple número de obreros que la inglesa francesa ó alemana, y la calidad de la obra es siempre muy inferior. Por estas deficiencias, el Japón jamás podrá competir en fabricación manufacturera con los Estados europeos y americanos; en cambio, conservará su tradicional ventaja en los productos de la industria indígena, como sederías, objetos de arte y demás artículos cuya perfección depende de la habilidad de los dedos,

ñor mantenía á sus servidores, el samurai á sus subordinados, el labrador á sus braceros, el artesano á sus aprendices, el comerciante á sus mancebos, siendo la base de todas estas relaciones la afectuosa protección en los de arriba y la solícita gratitud en los de abajo, de donde resultaba la existencia de un mundo moral, fundamento del económico, que daba á todos, incluso á las familias más pobres, la seguridad de que no habrían de perecer de hambre. Hoy aquellas relaciones se van rompiendo; el afecto es reemplazado por el interés; los vínculos morales se aflojan, y el trabajador, huérfano de sus antiguos protectores, va cayendo en una situación de desamparo y desvalimiento, con el espectro de la miseria en lontananza. En las fábricas, directores asalariados, atentos sólo al beneficio de los accionistas, regatean el salario al obrero y le imponen largas jornadas, hasta de diez y siete horas; en los campos, á los antiguos propietarios, al corriente del curso de las labores y siempre benévolo con los colonos, han reemplazado intendentes, que viven en las ciudades y exigen el pago del arrendamiento con severidad inflexible. El trabajo está deprecia- do hasta un extremo inconcebible para el europeo. Los salarios, sin embargo de haberse doblado desde 1891, siguen siendo mez- quinos: 88 céntimos al día el del hombre, 55 el de la mujer. Me- nor es aún la remuneración que obtiene el colono, al punto de no poder alimentarse de arroz, el cual vende, resignándose á comer mijo machacado. Cada familia de colonos, compuesta por térmi- no medio de seis personas, vive de una hectárea de tierra, cuyo rendimiento bruto es de 250 pesetas. En cuanto al bracero, gana al año tres kukus de arroz (1), y la campesina, kuku y medio la que más: el uno y la otra, con muy pocos días de reposo al año. Nada tiene de extraño que los campos se despueblen, emigrando sus moradores á los centros fabriles, en busca, ya que no de una vida más agradable, á lo menos, de un salario más remunerador.

Hasta el presente, el pueblo ha soportado con resignación estos cambios, por influjo del sentimiento religioso y la confianza en

(i; El kuku equivale a 160 litros

sus gobernantes; pero si con el ulterior desenvolvimiento de la industria se los deja crecer hasta el punto de que la miseria se imponga á millones de hombres, la paciencia y la confianza pueden faltar; y entonces, como el instinto popular es demasiado ciego para ver que la causa de la miseria está en la introducción de los métodos industriales del Occidente, puede estallar la lucha anárquica de los pobres contra los ricos, que fué por donde acabaron las antiguas ciudades griegas.

Peligro religioso.—Hemos visto que el extraordinario poder que ha desplegado el Japón en sus recientes guerras con China y con Rusia ha derivado del culto ancestral, de la religión sinto. Sin el sentimiento de piedad filial, sin el deber de absoluta obediencia y sin la religión de lealtad, los japoneses no se habrían envanecido con la victoria, empezando porque no habría surgido en su alma el deseo de apropiarse los armamentos y la táctica militar de Europa. En vista de esto ocurre la pregunta ¿podrá el culto sinto sostenerse frente á los principios de la civilización occidental? Por testimonio de los mismos japoneses, el vínculo de la familia se había relajado, antes ya de la guerra con Rusia, en las clases altas y medias de las grandes ciudades, conservándose íntegro únicamente en los distritos rurales. Hoy se enseña á las nuevas generaciones, en 27.000 escuelas, los rudimentos de las ciencias y la moderna concepción del Universo, y estos conocimientos van debilitando en las conciencias la adhesión á las creencias antiguas. Los niños que van á la escuela saben ya que las constelaciones no son dioses ni budhas, sino grupos de soles, y que la vía láctea no es el río de los cielos. La mitología búdhica, con sus fantásticas descripciones del monte Merú, ha descendido á la categoría de cuento infantil, y nadie cree ya, entre las clases algo instruidas, en la antigua Filosofía naturalista de la China. Los japoneses que vienen á Europa y América no se libran de las mordeduras de la incredulidad, y en el Japón mismo está creciendo una juventud que alardea de escepticismo y de despreciar el pasado. De sus labios salen á diario protestas contra los antiguos deberes de piedad filial, y quejas de lo pasado

que es el yugo de la familia. Ciertamente que hasta el presente sus lenguas han respetado el culto doméstico; pero ¿lo respetarán mañana? A este descreimiento en las clases instruidas corresponde en las ignorantes una intensificación de la fe, expresada en el hecho de haberse edificado en cuatro años, de 1897 á 1901, 3.294 templos sintos (1). Estos hechos muestran que el Sintoísmo es incompatible con la ciencia occidental, ante la que no podrá menos de ceder, y entonces, perdida la ética sintoísta, que sigue siendo el alma del Japón, la sociedad correrá inminente riesgo de disolverse.

¿Podrá salvar la situación el Cristianismo? Difícilmente, porque el Cristianismo es religión individualista; el sintoísmo, religión comunista; y para que religiones de naturaleza tan distinta puedan asociarse y convivir, no hay más que un camino: que el Cristianismo respete, como respetó el Budhismo, el culto de los muertos. El pueblo japonés es profundamente religioso, de los más religiosos de la tierra, pero únicamente de sus dioses tradicionales, los dioses sintos. Su actitud con las demás religiones es de indiferencia si respetan sus creencias; de hostilidad si las combaten. Aceptó el Confucionismo y el Budhismo porque vigorizaron el Sintoísmo dotándole del bello culto doméstico; persiguió al Cristianismo hasta exterminarlo, bajo el sogunado de Iyeyasu, porque se mostró intransigente con su devoción á los muertos. Esto explica el hecho, extraño á primera vista, de que los japoneses estén hoy como jugando con el Cristianismo, abrazándolo unos durante dos meses del año, otros por un período de su vida, y obrando por motivos de orden meramente económico los mismos que le son fieles hasta la muerte. Esto traza á los misioneros su norma de conducta, consistente, ante todo, en abstenerse de los actos de fanatismo que han cometido á menudo, como el de obligar á los conversos á romper, quemar, enterrar ó echar al mar las tablitas de sus antepasados, como si dijéramos, las almas de sus padres: imposición cruel é inhumana, en mayor

(1) En 1897 habfa 191.262 templos; en 1901, 195.256 (L. Hearn, *Japan*, pág. 514).

grado aún que lo sería la de obligar á un español ó portugués á destruir la tumba de su madre. Así se encienden odios, no se conquistan almas. No debe el Cristianismo oponer reparo á dejar en pie la religión ancestral, puesto que él también tiene esta religión por base. Norma de conducta para los misioneros debe ser, engundo lugar, la ley de que una nación de 46 millones de almas no cambia de religión en lustros, sino en siglos, mayormente tratándose de religiones de naturaleza tan diversa como la sinto y la cristiana. La operación de elevarse el pueblo japonés del Sintoísmo, infantil y comunista, al Cristianismo, espiritual é individualista, no puebe efectuarse sin el consiguiente desarrollo de su mentalidad, y este desarrollo necesita para cumplirse de un período muy dilatado. Sin este requisito, todos los esfuerzos que se intenten para infundir en su alma creencias más elevadas que las suyas serán vanos, por la sencilla razón de que no puede la creencia ser apropiada sin ser comprendida. Hoy por hoy, la doctrina cristiana es un enigma indescifrable para los japoneses, y de esta deficiencia de desarrollo mental proviene, á no dudarlo, su indiferencia á la vista de las religiones monoteístas.

Peligro social.—Las sociedades se mueven alredeñor de dos polos: la herencia y el individuo. El individuo crea la herencia mediante el invento; la herencia forma al individuo mediante la imitación, que es la base de la educación. A estos dos polos corresponden dos fuerzas: la social, que generaliza, y la individual, que particulariza. El individuo se apropia los elementos de la herencia social, que son los mismos para todos, y al apropiárselos les imprime el sello de su personalidad, los hace suyos, los particulariza; y los particulariza todavía más si, reflexionando luego sobre ellos ú obrando con ellos, concibe una idea luminosa, á cuya luz combina aquellos elementos de modo especial, construye con ellos una nueva síntesis, realiza un invento: he aquí el fruto de la fuerza particularizadora. En seguida, el individuo expone su invento, y desde este instante entra en función la fuerza generalizadora, la cual propaga el invento de círculo en círculo, hasta extenderlo á todo el cuerpo social; y al tiempo que lo pro-

paga, lo modifica, despojándolo de los especiales matices que revistiera en la conciencia del inventor, hasta darle una forma general, objetiva, igual para todos, é incorporarlo en esta forma al caudal hereditario: he aquí la obra de la fuerza generalizadora. La función de la fuerza particularizadora es innovar; la de la fuerza generalizadora, conservar. Una y otra concurren por igual al progreso de la sociedad: la primera, en cuanto realiza el invento; la segunda, en cuanto lo transforma, por el hecho de propagarlo, de individual en social, y condiciona de este modo la producción de un invento nuevo. Mas obsérvese que la fuerza generalizadora es la fuerza de todos opuestamente á la de cada uno, así como la fuerza particularizadora es la fuerza de cada uno opuestamente á la de todos; de donde se sigue que en la sociedad no hay otra actividad que la del individuo. Por tanto, del valor de los individuos depende el valor de la sociedad. El valor de los individuos varía entre términos muy extremos, en función de la raza y el medio. Hay individuos casi privados de iniciativa, incapaces de reobrar contra el juicio social, el cual se asimilan someramente y erigen en regla de sus pensamientos y actos; y hay individuos de vigorosa mentalidad, de esfera privada muy extensa, que se apropian íntimamente la herencia social y notan sus deficiencias, que oponen su juicio privado al público y determinan su conducta conforme á su criterio personal. Las sociedades compuestas de individuos de la primera clase son gregorias, comunistas imitadoras, estadizas; las compuestas de individuos de la segunda clase, como las del Occidente de Europa, son discretas, individualistas, creadoras y progresivas ¿A cuál de estos dos grupos pertenece la sociedad japonesa?

No cabe dudarlo: al primero. Basta fijarse en lo minucioso é inflexible de su disciplina social, impuesta por deber sagrado de obediencia y que se extiende á los actos más insignificantes de la vida. El ideal del japonés es pensar y obrar conforme á la norma heredada, es decir, conforme á la voluntad de los muertos, conforme á la voluntad de los dioses. ¡Qué error de interpretación! Esto, precisamente, que los escritores sintoístas aducen

como prueba del origen divino de su raza, es signo de su inferioridad, puesto que revela su incapacidad para crear. En el Japón la herencia lo es todo; el individuo no es nada; mejor dicho, no hay individuo; y en esta situación, la sociedad es incapaz de evolucionar. ¿Y no es susceptible el individuo japonés de ulterior progreso mental? Quizá lo sea; mas la Historia parece decirnos que su poder de desarrollo espontáneo está agotado. Los japoneses crearon la religión de los muertos y la organización tribal, lo mismo que han creado todas las sociedades en la fase primitiva de su existencia, y ahí se estacionaron, ahí acabó su actividad creadora. Después, no han hecho más que imitar. Del siglo I al VIII imitaron la civilización china, que se les entró por las puertas, y de ella han vivido hasta 1867, sin haberla enriquecido ni mejorado. Desde esta fecha han empezado á imitar la ciencia y la técnica europeas; mas, nótese bien, no por amor á un ideal de vida superior al suyo, sino por amor al poder, que sigue siendo su ídolo y para cuyo "aumento estimaron que el apropiarse la civilización era el único medio eficaz. Mas de esta civilización solamente han mostrado hasta hoy actitud paraasimilarse un determinado orden de habilidades y de productos mentales, las artes manuales y las ciencias de carácter práctico, habiendo dejado de lado, sin interesarles, las más altas creaciones del espíritu. De donde parece desprenderse que el japonés no es capaz, hoy por hoy, de elevarse á un grado de desarrollo mental análogo al del europeo; y siendo incapaz de semejante desarrollo, su sociedad comunista corre inminente riesgo de disolverse al contacto con la civilización individualista de Europa y América. Este es el mayor peligro que corre el Japón. Para la lucha de la fuerza, para la lucha militar, que requiere disciplina y arrojo, no perjudica, quizá favorezca, la organización comunista de la sociedad, que da compacidad á las masas y exalta el sentimiento colectivo hasta el heroísmo; mas para la lucha de la inteligencia y el trabajo, en la que se pide ante todo libertad y competencia, es decir, poder individual, las sociedades comunistas no han prevalecido ni prevalecerán nunca frente á las individualistas.

Tales son los peligros que se ciernen sobre el porvenir del Japón. En este punto se formula la pregunta: ¿pueden conjurarse estos peligros? He aquí el último extremo que me propongo considerar.

POSIBILIDAD DE SALVAR LA CRISIS

De los cuatro peligros que he analizado en el capítulo anterior, hay dos relativamente fáciles de conjurar: el político y el económico. El político, mediante una sabia dirección de las fuerzas del país, de la que han dado excelentes muestras los «Varones de Meiji» que han estado al frente del gobierno desde 1867. Los momentos de mayor peligro, que fueron los de los primeros años, han pasado, y la experiencia de cerca de medio siglo es garantía de que se conducirán en adelante todavía con mayor cordura, inaccesibles á la impaciencia, por la que se han dejado llevar de vez en cuando, para no precipitar el cambio más allá de lo que consienta la elasticidad de la conciencia japonesa. Los esfuerzos de los politicastos para derribarlos serán ineficaces si se abstienen de establecer el régimen democrático en tanto que la elevación del nivel de la cultura no redima al pueblo de sus prejuicios tradicionales y móviles mezquinos, despertando en su alma pensamientos elevados y afectos nobles. No hay que olvidar la ley, siempre cumplida, de que el bien y la justicia acaban por imponerse en la vida de las naciones, en virtud del llamado instinto de conservación, que inconscientemente las guía hacia el bien. El Mikado no podrá menos de perder su representación religiosa al tenor que el ejercicio de los derechos políticos despierte en la conciencia popular el sentimiento de la personalidad; pero esto no sucederá sino lentamente, en un período muy dilatado, lo suficiente para que la eficacia de aquella representación, como norma de conducta, sea reemplazada en el alma del japonés por la virtualidad de los principios éticos y por el respeto al derecho, que son el fundamento de las modernas sociedades. La angustiosa situación de la hacienda pública, derivada de haberse

lanzado el Gobierno á empresas superiores á las fuerzas económicas del país, tiene el remedio natural que ya propuso en 1900 el Ministro de Hacienda, Watanabé, consistente en acabar con la manía de lo grande, disminuir los gastos y renunciar al empeño de hacer representar al Japón un papel superior á sus recursos. Cierto que la declaración del Ministro causó pésimo efecto en las Cámaras, al extremo de desorganizar el Gabinete Ito; pero no tardarán, aun los más ofuscados, en convencerse de su necesidad. Porque desechada esta solución, no queda otra que la de aumentar los impuestos, y ésta, no obstante la proverbial sobriedad del pueblo japonés, habituado á sustentarse de arroz hervido, sin sal á veces, y otras con un poco de pescado ó algo de legumbre conservada en salmuera, no puede aplicarse mientras no se promueva un nuevo desarrollo de la riqueza nacional; porque un nuevo tributo, después de los varios y fuertes establecidos desde 1867, y que tanto han encarecido la vida, extremaría el sacrificio impuesto á todas las clases, tanto productoras como reguladoras, hasta el punto de hacerles insoportable la vida, y llevaría la miseria, tan extendida y espantosa ya, á términos de apurar la paciencia de las víctimas y provocar la desesperada lucha del hambre. Que renuncie el Gobierno japonés á sus sueños de poder y de supremacía en el mundo; que reduzca su escuadra y su ejército; que acomode el costo de las empresas á la amplitud de sus recursos; que adopte de las instituciones políticas de Europa la parte que el pueblo buenamente pueda apropiarse, y con esto habrá conjurado el peligro político.

El peligro económico puede precaverse, y se precaverá, sin duda, aunque no sin penosas convulsiones, mediante la creación de establecimientos benéficos y la adopción de la legislación obrera del Occidente. En uno y otro respecto, es muy poca cosa lo que el Japón ha hecho hasta el presente. Baste decir que, para una población de 46 millones de habitantes, sólo hay 480 hospitales: 374, dependientes de particulares; 106, de las provincias ó ciudades, y únicamente tres, del Estado. Desde 1867 no se han dado sobre beneficencia más que tres disposiciones legales que

merezcán mencionarse (i), proveyendo al sostenimiento de los jóvenes abandonados menores de trece años, y de los desvalidos, inútiles para el trabajo y sin parientes que puedan socorrerlos, y á la asistencia de los pobres atacados de enfermedades contagiosas. Más fecunda que la oficial ha sido la iniciativa privada, á la que se deben dos fundaciones muy originales: la de Akita, llamada *Kan-on-ko*, y la de Ninomiya, denominada *Hotokusha*. La primera, fundada en 1830, se halla hoy en pleno florecimiento, y tiene por único fin socorrer á los pobres que sean viudos ó viudas, huérfanos, viejos, enfermos, locos é idiotas, ó que mantengan á varios parientes muy jóvenes ó muy ancianos. Se gobernó por reglas consuetudinarias, transmitidas piadosamente de una en otra generación, hasta 1892, en que ha publicado su reglamento, habiendo obtenido de la autoridad la consideración de persona jurídica. La *Hotokusha*, que ofrece notable parecido con las cajas rurales de Raffaisen, persigue un doble fin: ético, inculcando en la clase agrícola las máximas de frugalidad y ahorro, y económico, prestando á sus asociados, individuos ó colectividades, para empresas productivas ó para salvarlos de la ruina, en los casos de incendio, terremoto, inundación y otros azotes que con tanta frecuencia asolan el país (1). Su principio fundamental es no pagar ni cobrar intereses. Esta asociación se halla también floreciente, especialmente en las provincias vecinas de Tokio, pero poco extendida, y publica desde 1882 una revista mensual.

En punto á la clase obrera, el Gobierno no ha pasado de pro-

(1) Son: Ordenamiento imperial núm. 123, del sexto año de Meiji (1872), encargando al Estado de alimentar a los niños abandonados menores de trece años, dándoles al año tres *to* de arroz (el *to* equivale á 20 litros); Ordenamiento imperial núm. 162, del séptimo año de Meiji (1873), por el que se impone á cada provincia la obligación de socorrer á los desgraciados inválidos para el trabajo y sin parientes en disposición de protegerlos, con un *koku* y ocho *to* de arroz (280 litros) para los adultos, y siete *to* (140 litros) para los menores de quince años, pagaderos en metálico y por meses; Ordenamiento del Ministro de lo Interior, del séptimo año de Meiji (1883), imponiendo á cada provincia el deber de cuidar de los pobres atacados de enfermedades contagiosas que residan en su circunscripción.

(1) Pueden consultarse acerca de esta interesante asociación: Garrett Droppen, *A Japanese Association*, en *Transactions of the Asiatic Society of Japan*, vol. XXII, primera parte; y Longfon, *Note on Ninomiya Santoku*. (IbiJem.)

yectos hasta la hora presente, habiéndose debido el aumento de los salarios al encarecimiento de la vida y á la escasez de brazos. Entre el desarrollo de las industrias importadas del Occidente y el bienestar de los obreros, ha optado el Gobierno por sacrificar á los segundos, insensible á los quejidos de las víctimas, indiferente á los estragos de la miseria, que se ostenta espantosa en todas las ciudades, ocupando barrios enteros, como el *Shiba* de Tokio, en el que viven amontonadas en zahúrdas nauseabundas, de unos cuantos pies cuadrados, familias escuálidas y desaharrapadas, teniendo por todo mueble el *hibatchi*, en el que se consumen lentamente pequeños pedazos de carbón de leña, y arriba, suspendido sobre la puerta, el *butsudan*, pequeño altar, hacia el que elevan sus miradas aquellos infelices en los instantes más angustiosos de su vida. Al obrero japonés se le trata peor que á los irracionales, condenándole á una muerte lenta y segura. Su salario es irrisorio; la comida que se le da (una ó dos legumbres), deficiente; el trabajo que se le impone, de doce á diez y siete horas diarias, é igual para niños, mujeres y adultos, y hasta se le regatea el oxígeno, teniéndole encerrado en fábricas ó en minas que no reúnen ninguna condición de higiene ni de seguridad (i). No se comprende cómo los gobernantes japoneses han cerrado los ojos á las elocuentes lecciones que ofrece la historia de la industria europea en el primer tercio del siglo XIX, con sus crueldades, huelgas y sangrientas luchas, para librar á su país de desórdenes parecidos, ni cómo se han olvidado de que el desamparo en que van cayendo las clases inferiores al romperse, por efecto de la transformación económica, los vínculos de afecto, funda-

(1) En Enero de 1900 se prendió fuego á una fábrica de tejidos en *Komyo&i*, y de cincuenta muchachas que trabajaban en ella perecieron quemadas treinta y una, a causa de no haber podido salir del dormitorio en que se las tenía encerradas. Otro caso más doloso aún: en Junio de 1899, una explosión en la mina de *Hohoku Fukuoka* causó 222 víctimas, con las tristes circunstancias de que á los seis días del accidente no se habla encontrado un solo cadáver, por la mala organización del salvamento, y que cuando se llegó hasta ellos se vio que los obreros, para aumentar su salario, habíanse traído á sus mujeres, muchas de las cuales fueron halladas á centenares de pies bajo tierra, con su niño sujeto á la espalda. No por esto salió el Gobierno de su punible indiferencia.

mentó de las antiguas relaciones sociales, al Gobierno en primer término incumbe remediarlo, amparando á los huérfanos y desvalidos mediante la creación de institutos benéficos, y á los obreros mediante leyes que los protejan contra la avaricia de los empresarios. Sacrificar el bienestar del pueblo al poder del Estado y al regalo de unos cuantos afortunados, que derrochan en estéril ostentación la savia fecundante de la vida, es una política suicida, que conducirá, y no en largo plazo, á la desesperación y al desencadenamiento de los furores populares. Por fortuna, todavía no es tarde. Dedique el Gobierno á la beneficencia pública parte de lo que gasta en sostener armamentos superiores á sus recursos; anteponga el bienestar del obrero al desarrollo de las nuevas industrias, que por varias circunstancias jamás podrán competir con las similares de Europa, y con esto habrá resuelto el problema económico.

Llego á los dos peligros más graves: el religioso y el social. El religioso, por ser el culto sinto el fundamento del ardiente patriotismo japonés, de ese admirable sacrificio del individuo á la patria. No parece que la atención de los sociólogos se ha fijado lo debido en el prepotente influjo que el sentimiento religioso ha ejercido en la evolución social (i), de la que ha sido, hasta hoy y en todas partes, la fuerza propulsora y directora por excelencia. No debo dejar de aducir algunos ejemplos, para que pueda formarse cabal idea de la magnitud de este peligro.

A los dioses atribuyeron su fundación, su moral y su derecho todas las sociedades primitivas; los dioses dirigieron á las ciudades griegas en los primeros pasos de su vida, y dieron á Roma sus más disputadas victorias; Alá fué el que lanzó á los árabes á los cuatro vientos y los empujó adelante hasta fundar el califato de Damasco; el Cristianismo, el que educó á los pueblos germanos, agrupándolos en torno del Pontificado, y los capacitó para apropiarse las literaturas clásicas y fundar sobre ellas la civiliza-

(1) Los historiadores de las religiones han pasado por alto este extremo tan interesante, y de los sociólogos, el único que lo ha estudiado, aunque no con la extensión proporcionada á su importancia, es Kidd, en su *Social Evolution*, Londres, 1895.

ción moderna; religioso ha sido el móvil principal de las guerras europeas en los tiempos modernos, y todavía hoy, cuando la religión está descendiendo de sanción social á sanción meramente individual, los pueblos más penetrados del sentimiento religioso, el inglés y el alemán, son los genuinos representantes de la civilización y del progreso.

Inversamente, los Estados han decaído al tenor que se ha entibiado su fe religiosa. Los antiguos imperios orientales empiezan á hundirse cuando, habiendo llegado á la cumbre de su prosperidad, vuelven la espalda á sus dioses; las ciudades griegas se enredan en luchas fratricidas desde que dejan de inspirarse en el oráculo de su deidad común, el Apolo de Delfos, y abren más tarde las puertas al invasor macedónico, cuando han perdido la confianza en sus dioses tutelares; el Imperio romano se debilita y descompone, al paso que el paganismo pierde su prestigio sobre las almas; el Califato árabe se fracciona una y otra vez por la acción disolvente de las sectas, más ó menos racionalistas; se eclipsan las dos grandes estrellas de la Edad Media, el Papado y el Imperio, cuando la atención de los pueblos germanos se vuelve con preferencia hacia el desarrollo de los intereses económicos; decaen, en fin, España y Portugal desde el siglo XVI, en que era la fe el principal resorte de su vida, y quizá su prostración presente se deba, en parte á lo menos, á la circunstancia de no haber sido substituida la piedad religiosa por otro móvil de igual elevación y eficacia, lo que ha dejado á los mezquinos intereses y afecciones sobreponerse, en el campo de la vida pública y privada, á los grandes sentimientos nacionales y humanos. Obsérvese sobre este particular entre los pueblos germanos y los llamados latinos una diferencia que no debo pasar por alto. En los pueblos germanos, la religión, cuando pierde la cualidad de sanción social por la separación de la Iglesia y el Estado, conserva toda su virtud como sanción individual y sigue siendo la suprema reguladora de la conducta; en los pueblos latinos, por lo contrario, la religión, al dejar de ser sanción social, pierde también, más ó menos, su virtud como sanción individual y deja de

ser la principal rectora de la vida. Quizá proceda esta diferencia de que la religión, en el alma del latino, vive de la sugestión social más que de la inspiración individual, y, naturalmente, decae y hasta desaparece al faltarle el sostén de la conciencia colectiva. Esto quizá explique el hecho, tan frecuente entre nosotros, de pasarse de un salto de la fe á la incredulidad, y la tendencia á relajarse las costumbres á medida que la religión, sin declararse oficialmente la separación de la Iglesia y el Estado, pierde su fuerza como sanción social.

Ahora se ve en toda su magnitud, el peligro religioso que amenaza al Estado japonés. No pudiendo sostenerse el culto de los muertos frente á la ciencia del Occidente, y siendo este culto el fundamento de la disciplina social y de la disposición al sacrificio, su caída arrastrará consigo necesariamente la del patriotismo, que constituye la fuerza y la grandeza del Japón. ¿Cómo conjurar este peligro? Sólo hay un camino para ello, á saber: transformarse el Sintoísmo en religión de fraternidad, religión de héroes y patriotas, cambio que parece haberse iniciado ya, á juzgar por el carácter conmemorativo de muchos templos sintos. El vacío que esta transformación deje en las almas, necesitadas de un ideal para satisfacer sus anhelos y preservarse de la desesperación en las grandes amarguras de la vida, podrá llenarlo el Cristianismo con las modificaciones consiguientes á la raza y el medio físico. La solución es difícil, tanto más cuanto que el Cristianismo adelanta muy poco en el Japón, pero realizable.

Más grave aún que el peligro religioso es el social, por la dificultad de transformar la sociedad japonesa de comunista en individualista. ¿Cómo efectuar esta transformación? Requiere al efecto una condición que rara vez se da, á saber: que la raza posea energías latentes. Ocurre con las razas lo que con los individuos, esto es, que sus aptitudes no se manifiestan sino cuando se dan por parte del medio las condiciones adecuadas. A la manera que en la sociedad, por el juego de las circunstancias, vemos á individuos medianamente dotados encumbrarse á los más altos

puestos, y á otros de relevantes dotes quedarse obscurecidos más ó menos tiempo, ó por toda la vida, asimismo pueden razas bien dotadas guardar latentes durante largo tiempo grandes talentos y desplegarlos luego de repente, cuando un cambio en el medio las provee de los estimulantes requeridos. ¿Ocurre esto con la población japonesa? ¿Posee esta raza energías latentes? Estudiemos su composición.

Los primeros habitantes del Japón fueron los *negritos*, por más que hoy no quede de ellos ningún representante en el país. Abundan en otras partes. Los hallamos diseminados en pequeños grupos, y éstos arrinconados en las tierras más ingratas y rodeados de poblaciones más ó menos hostiles, á lo largo del litoral asiático, desde el Norte del Golfo Pérsico (antigua Susiana) hasta la península de Malaca, y luego, por el Archipiélago, hasta la Isla Formosa al Norte y Nueva Zelandia al Este; los hallamos, esparcidos también esporádicamente, en África, con el nombre de *negrillos*, cuyas agrupaciones principales son los *accas*, al Sur de Mombucto, y los *valúas*, en el centro de la gran curva formada por el río Congo. Son pequeños, de un metro 30 centímetros de estatura, flojos, de piernas torcidas, más aptas para trepar que para andar, y en ninguna parte se han elevado de las formas sociales inferiores. Poblaron las islas japonesas, después de los negritos, los *ainos*, velludos, de barbas largas, que nunca se cortan, ojos horizontales, pómulos salientes, cara ancha y facciones bastante regulares. Ocuparon un tiempo todo el Japón; hoy se hallan confinados en la isla Yeso, en la mitad meridional de la Sagalien y en algunas de las *Curiles*. Según Quatrefages, pertenecen al tronco blanco, formando, con los éuscaros, los caucásicos y los tchukschis de la extremidad oriental de Asia, la rama alófila, cuyas hermanas son la fínica, la semítica y la arriana. Los terceros pobladores del Japón fueron los *indonesios*, provenientes del Continente, también de estirpe blanca y, probablemente, de la rama arriana, de constitución superior, por tanto, á la de los ainos. Vertiéronse, por último, en el Japón copiosas oleadas de chinos y mandchúes, procedentes de China y de Co-

rea, los cuales se sobrepusieron con el tiempo á sus predecesores.

De estos cuatro elementos, negritos, ainos, indonesios, chinos y mandchúes, se ha formado la población japonesa, cuyos caracteres generales son: estatura baja, color moreno oliva, cabeza gruesa, un poco hundida en la espalda; largo torso, ancho pecho, caderas carnosas, piernas delgadas y cortas, manos finas, recia musculatura, ágil, vigorosa, resistente á la fatiga, ligera, andando los kurumaya con sus cochecillos siete kilómetros por hora. Pero el hecho notabilísimo, digno de especial estudio, es que esta población ostenta dos tipos perfectamente caracterizados: el aristocrático y el plebeyo. El tipo aristocrático se distingue por la forma alargada del cráneo, corte ovalado de la cara, regularidad de facciones, frente alta, ojos abiertos y rasgados, forma romana de la nariz, barba bastante poblada, que se afeita cada dos días; color blanco mate ó moreno tostado, semejante al de los habitantes del Mediodía de Europa, siendo más claro en las mujeres. El tipo plebeyo ofrece notable parecido con el mogol ó el chino, por su cráneo redondo, frente baja y deprimida, cara en forma de trapecio, ojos medio cerrados, pómulos salientes, nariz aplastada y ancha, barba rala y color cobrizo.

He aquí los hechos; pasemos á interpretarlos. El tipo aristocrático, intermedio por sus caracteres físicos entre el mogol y el europeo, ha debido resultar del cruce de los chinos y mandchúes con los indonesios principalmente, y quizá también con los ainos, al paso que el tipo plebeyo se compone de los elementos de estirpe mogola que se han mantenido más ó menos puros, ó que se han cruzado con lo ínfimo de la población. Dejemos al tipo plebeyo, que no difiere de las demás poblaciones amarillas de Asia, y fijémonos en el aristocrático, notable ejemplar, á mi ver, de uno de esos cruces felices que la Antropología nos revela haber ocurrido de vez en cuando. A la manera que del cruce del malayo, de color aceitunado, con el papú, de raza negra, salió la bella población de la Polinesia; á la manera que del cruce de los turcos con los tártaros y poblaciones caucásicas salió la belicosa

raza de los osmanlis, así en el Japón, del cruce de los chinos y mandchúes con los indonesios ha salido ese admirable tipo aristocrático, el cual, á los caracteres físicos que acabo de apuntar, junta los mentales revelados por su Historia, de inteligente, vivo, ambicioso, audaz, bravo, belicoso, amante del cambio y profundamente penetrado del sentimiento del honor (i). Los aristócratas, es decir, los daimios y los samurais, han sido, en efecto, los que han llevado á cabo los grandes hechos que descuellan en la Historia del Japón. Ellos organizaron y dirigieron la primitiva sociedad tribal; ellos instituyeron el Sogunado para salvar la nacionalidad cuando la irrupción de la civilización china; ellos sostuvieron entre sí secular y empeñada lucha bajo el Sogunado, hasta el siglo XVI, ya para ensanchar sus dominios á expensas de los vecinos, ya para apoderarse del supremo poder militar; ellos realizaron, durante el gobierno de los Tokugawa, la integración feudal, que representa un paso de gigante en la evolución de la sociedad: los aristócratas han sido los que han restaurado el culto sinto, reacción del sentimiento nacional contra el predominio del budhismo extranjero; los aristócratas, los que han derribado el Sogunado cuando, realizada la integración feudal, había llegado á ser un estorbo para el ulterior desenvolvimiento de la sociedad; los aristócratas, en fin, los que han acometido la singular empresa de cambiar las creencias, costumbres é instituciones de su país conforme á los modelos europeos, y la han llevado adelante hasta el presente con acierto y tino admirables.

Evidentemente nos hallamos en presencia de un pueblo nuevo, original, de inteligencia viva, de grandes arrestos y que se ha formado por el mismo proceso que se formaron los del Occidente de Europa: el cruce y la lucha. Por el cruce y por la lucha durante nuestra época medioeval, de aquellas tribus germanas del siglo V,

(1) A este tipo se refiere la descripción que hace W. G. Aston del carácter del pueblo japonés en su *Literature Japonaise*, p. 3: «alegre y aficionado al placer; sentimental masque apasionado; afectuoso y jovial; de comprensión viva, aunque *poco profunda*; ingenioso é inventivo, pero casi *incapaz de fuerte t) abajo mental*; de ánimo abierto y ávido de saber, con tendencia á la limpieza y elegancia de expresión, pero sin *elevarse nunca, ó rara ves, d lo sublime*.

comunistas por su organización social y por su mentalidad, salieron nuestras sociedades de la segunda mitad del siglo XV y primera del XVI, activas, emprendedoras, poseídas de vehemente deseo de saber, que mostraron disipando las tinieblas del pasado por el renacimiento de la civilización romana y griega, disipando las tinieblas del espacio por los descubrimientos geográficos y astronómicos, disipando las tinieblas de la conciencia por la renovación de los sistemas filosóficos; y por el cruce y por lucha durante los tiempos modernos, de aquellas sociedades, de organización medio comunista aun, han salido las actuales naciones, eminentemente individualistas, creadoras y progresivas. Pues de la misma suerte, por el cruce y por la lucha durante los mil años que duró el predominio del poder militar, se ha formado esa aristocracia japonesa, que nos admira por lo heroico de su valor, la firmeza de sus resoluciones, la audacia de sus empresas y el brío en realizarlas. No cabe duda: la situación del Estado japonés, después de haberle sido devuelto el poder político al Mikado, era muy parecida á la que habían alcanzado las naciones del Occidente de Europa á fines del siglo XV, cuando el poder real se hubo sobrepuesto al señorial. En una y otra parte, un supremo poder imperante, de carácter absoluto y divino; en una y otra parte, una aristocracia guerrera, altiva, inquieta y puntillosa; en una y otra parte, una clase productora, dócil, sumisa y organizada en gremios; en una y otra parte, en fin, un conjunto de creencias primitivas y más ó menos supersticiosas, sirviendo de esperanza y consuelo en la vida. Y siendo esto así, se pregunta: ¿no posee la aristocracia japonesa energías bastantes para seguir progresando, hasta elevarse al estado mental y social del europeo?

A mi juicio, no hay razón para negarlo. Una raza que de por sí, sin los fecundos estímulos de la vecindad, ha realizado bajo el Sogunado la integración feudal, ha resucitado el sintoísmo, restaurado la autoridad del Mikado y fundado la unidad nacional, y que luego, al encontrarse en contacto con las potencias occidentales, se ha lanzado á apropiarse su civilización, habiendo

implantado en treinta años todas las instituciones políticas y buena parte de las sociales; la raza que ha cumplido estos hechos extraordinarios no puede menos de infundir la esperanza de que sabrá remover los obstáculos que las circunstancias le opongan en lo por venir y llevar á feliz término su aventurada empresa. La inferioridad mental de que adolece hoy, expresada en su incapacidad para apropiarse las ciencias de carácter abstracto é ideal y, sobre todo, en el proceso de su educación, no hay fundamento para reputarla invencible. Todavía recuerdo yo la impresión de extrañeza que me causaron, por lo infantiles, la primera vez que las leí, las lecciones que Alcuino explicaba en la Escuela Palatina á Carlomagno y su corte, y que revelan un grado de mentalidad incipiente; y, sin embargo, de aquellas nociones simples y pueriles se han elevado los descendientes de los francos á las complejas y grandiosas concepciones científicas de nuestros días. ¿Cómo negar entonces á la aristocracia japonesa que, por su trato con los europeos y su perseverancia en el estudio, no ha de poder elevarse, en el desarrollo de su inteligencia, hasta adquirir la conciencia de la propia personalidad y sostenerla en las relaciones sociales? Pues con esto basta; porque á cada paso que adelante por este camino, otro tanto perderá de su rigidez la disciplina social, y la educación cambiará de proceso, y la sociedad se trocará de comunista en individualista. Luego puede conjurarse el peligro social, y puede, por tanto, llegar un día en que el Japón concurra con los Estados europeos y americanos, ya que no al progreso de la civilización, por lo menos á difundirla por los vastos espacios de Asia y Oceanía.

Con lo dicho he expuesto la causa fundamental de haberse decidido los japoneses á apropiarse la civilización europea, y de la rapidez con que están procediendo en la empresa. Las causas que he apuntado arriba: la restauración del sintoísmo, los hábitos militares, el deber sagrado de la obediencia y la religión de lealtad, son causas meramente históricas, condicionantes: sin ellas, el hecho no habría ocurrido, pero con ellas pudo no haberse efectuado. Faltábame designar la causa fundamental, la de carácter

psíquico, la que reside en la naturaleza del agente, y esta causa nos la ha revelado la composición étnica del pueblo japonés: es, á mi juicio, el temple, el alma de la aristocracia japonesa, producto de un cruce feliz, reflexiva, perseverante, pundonorosa,, dominadora y poseída de profundo y ferviente patriotismo.

CONSIDERACIONES SINTÉTICAS

La evolución de la sociedad japonesa, en cuanto las tribus se han subordinado al imperio en la relación religiosa, parece contradecir una de las leyes mejor sentadas de la Sociología, á saber: que las sociedades geocráticas, es decir, basadas sobre el vínculo del suelo ó de la vecindad, pero diferenciadas en razón del culto, son incapaces de integrarse en una sociedad superior y más compleja. Esta ley se sustenta sobre ancha base de experiencia. Las antiguas ciudades griegas vivieron siempre aisladas unas de otras, por tener cada una su deidad tutelar y su especial culto, lo que hizo que ninguna de ellas otorgase á los habitantes de las otras siquier fueran vecinas, derecho alguno, ni el de adquirir tierras en su término, ni el de comparecer ante sus tribunales, por la fundamental razón de que no podía entrar en sus templos. Los antiguos imperios orientales tuvieron vida tan efímera y se hundieron de repente porque los conquistadores dejaban á las ciudades sometidas sus dioses y su culto, y por esta misma causa ocurrieron en Egipto tantas rebeliones y cambios de dinastía. Roma fundó un imperio sólido y duradero porque se llevó á su casa les dioses de las ciudades vencidas, lo que la elevó, acabada la conquista, á la categoría, no ya de capital, sino de templo y alma del mundo. Como contraprueba, nuestros señoríos de la Edad Media se asociaron fundando un tipo social nuevo, la nación, por la circunstancia de comulgar todos en el mismo sentimiento cristiano. Luego la unidad de religión es requisito indispensable para que las sociedades geocráticas puedan integrarse.

Excepción á esta ley parece haber sido el Japón, cuyas tribus, no obstante tener distintos dioses y cultos, se han asociado, fun-

dando el Imperio; pero esta contradicción no es más que aparente, porque las tribus japonesas no son sociedades geocráticas, sino •genéticas. La comunidad de sangre vivimos que es el vínculo de los uji, cuyos individuos descienden ó presumen descender de un común antepasado. Las sociedades genéticas se han integrado en todas partes, habiendo fundado en Oriente, Grecia é Italia la ciudad. Las que no se han integrado son las geocráticas, y no se han integrado por el fuerte sentimiento de individualidad que desarrollaron en sus habitantes la ruda lucha con el suelo y la más ruda aún que hubieron de sostener con sucesivos y violentos invasores. Por ello, en el seno de las antiguas ciudades es donde se efectuó el desarrollo del individuo, hasta elevarse á persona consciente de su derecho, opuestamente al del todo, y la consiguiente transformación de la sociedad de comunista en individualista. El Japón no ha fundado ciudades del tipo de las antiguas de Grecia é Italia; se ha quedado detenido, como la mayor parte de los pueblos orientales, en la fase genética, de la que está trabajando ahora por salir. Esta conciencia de la personalidad es lo que distingue á las sociedades europeas de las asiáticas; y es tan grande la fuerza de este elemento, que difícilmente la raza amarilla, por mucho que se multiplique, llegará á ser un peligro para los pueblos europeos, á no ser que algún día lo adquiera también. La ley que vemos regir dentro de cada sociedad, donde el poder intelectual y moral de unos pocos se impone y dirige á las multitudes, rige también entre sociedades diferentes, y por ella los Estados europeos se impondrán por un futuro indefinido á las grandes masas amarillas y las dirigirán.

El fin que ha llevado á los japoneses á apropiarse la civilización europea ha sido el de igualarse en poder y riqueza con las potencias occidentales, para no caer bajo su dominio y ser por ellas explotados. Este fin lo han logrado cumplidamente venciendo á los chinos y á los rusos é imponiéndose al respeto de todos. Pero lo han pagado á precio muy caro: al precio de destruir los fundamentos seculares sobre quę se asentaba su sociedad comunista, sin ser substituidos por los propios de las modernas in-

dividualistas, cayendo en el actual estado de desequilibrio y descomposición. «Los dioses se van» —dijo el Marqués de Ito al corresponsal de un periódico inglés (1)—; comenzando por el Mikado, hay que añadir, de quien dicen sus subditos al verle pasar á caballo: «¡Toma, no era más que eso el hijo del Sol! (2); el antiguo clan, á cuyo frente estaban guerreros unidos á su daimio por el sentimiento del honor, ya no existe, y no se ha fundado el Municipio, cimiento de los Estados europeos; la aristocracia está desapareciendo, antes de haber empezado á formarse el tercer Estado, y, en cambio, crece y se multiplica un proletariado homogéneo, dispuesto por temperamento á acoger las más quiméricas utopías; hasta el pueblo, alegre, jovial y juguetón antes, se torna preocupado, triste y sombrío. Es toda una sociedad que se derrumba, sin que se vea edificarse otra nueva. Proviene esto de que los japoneses no se han apropiado más que la parte material de la civilización europea, sin ninguno de sus principios éticos, y de la organización política han tomado lo peor: la burocracia, los armamentos y los fuertes impuestos. Pues con estos elementos no se edifica nada. Y ¿no serán capaces de apropiarse todavía la parte moral, los modos de pensar y de obrar? Imposible no lo es; pero requiérese al efecto un lapso de tiempo indefinido. Se trata de modificar la estructura mental de un pueblo, y esto solamente se consigue mediante una acción educadora, intensa, firme y constante sobre las nuevas generaciones y el esfuerzo perseverante de las adultas. Mas en el supuesto de que los japoneses logren asimilarse la parte moral de la civilización europea, habrán mostrado con ello que poseen un gran poder de imitación, no de creación, por lo que se formula la pregunta: ¿Podrá la sociedad japonesa elevarse un día al grado de mentalidad requerido para concurrir con las europeas y americanas al progreso de la civilización?

Quizás. Cada raza posee, en razón de su constitución étnica y

(1) *Daily News*, 12 de Junio de 1896.

(2) P. Seippel: *Unpeuple déséquilibré* (*Gaceta de Lausana*, 11 de Octubre de 1899).

del medio físico, una capacidad evolutiva determinada, y mientras la realiza, progresa, crea; mas una vez agotada, se estaciona, y si en lo ulterior lleva á cabo algún adelanto, es por imitación, apropiándose elementos de pueblos más adelantados, vecinos suyos ó con los que entra en relación. Así, todas las sociedades han sido progresivas y creadoras en los primeros pasos de su vida, hasta cierto punto, á partir del cual se han quedado paralizadas. China creó y progresó hasta Confucio; Egipto, hasta el fin del tercer Imperio; Grecia, hasta la guerra del Peloponeso; Roma, hasta el fin de los Antoninos; el Califato de Oriente, hasta Harun-als-Raschid; el de Occidente, hasta Alhakem II. Una sola raza ha habido indefinidamente creadora y progresiva: la constitutiva de las naciones del Occidente de Europa, las cuales han realizado, á partir del siglo X, un progreso nunca interrumpido y de cada vez más acelerado, hallándose hoy más briosas y potentes que nunca. Comparadas con ella, las demás razas históricas se confunden en el calificativo de estadizas ó imitadoras. Entre éstas figura la japonesa, pero con una peculiaridad, la de poseer una fuerza de asimilación extraordinaria, no habiendo opuesto la menor resistencia á apropiarse la civilización de los pueblos con los que ha entrado en relación, la de China primero y hoy la de Europa, Y si tenemos en cuenta que para asimilarse es menester comprender, y que al acto de imitar acompañan una porción de elementos inventivos, y que el Japón ha impreso á los materiales que ha tomado de fuera, con haber sido tantos, el sello de su espíritu nacional, como dice Aston (i), no se puede desechar la posibilidad de que un día llegue el Estado japonés á tomar parte activa en la obra no ya de difundir, sino de enriquecer y avalorar la civilización del mundo. Depongan los japoneses su tradicional orgullo y su odio al extranjero; abandonen sus sueños de dominación; renuncien á la vanidad de pasear por los puertos de Europa y América barcos que les cuestan muy caros; beneficien al individuo, en vez de sacrificarle; no implanten más industrias

(i) *Liter Japón.*, p. 2.

que aquellas para las que su suelo reúna ¡condiciones especialmente favorables; reconcéntrese en sí mismos; desechen su lengua y su escritura, que les tiene trabadas las alas del pensamiento; apliquen sus fuerzas, sobre todo, á desarrollar en las jóvenes generaciones nuevas energías mentales, mediante un sistema de educación apropiado, y á mejorar la situación económica de las clases necesitadas, redimiéndolas de la tiranía del capital y fomentando el aumento de la producción, y por este camino lograrán un día la dicha y el honor de ocupar un puesto entre las sociedades progresivas y civilizadoras.

APÉNDICES

APÉNDICE A

Relato de la batalla de Dan no-ura, según el GhermpeT-SeisuKi, «Historia de la grandeza y decadencia de los Minamoto y Taira», escrita á principios del siglo XIV y atribuida á Namoro Tofcinaga (1).

«El 24 día del tercer mes de 1185, el general de los Minamoto, Yocitsuné (hermano de Yorimoto, jefe del clan) ,y su ejército atacaron, al apuntar el día, con más de 700 naves. Sorprendidos los Taira, se adelantaron á su encuentro con no menos de 500 barcos de guerra, y el cambio de flechas empezó. Los combatientes ascendían por junto á más de 100.000 hombres, y el ruido de los gritos bélicos de una y otra parte y el zumbido de las flechas se elevaron ensordecedores, subiendo tan alto como el azul del cielo y volviendo á bajar, repercutidos por el eco, hasta las profundidades del mar.

El general Nori-yori, de los Minamoto, había llegado á Kiusiu con 30.000 jinetes, cortando la retirada en aquella dirección. El ejército Taira era como un pájaro enjaulado que no puede escaparse, ó un pez en nasa que no tiene salida. En la mar había navios flotantes; en tierra, bocados y riendas en apretadas lilas. El Este y el Oeste, el Sur y el Norte estaban cerrados, y por ningún lado podían evadirse. Entonces Tomomori, general de los Taira, se adelantó á Ja proa de su nave y hablo de esta manera:

«Pensemos que hoy es el día postrero de nuestra vida, y ahuyen-

(1) Este Apéndice y el siguiente ofrecen el interés de poner de relieve el estado mental de los japoneses en el siglo XIV, el cual es muy parecido al de los griegos de la época homérica. Para unos y otros el mundo está gobernado por poderes divinos y personales, que á menudo intervienen en las empresas humanas y deciden de su resultado. De aquí la semejanza de estos relatos con los de la *Iliada*. Los japoneses han conservado esta concepción hasta el siglo XIX, y hoy la profesa todavía el común del pueblo.

temos toda idea de retirada. En los antiguos y en los modernos tiempos ha habido ejemplos de generales famosos y de bravos soldados que cuando sus ejércitos fueron batidos y la fortuna les volvió la espalda se entregaron prisioneros en manos de bandoleros. Provenía esto de querer escapar á una muerte inevitable. Abandone en este instante cada uno de nosotros su vida á la destrucción, y piense sólo en dejar un nombre á las edades venideras. Nada de debilidad ante estas gentes del país del Este. ¿Qué hemos hecho nosotros para lamentar nuestras vidas? Unámonos en la resolución de apoderarnos de Yocitsuné y arrojarlo al mar. Sea éste el fin principal de la batalla de hoy.»

El primer ataque fué favorable á la facción Taíra, y entonces; «Yocitsuné, observando que sus soldados empezaban á flaquear, se enjuagó la boca con agua salada y, cerrados los ojos y apretados los puños, rogó á Hatchiman concederle su protección. Al punto, un par de palomas blancas se posaron sobre su estandarte. Mientras los Minamoto y los Tai'ra gritaban: «Por aquí, por allá...», una masa de nubes negras, viniendo del Este, se detuvo encima del campo de batalla, y del centro de estas nubes descendió un estandarte blanco, siendo el de Yocitsuné agitado en todos sentidos y desapareciendo con las nubes. Los Minamoto plegaron sus manos para orar, mientras los Tai'ra sentían erizárseles los pelos sobre la cabeza y saltárseles el corazón del pecho. Los soldados Minamoto, alentados por presagios tan favorables, lanzaron grandes gritos de ardor, y unos entraban en los barcos y combatían remando; otros seguían la ribera, colocando sin cesar flechas en sus arcos...

Los Minamoto eran numerosos, y envalentonados por el éxito, se lanzaron de nuevo al ataque; los Tai'ra eran menos numerosos, pero cumplieron su tarea como si aquel fuese el día postrero de su vida.

Las naves Taíra se ordenaron en tres filas. La de construcción china fué guarnecida de tropas en términos de darse á entender que iba á bordo de ella el general. Su plan era que, mientras los Minamoto atacarían la nave china, sus otras naves darían un rodeo envolviendo la flota enemiga y pasando á degüello hasta el último de los Minamoto.

Entonces fué cuando Sigheyoci, fiel hasta entonces á la causa Tai'ra, cambiando de repente de actitud, con más de 300 navios, se apartó á fuerza de remos y quedó espectador impassible de la batalla, pronto, si los Tai'ra eran los más fuertes, á disparar sus fle-

chas contra los Minamoto, ó si éstos parecían deber alcanzar la victoria, á dirigirlas contra las Tai'ra. Tanto es verdad que se puede contar con el cielo y con la tierra; la única cosa con que no se puede contar es el corazón del hombre.»

Por fin, Sigheyoci reveló á Yocitsuné el plan de batalla de los Tai'ra, por lo cual fueron éstos completamente extinguidos.

APÉNDICE B

Descripción de la invasión mogola de KublaS Khan, según el Tai Keití, **Anales de la gran paí**, atribuido á Kazina y escrito á fines del siglo XIV:

«Estudiando los anales de los antiguos tiempos, en las horas de ocio que me dejan las tres cosas superfluas, la noche, el invierno y la lluvia, he averiguado que, desde la Creación, ha habido siete invasiones de pueblos extranjeros en el Japón, siendo la más notable de todas la ocurrida en los períodos Bunyef (1264-1275) y Koan (1278-1288). En esta época, el gran Emperador Yuan (Kubla'i Khan) había conquistado por la fuerza de las armas las cuatrocientas provincias de la China. Cielos y tierra sufrían la opresión de su poder. Rechazarlo hubiese sido difícil á una pequeña comarca como la nuestra, y el hecho de haber destruido fácilmente y sin esfuerzo sus ejércitos sólo pudo obrarlo la bendición divina.

El general Yan, caudillo de las fuerzas chinas, habiendo estimado la extensión de las cinco provincias metropolitanas del Japón en 3.700 *ri* cuadrados, calculó que para llenar este espacio de soldados sin dejar un punto desocupado necesitaba un ejército de 3.700.000 hombres, y sin darse punto de reposo, en diversos puertos y golfos lo embarcó en una flota de 7000 grandes buques. Nuestro Gobierno, previamente informado, ordenó los preparativos...

No tardaron en llegar al puerto de Hakata los 70.000 navios de guerra del gran Yuan, el tercer día del octavo mes del segundo año de Bunyei* (1265). Sus grandes barcos estaban amarrados en tre sí, y pasarelas tendidas del uno al otro. Desde las islas Goto, al Este, hasta Hakata, el mar, cerrado de todos lados en un espacio de 400 *ri*, aparecía transformado en tierra firme. Los japoneses, por su parte, levantaron en la ribera de Hakata un campamento de 13 *ri* de largo, cuyo frente estaba formado por un alto dique de piedra, cortado á pico del lado de los enemigos, y dispuesto del otro lado en pendiente suave, por donde podían maniobrar fácilmente nuestras tropas. En este abrigo erigiéronse

muros revestidos de yeso y se construyeron cuarteles, en los que se alojaron varias decenas de millares de hombres.

Discurríase que, de esta manera, el enemigo no podría enterarse del número de nuestras fuerzas; pero éste levantó, en la parte delantera de sus naves, mástiles de varias centenas de pies de largo, con plataformas sujetas á sus extremidades y sentados sobre ellas hombres, que podían inspeccionar el campamento japonés y contar cada uno de sus cabellos. Empalmaron también unas á otras planchas de 40 á 50 pies de ancho, formando á modo de camino sobre las olas. Por este camino se lanzó la caballería enemiga por decenas de millares, con tal empuje, que nuestras tropas cedieron y no pocos pensaron en retirarse. Cuando el tambor hubo sonado y empeñádose el combate cuerpo á cuerpo, bolas de hierro partieron de cosas llamadas cañones, con un ruido semejante al de las ruedas de un carro precipitándose por rápida pendiente, y acompañado de fugaces llamaradas como relámpagos. Dos ó tres mil de estas cosas partieron á la vez. La gran mayoría de las tropas japonesas pereció quemada y se incendiaron los muros y las torrecillas, siendo imposible apagar las llamas...

Resistir más no era posible. Todas las gentes de Kiusiu huyeron á S.koku y á las provincias del Norte del mar Interior, cundiendo el pánico por todas partes. Peregrinaciones á los altares de los dioses shintos y servicios públicos y secretos en los templos budhistas hicieron doblar la cabeza imperial y apretaron el hígado y la vesícula de la hiél del Emperador. Enviáronse mensajes imperiales con ofrendas á todos los dioses del cielo y de la tierra, al través de las 60 provincias, y á todos los templos budhistas, grandes y pequeños, susceptibles de oír las oraciones. El séptimo día, acabadas las devociones imperiales, elevóse del lago Suva una nube multicolor, en forma de una gran serpiente, que se extendió hacia el Oeste. Las puertas del tesoro del templo de Hatchiman se abrieron de par en par, y los cielos se llenaron con el ruido del galope de caballos y del tintín de los frenos. En los 21 altares de Yocino moviéronse los espejos recubiertos de brocados; las espadas del tesoro del templo aparecieron con las láminas afiladas, y todos los calzados ofrecidos á los dioses se volvieron hacia el Oeste. En Sumiyoci corrió el sudor debajo de las monturas de los cuatro caballos consagrados á la deidad, y los escudos de hierro giraron poniéndose frente el enemigo...

Entonces el general Uan, habiendo soltado las amarras de sus 70.000 naves, á la hora del dragón, el séptimo día del octavo

mes, hizo rumbo hacia Nagato y Suvo, pasando por Moci y Akamagaseki (Simonoseki). Había andado la flota la mitad del camino cuando el tiempo, tranquilo y despejado hasta entonces, cambió de pronto. Una masa de nubes negras, elevándose por el Norte, invadió el cielo; el viento sopló con furia; las olas tumultuosas se elevaron hasta el cielo; el trueno rugió, y los relámpagos se precipitaron contra el suelo en tal abundancia como si las grandes montañas fueran á desplomarse y á caer los altos cielos sobre la tierra. Los/OCOO navios de guerra de IOJ piratas extranjeros se estrellaron en las puntas de las rocas, quedando reducidos á pavesas, ó, girando en rápidos torbellinos, se fueron á pique con todos los que los montaban.

Sólo el general Uan no fué arrastrado por la tempestad ni sepultado bajo las olas; se elevó en el aire y se mantuvo en el tranquilo refugio de los cielos medios. Allí encontró á un sabio llamado Ryo-To-bin, que llegaba, cerniéndose, del Oeste. Dirigióse al general y le dijo: «Los dioses del cielo y los dioses de la tierra japonesa entera, que tienen más de 3.700 altares, han levantado este viento y enfurecido el mar. Ningún poder humano puede hacerles frente. Os aconsejo embarcaros á toda prisa en vuestra nave destrozada y volver á vuestro país.» El general Uan siguió el consejo, embarcándose en el único navio averiado que le quedaba, en el que desafió las olas de los 10 009 *ri* de océano y llegó en breve al puerto chino de Ming-Tchu.»

APÉNDICE C.

Relato de un combate entre las gentes del Sogon y los monjes de Hiyeisan, tomado también del Taiheiki, y donde se ve con qué bravura peleaban los monjes budhistas.

Cuando Kai'to vio esto: «Los enemigos son poco numerosos, exclamó. Hay que dispersarles antes que llegue la retaguardia. ¡Seguidme, hijos míos!» Dicho esto, desenvainó la espada, de tres pies y seis pulgadas, y levantando su brazo izquierdo armado, como una defensa contra las flechas, se precipitó en medio del torbellino de enemigos que le esperaban. Derribó á tres, y luego, volviendo á la orilla del lago, reunió en torno suyo á sus partidarios. Cuando Kuaízitsu, monje de Okamoto, le hubo divisado de lejos, derribó de un puntapié el escudo que había plantado delante de él, y con su hacha, de dos pies y ocho pulgadas, haciéndola girar como una

rueda de molino, se lanzó para atacarle. Kaíto recibió el golpe con el brazo izquierdo armado, mientras que con el diestro descargó sobre el casco de su adversario, que de un golpe quería partir en dos; pero su espada resbaló sobre la placa de metal, y luego, más abajo, sobre el reborde del espaldar, sin herirle. Al ir á repetir el golpe, desplegó tal esfuerzo, que se rompió la correa del estribo y estuvo á punto de caer del caballo. Recobró su asiento, pero en el mismo instante, Kuai'zitsu descargó su hacha de suerte que la punta penetró de arriba abajo en el yelmo del Kaíto, por dos ó tres sitios. Herido en la garganta, ÁVfto cayó del caballo. Kuai'zitsu puso inmediatamente su pie sobre el penacho del yelmo de Kai'to, y cogiéndolo por los cabellos lo arrastró hacia sí y le cortó la cabeza, que clavó sobre la punta de su hacha. «¡Buen comienzo! ¡He matado un general de la facción militar»!, exclamó soltando una carcajada.»

APÉNDICE D.

Mensaje que los ronines pusieron sobre la tumba de su seSor Asano.

El decimoquinto año de Genroku, (1703) el duodécimo mes, el día quince.—Hemos venido en este día á rendir homenaje aquí, cuarenta y siete hombres, desde Oishi Kuranosuké hasta el soldado de A pie Terasaki Kichiyemon: todos gozosos y dispuestos á quitarnos las vidas por vuestro honor. Lo anunciamos respetuosamente al venerado espíritu de nuestro señor muerto. El día catorce del tercer mes del último ano, nuestro agosto señor tuvo á bien atacar á Kira Kotsuké-no Suké, sin que sepamos el motivo. Nuestro agosto señor puso fin á su vida; pero Kira Kotsuké no-Suké vivía. Aunque tememos que á causa del decreto dado por el Gobierno, la decisión de nuestra voluntad desagrada á nuestro agosto señor, nosotros, que hemos comido de su alimento, no podemos, sin sonrojarnos, repetir el verso: «No vivirás bajo los mismos cielos, no pisarás la misma tierra que el enemigo de tu padreó señor»; ni nos atrevemos á dejar el infierno (Hades) y presentarnos delante de vos en el Paraíso sin haber cumplido la venganza que vos empezasteis. Cada uno de los días que hemos aguardado nos parecía tres otoños. Hemos pisado la nieve todo un día, más aún, durante dos días, y no hemos probado alimento más que una vez. El viejo y decrepito, el achacoso y enfermo, han venido con mucha alegría á deponer sus vidas. Alguien puede burlarse de nosotros, como de cigarrones, confiando en las fuerzas de

sus armas, y así afrentar á nuestro augusto señor; pero nosotros no podemos renunciar á la venganza. Después de haber tomado consejo juntos la última noche, hemos escoltado al Sr. Kotsukéno-Suké hasta aquí á vuestra tumba. Esta espada, por la que nuestro augusto señor mostró tanto cuidado el año último y confió á nuestra guarda, la traemos también. Si vuestro noble espíritu está presente delante de esta tumba, os rogamos tomar la espada, herir con ella la cabeza de vuestro enemigo por segunda vez, para echar fuera vuestro odio. Este es el respetuoso mensaje de los cuarenta y siete ronines.

APÉNDICE E.

Pasaje del Tama[^]atSUna, en el que Motoori ridiculiza ios dioses de los filósofos chinos por carecer del atributo de la personalidad (1).

En China, la buena y la adversa fortuna, el orden y el desorden, todo lo que sucede en este mundo, en suma, se atribuye á la acción de *Ten* (el Cielo). En los términos *Camino de Ten*, *Mandamientos de Ten*, *Principio de Ten*, se considera á *Ten* como una cosa que hay que honrar y temer por encima de todo. No saben los chinos que todas las cosas son hechura de los dioses, y que el Cielo no es otra cosa que la reglón donde los dioses habitan. Temer y honrar á *Ten*, sin temer y honrar á los dioses, es como si se honrara y temiera el Palacio imperial prescindiendo del Soberano. Se puede perdonar este error á los chinos, á causa de no haberles sido transmitida la verdadera doctrina; pero ¿qué pensar de los que en esta imperial comarca, á la que ha sido comunicada la buena doctrina, aceptan de plano las procedentes de otros países, imaginándose que lo que ellos llaman *Ten* es una cosa de excelencia incomparable? ¿Qué decir de su pedantesco y fatigoso *Taikhi* (el Gran Límite), *Mu Ki* (El Sin Límite), *Ying* y *Yang* (principios positivo y negativo de la naturaleza), *Tch'ien*. y *K'un* (principios celeste y terrestre), *Pakwa* (los ocho diagramas del libro de los cambios) y *Wu-Hing* (los cinco elementos), sino que son puras fantasías de

(1) Esta cuestión que discute Motoori, de si una concepción ideal é impersonal puede ser base del sentimiento religioso, sigue todavía hoy en pie. Los filósofos la resuelven afirmativamente; pero los dioses de todas las religiones positivas son personas. Y en efecto, si es cierto, como parece, que los sentimientos de dependencia y de misterio integran la relación religiosa, no puede ¿sta nacer sin el atributo de la personalidad divina.

los chinos, sin apoyo en la realidad? ¡Qué locura la de los que quieren interpretar nuestros libros sagrados apoyándose en este linaje de principios!

APÉNDICE F.

Constitución japonesa de 11 de Febrero de J889.

§ I.—EL EMPERADOR.

Artículo 1.º Dirige y gobierna el Imperio del Japón un Emperador de la Dinastía única en la Eternidad.

Art. 2.º El Trono imperial se transmite á los descendientes varones, según la regla del Estatuto de la Casa imperial.

Art. 3.º El Emperador es sagrado é inviolable.

Art. 4.º El Emperador es el jefe del Estado, posee todos los derechos de la soberanía y los ejerce conforme á las disposiciones de la presente Constitución.

Art. 5.º El Emperador ejerce el poder legislativo con el concurso de la Dieta imperial.

Art. 6.º El Emperador sanciona las leyes y las hace publicar y cumplir.

Art. 7.º El Emperador convoca, abre, cierra y prorroga la Dieta imperial y disuelve la Cámara de los Diputados.

Art. 8.º El Emperador publica, en caso de urgencia, para mantener la seguridad pública ó evitar una desgracia nacional, órdenes imperiales, que equivalen á leyes. Estas órdenes deben someterse al juicio de la Dieta imperial en la primera sesión que ésta celebre, y si no las aprueba, el Gobierno debe declarar que dejan de ser válidas.

Art. 9.º El Emperador publica ó manda publicar las órdenes necesarias para la ejecución de las leyes, el afianzamiento de la paz y del orden público y el aumento del bienestar de los subditos. Sin embargo, una orden no puede modificar una ley.

Art. 10 .El Emperador organiza las diferentes ramas de la Administración, fija el sueldo de los funcionarios civiles y militares, los nombra y los destituye, salvo las excepciones consignadas en la presente Constitución ú otras leyes.

Art. 11. El Emperador tiene el supremo mando de las fuerzas de mar y tierra.

Art. 12. El Emperador decide sobre la organización de los ejércitos de tierra y de mar, y fija su efectivo en tiempo de paz.

Art. 13. El Emperador declara la guerra, negocia la paz y ajusta los tratados.

Art. 14. El Emperador declara el estado de sitio, cuyas condiciones y efectos determina la ley.

Art. 15. El Emperador confiere los títulos de nobleza, las categorías, órdenes y demás distinciones honoríficas.

Art. 16. El Emperador otorga la amnistía, la gracia, la conmutación de pena y la rehabilitación.

Art. 17. La institución de la regencia se regulará por las disposiciones del Estatuto de la Casa imperial. El Regente ejercerá los poderes imperiales en nombre del Emperador.

§ II.—DERECHOS Y DEBERES DEL CIUDADANO.

Art. 18. La ley fijará las condiciones necesarias para ser ciudadano japonés.

Art. 19. El ciudadano japonés que reúna las cualidades exigidas por las leyes ú órdenes, podrá ser nombrado para los cargos civiles y militares, ó empleado en otros servicios públicos.

Art. 20. El ciudadano japonés debe prestar el servicio militar conforme disponga la ley.

Art. 21. El ciudadano japonés debe pagarlos impuestos, en la forma que la ley determine.

Art. 22. El ciudadano japonés tiene la libertad, dentro de los límites legales, de fijar su domicilio y cambiarlo.

Art. 23. El ciudadano japonés no podrá ser detenido, preso, interrogado ni condenado sino conforme á las leyes.

Art. 24. No se podrá privar al ciudadano japonés del derecho de ser juzgado por los magistrados designados por la ley.

Art. 25. Fuera de los casos previstos por la ley, nadie podrá penetrar ni practicar pesquisas en el domicilio del ciudadano japonés sin su consentimiento.

Art. 26. Salvo los casos previstos por la ley, no podrá violarse el secreto de la correspondencia del ciudadano japonés.

Art. 27. El derecho de propiedad del ciudadano japonés es inviolable. Respecto de las medidas que imponga el interés público, se cumplirán las reglas establecidas por la ley.

Art. 28. El ciudadano japonés será libre en sus creencias religiosas, siempre que no atenten á la paz y al orden público y no se opongan al cumplimiento de sus deberes de subdito.

Art. 29. El ciudadano japonés disfrutará, en los límites legales, de la libertad de hablar, escribir, imprimir sus opiniones, reunirse públicamente y asociarse.

Art. 30. El ciudadano japonés podrá presentar peticiones, en forma respetuosa y dentro de las reglas establecidas.

Art. 31. Las disposiciones insertas en este capítulo no impedirán al Emperador, en caso de guerra ó de trastornos nacionales, ejercer sus poderes.

Art. 32. Las disposiciones insertas en este capítulo se aplicarán á los militares, en cuanto no contravengan á las leyes y reglamentos de los ejércitos de mar y tierra.

§ III.—DE LA DIETA IMPERIAL.

Art. 33. La Dieta imperial consta de dos Cámaras: la de los Pares y la de los Diputados.

Art. 34. La Cámara de los Pares se compone, según la ley de la Cámara de los Pares, de los miembros de la familia imperial, de los nobles y de los individuos designados por el Emperador.

Art. 35. La Cámara de los Diputados se compone, según la ley electoral, de las personas elegidas.

Art. 36. No se puede ser á la vez individuo de las dos Cámaras.

Art. 37. Toda ley debe ser sometida á la aprobación de la Dieta imperial.

Art. 38. Las dos Cámaras votan los proyectos de ley que les presente el Gobierno, y tienen además el derecho de iniciativa.

Art. 39. Los proyectos de ley desechados por una de las Cámaras no pueden ser reproducidos durante la misma sesión.

Art. 40. Las dos Cámaras pueden interpelar al Gobierno sobre las leyes ó cualquier otro asunto; pero las interpelaciones no aceptadas por el Gobierno no pueden ser de nuevo presentadas en el curso de la misma sesión.

Art. 41. La Dieta se convocará todos los años.

Art. 42. La duración de la Dieta será de tres meses, y podrá prorrogarse, en caso de necesidad, de orden imperial.

Art. 43. En caso de urgencia se convocará, además de la ordinaria, una sesión extraordinaria, cuya duración se fijará de orden imperial.

Art. 44. La apertura, prórroga y clausura de la sesión se efectuará al mismo tiempo para las dos Cámaras. Cuando se disuelva la de los Diputados, deberá prorrogarse al mismo tiempo la de los Pares.

Art. 45. Al disolverse la Cámara de los Diputados se mandará, de orden imperial, proceder á nuevas elecciones, y se convocará á la Dieta en el plazo de cinco meses, á contar del día de la disolución.

Art. 46. Ninguna de las dos Cámaras podrá deliberar ni tomar acuerdo sin la presencia de los dos tercios de sus individuos, cuando menos.

Art. 47. Los acuerdos se tomarán por mayoría absoluta de votos, y en caso de empate decidirá el voto del Presidente.

Art. 48. Las sesiones serán públicas, pero podrán las Cámaras, á petición del Gobierno ó por decisión propia, constituirse en sesión secreta.

Art. 49. Las dos Cámaras podrán presentar mensajes al Emperador.

Art. 50. Las dos Cámaras podrán recibir peticiones de los subditos.

Art. 51. Una y otra Cámara podrán, además de las reglas consignadas en esta Constitución y en la ley orgánica, redactar reglamentos para el orden Interior de sus sesiones.

Art. 52. Los Diputados y los Pares no son responsables, fuera de las Cámaras, de las opiniones y votos emitidos en ellas; pero si publicaren sus opiniones en discursos, escritos, impresos ó por cualquier otro medio, quedarán sujetos al derecho común.

Art. 53. Los Diputados y los Pares no podrán ser detenidos durante la sesión sin el consentimiento de su respectiva Cámara, excepto en caso de flagrante delito ó de atentado á la seguridad interior ó exterior.

§ IV.—DE LOS MINISTROS DE ESTADO Y CONSEJEROS PRIVADOS.

Art. 54. Los Ministros de Estado y los Comisarios del Gobierno queden tomar asiento y usar de la palabra en una y otra Cámara.

Art. 55. Los Ministros de Estado prestan su concurso al Emperador y son responsables. Todas las leyes, órdenes y rescriptos concernientes á los asuntos del Estado deben ser refrendados por el Ministro respectivo.

Art. 56. Los Consejeros privados discuten, conforme á las reglas establecidas por la ley organizando el Consejo privado, los asuntos de Estado que les someta el Emperador.

§ V.—DE LA JUSTICIA.

Art. 57. Los Tribunales ejercerán el poder judicial en nombre del Emperador y conforme á las leyes.

Art. 58. Los jueces serán nombrados entre las personas que reúnan las cualidades exigidas por la ley, y no podrán ser destituidos sino por sentencia de los Tribunales ó pena disciplinaria. Una ley fijará las reglas de disciplina.

Art. 59. Los juicios serán públicos. Sin embargo, cuando haya en ello peligro para la paz, el orden público ó las buenas costumbres, podrá suspenderse la publicidad de los debates poruña ley ó por decisión del Tribunal.

Art. 60. La ley fijará las materias en que deban entender los Tribunales excepcionales.

Art. 61. Los Tribunales judiciales no podrán conocer de los procesos sobre lesión de intereses privados causada por actos ilegales de una autoridad administrativa, cuando estos procesos sean de la competencia del Tribunal administrativo, que se creará por una ley ulterior.

§ VI.—DE LA HACIENDA.

Art. 62. No pueden establecerse nuevos impuestos ni modificar se la cuota de los existentes sino por medio de una ley. Exceptúanse de esta disposición los derechos ú otros ingresos percibidos por la Administración con el carácter de retribución. Los empréstitos del Estado y los contratos que graven al Tesoro público deben someterse al voto de la Dieta imperial.

Art. 63. Los impuestos actuales seguirán recaudándose como hasta aquí, hasta que la ley disponga otra cosa.

Art. 64. Los gastos é ingresos del Estado deben ser sometidos en el presupuesto anual á la aprobación de la Dieta; é igualmente deberán serlo en su día los gastos que excedan de la cantidad consignada en presupuesto, ó que no hayan sido previstos.

Art. 65. Los presupuestos deben presentarse primero á la Cámara de los Diputados.

Art. 66. Los gastos de la Casa imperial se pagarán anualmente por el Tesoro, en el límite de la cifra actualmente consignada, sin necesidad de la aprobación de la Dieta, excepto el caso en que se estime necesario aumentar la cifra.

Art. 67. La Dieta imperial no puede, sin el consentimiento del Gobierno, suprimir ni rebajar los gastos establecidos por el po-

der constitucional del Emperador, ni los derivados de una ley ó de una obligación legal del Gobierno.

Art. 68. En caso de necesidad, puede el Gobierno pedir á la Dieta que apruebe los gastos sucesivos durante un número de años fijo.

Art. 69. Se creará un fondo de reserva para suplir las deficiencias inevitables del presupuesto ó subvenir á los gastos imprevistos.

Art. 70. Cuando, en caso de urgencia para el sostén de la paz pública, no pueda el Gobierno convocar la Dieta imperial por circunstancias interiores ó exteriores, podrá adoptar de orden imperial las medidas de hacienda que estime necesarias, á condición de someterlas á la aprobación de la Dieta en la próxima sesión.

Art. 71. Cuando la Dieta no haya votado el presupuesto, ó éste no haya podido formarse, el Gobierno aplicará el del año anterior.

Art. 72. La cuenta definitiva de los gastos é ingresos del Estado será revisada y juzgada por el Tribunal de Cuentas, y presentada por el Gobierno á la Asamblea imperial, con una relación de dicho Tribunal sobre la revisión. Una ley fijará la organización y atribuciones del Tribunal de Cuentas.]

§ VII—DISPOSICIONES COMPLEMENTARIAS.

Art. 73. Cuando se trate de reformar la presente Constitución, se someterá el proyecto á la Dieta de orden imperial. No podrá abrirse la deliberación en ninguna de las dos Cámaras sin la presencia de los dos tercios, á lo menos, de sus individuos, ni tomarse acuerdo sino por mayoría de los dos tercios de los individuos presentes.

Art. 74. El Estatuto de la Casa imperial puede modificarse sin la intervención de la Dieta; pero no podrá introducirse en él ninguna variante que modifique la presente Constitución.

Art. 75. Ni la Constitución ni el Estatuto de la Casa imperial podrán reformarse durante la regencia.

Art. 76. Las disposiciones legales vigentes, leyes, reglamentos ú órdenes que no contravengan á la presente Constitución conservarán toda su fuerza legal. Los contratos ú órdenes existentes que impongan obligaciones al Gobierno se registrarán por el art. 67 de esta Constitución.

sesión del martes 22 de diciembre de 1908.

El Sr. Sanz y Escartín: Lo que principalmente me propongo al tomar la palabra esta noche es rendir el tributo que merece la hermosa labor realizada por el Sr. Sales y Ferré, y sólo haré muy breves observaciones respecto de algunos puntos por él tratados.

Decía el Sr. Sales, al hablar del pueblo japonés, que sólo se asimila las creaciones inferiores de la inteligencia, por ejemplo, las ciencias militares, y que deja de lado las aspiraciones superiores del espíritu humano; y si bien el último día calificó á aquel pueblo de activo, inteligente y superior á los restantes de Asia, siempre queda en pie la anterior afirmación.

En cuanto á la obra de la educación en el Japón, decía que consistía en formar individuos negativos, sin libertad y sin iniciativas, como ruedas pasivas de un organismo, añadiendo que forma siervos y no hombres libres como los occidentales, y que es incapaz de reformar ni innovar nada de lo que sus antepasados le legaron. Agregaba además que en el estado de fijeza á que han llegado las razas, no pueden modificarse sus aptitudes.

He aquí la parte del trabajo del Sr. Sales y Ferré que me inspira más serias dudas, porque se refiere á lo que constituye en cierto modo el alma de un pueblo, su dirección espiritual, y me encuentro con los datos siguientes. Me encuentro, digo, con que, lejos de pretender suprimir al individuo, lejos de desconocer la personalidad en todos los elementos que la integran, la educación actual japonesa tiende precisamente á todo lo contrario; me encuentro además con que, lejos de ser un pueblo incapaz de innovar nada de lo que constituye la herencia de sus antepasados, es un pueblo que ha modificado sus costumbres, sus códigos, sus enseñanzas, su dirección intelectual, material y moral.

Pero vamos concretamente al punto de la educación en su aspecto más importante, la educación moral, con referencia al trabajo presentado por el delegado oficial del Ministerio de Educa-

ción de aquel pueblo al Congreso celebrado en Londres en Septiembre último:

De ese trabajo se deduce que allí se entiende que la educación moral en las Escuelas públicas debe ser enteramente independiente de las creencias religiosas, y es tal la importancia que se le atribuye que se ha creído que los libros que han de servir para texto de esta enseñanza en las Escuelas sólo deben publicarse por el Estado. A este efecto, en 1886, la Cámara de los Pares, y en 1898 la Cámara de Diputados, presentaron proposiciones para que se llevara á efecto por el Estado la formación de aquellas obras de texto de educación moral que habían de servir para formar la juventud.

Se nombró un comité, compuesto de personalidades eminentes, y presidido por el Barón Dr. Hiroyuki Kató, que, después de varios años de trabajo, publicó dos series de libros para las Escuelas primarias del Japón: ocho destinados á los profesores, uno para cada año pues ocho años duran allí la enseñanza elemental y la superior, y siete para los educandos, porque el primer año, no se enseña por medio de libros, sino valiéndose de figuras y grabados representativos de los ejemplos que deben seguirse. En estas obras se les enseñan las principales virtudes, desde la limpieza hasta las más altas, la cortesía, la regularidad en las costumbres, la confianza en sí mismo, la paciencia, el valor, la presencia de espíritu, la honradez, la condenación de supersticiones, el respeto á la fama de los demás |y el odio á la mentira, considerada como una verdadera deshonra.

Se enseña también la compasión, la perseverancia, la modestia, la dignidad, la confianza en sí, la firmeza, el respeto á la propiedad, á la libertad de los demás y á las leyes; la vigilancia de sí mismo, el modo de tratar á los animales, los deberes de los ciudadanos, etc. Véase, pues, si éste es un pueblo del cual puede decirse que no forma á los individuos.

Del escrito del delegado del Gobierno japonés, traduciré, de entre otras, las siguientes consideraciones. Habla con frecuencia del excelente estado de aquel Imperio y de sus buenas condicio-

nes, pero añade que, para no formar gentes envanecidas, debe explicarse á los niños que su país camina detrás de otros en cuanto á civilización y riqueza, y enseñarles que se necesita un trabajo perseverante para desenvolver los intereses de la nación, y que hay que ser bondadosos para con los extranjeros, demostrándoles respeto y cortesía, pues otra cosa, supone tanto como romper la ley de la hospitalidad, lo cual humilla al que lo hace. [Esto, en las Escuelas elementales!

«En resumen, dicen, afirmamos que se debe estimar al hombre por ser hombre, así que jamás debemos incurrir en falta de cortesía, ni tratar mal á ningún ser humano, sea cualquiera su raza y nacionalidad.» Y añaden: «Nosotros no hemos sido indiferentes respecto á la religión, pero nuestra fe no nos hace desear que no se debe ir á ningún fanatismo, y por eso nuestra constitución garantiza la libertad religiosa, sin que pueda molestar á nadie por cuestiones de fe.»

Y aquí viene casi lo más característico. Hay gentes, dicen los Manuales japoneses de moral, que, por el excesivo aprecio que hacen de sí mismas, desprecian á los otros países, y este sentir, estrecho y egoísta, no debe ser tolerado, pues hoy el intercambio es cada vez más íntimo y no se pueden sustentar prejuicios de esta índole, sino que debemos conocer bien á los demás y á nosotros mismos, felicitándonos de los progresos ajenos y procurando no quedarnos postergados, reconociendo que en cuanto á riqueza, industria y comercio estamos detrás de los grandes poderes de Europa y América, así como en lo que hace á los progresos de las artes. Nada más urgente que desarrollar nuestros recursos.

Dicen que la riqueza y la fuerza de una nación (y llamo la atención de la Academia, y especialmente del Sr. Sales y Ferré sobre este punto) no dependen principalmente de su Ejército y de su Marina, ni del tamaño del territorio, ni del número de sus habitantes, sino que tiene más valor lo que *cada uno* de sus miembros haga por su parte. Así, en la batalla de Trafalgar, Nelson levantó una enseña para alentar á sus hombres en su barco, en la que se leía: «Inglaterra espera que cada uno cumplirá con su deber», y

ellos dicen que estas palabras constituyen una regla de oro que debe adoptar todo pueblo digno. Cumplir cada uno con su deber significa realizar el fin que cada cual tiene asignado, y cualquier ocupación honrada es buena y conveniente para la prosperidad del país.

Se ve claramente que no tratan allí de formar personas que no sepan conducirse á sí mismas y que no tengan iniciativas, sino que se les dice, como en cierto modo debe decirse á los soldados: «Perteneceís á una colectividad, pero sois hombres»; y la guerra de la Mandchuria nos demuestra que son hombres de iniciativas, que juzgan en cada caso lo que deben hacer.

Creo, por consiguiente, que no era del todo exacto lo que decía el Sr. Sales y Ferré, y que hay que hacer justicia al pueblo japonés, que se educa, no para obedecer ciegamente á la voz de mando, sino para que cada uno de sus individuos pueda en toda ocasión obrar con arreglo á la razón y al deber.

Respecto á la cuestión de la fijeza de las razas, me separaba también del Sr. Sales, que parecía que de una manera definitiva juzgaba que el pueblo japonés no podría nunca salir de cierto estado inferior ni llegar á lo que representa la superioridad en el orden de la civilización, á las altas especulaciones del espíritu.

Lo consideraba como un pueblo *gregario* y vinculaba, por decirlo así, la civilización en los pueblos de nuestra raza, ella. Yo pensaba acerca de esto que cuando hace cuarenta ó cincuenta años se hablaba de los Estados Unidos se decía que era un pueblo muy adelantado desde el punto de vista mercantil; pero que allí no había poetas, ni filósofos, y que las altas especulaciones científicas no tenían condiciones de desarrollo. Pues bien, todos sabemos que hoy en los Estados Unidos se cultivan todas las ciencias y las artes, quizá con mayor amplitud de horizontes que en Europa, y así tienen poetas como Emerson, novelistas como Marión Crawford, hombres de ciencia como Edison. Allí, como en todas partes, lo primero fué la formación de la fuerza, del vigor, la base de sustentación de lo que constituye la cultura del espíritu humano, pues una vez conseguido esto viene todo lo demás.

Yo no he creído nunca en esta fijeza absoluta y universal de las razas. Las variaciones del ambiente social, la invasión de nuevas ideas y costumbres, el choque con otros pueblos, todo esto es susceptible de dar á las razas apagadas un estímulo de nueva vida. Esto se ha visto muchas veces en la historia de la civilización. Durante mucho tiempo, los japoneses han vivido en verdadera servidumbre, sin mostrar iniciativas que no podía haberlas cuando todo estaba determinado, desde el nacimiento hasta la muerte, aun en sus más pequeños detalles, por el Poder público. El rito, el detalle, la ceremonia, son como es sabido la característica de los pueblos atrasados y meras supervivencias en los pueblos cultos. Pero el pueblo japonés, desde que ha empezado á mezclarse con otros y á estudiarlos, está cambiando rápidamente, y esto mismo está ocurriendo hoy con el pueblo chino, al cual vemos en vísperas de realizar una gran transformación, pues la raza amarilla no es, como se supone, inferior á la blanca, y no creo que debemos tener tal injustificada vanidad.

Y como no he querido hacer un discurso, sino que mi pensamiento era, después de tributarle justos aplausos, poner de manifiesto las ideas en que disintimos el Sr. Sales y Ferré y yo, creo que debo concluir. Pero antes ruego á su señoría se fije en esto: Si el hombre ha podido evolucionar desde la casi animalidad hasta su estado actual, ¿cómo un pueblo mantenido coactivamente en la inercia, más ó menos tiempo, no ha de poder romper sus ligaduras y llegar á donde lleguen los demás, sobre todo si mantiene incólume su vigor orgánico?

A mi juicio, no cabe ninguna duda sobre este particular, y creo firmemente que aquel pueblo tiene la misma posibilidad de llegar á un alto grado de civilización que todos los pueblos europeos. Y no tengo más qué decir.

Sesión del martes 26 de Enero de 1909.

El Sr. Salvador (D. Amos): No recuerdo si lo he dicho en otra ocasión; si lo he dicho, lo repito, y si no, lo digo ahora: á mí me *azora* la presencia del taquígrafo.

Tendría yo el mayor gusto en dar mis opiniones sobre las cuestiones que en la Academia se discuten, en términos familiares y sin ninguna preparación, para lo cual me falta siempre tiempo y salud; pero la presencia del taquígrafo hace forzoso el corregir las cuartillas, volviendo á pensar sobre el asunto, y una de dos: ó se enmienda y esclarece, y deja ya de ser lo que se dijo, ó se deja á sabiendas mal lo que acaso se improvisa. Y viene después la corrección de galeradas y de capillas, todo lo cual lleva un tiempo de que no se dispone, y, por último, se da á la publicidad, cosa que puede ser indigna de la Academia y de uno mismo, puesto que siempre se harán mejor las cosas bien estudiadas que las que se improvisan ó piensan poco.

Tiene además otros rasgos de antipatía el tomar ahora parte en este debate.

Cuando se ha elevado á la altura que todos habéis visto por cuantos en él han intervenido, no es agradable intervenir con la seguridad de rebajarlo desmesuradamente.

Y como si esto fuera poco, aun hay algo más desagradable que es el declarar que para resolver el problema que se discute se necesita conocer mucho las cosas del Japón, y que yo no las conozco ni siquiera poco.

Paréceme que basta lo que digo para demostrar que entro descorazonado en este debate, y no para resolver el problema, sino para hacer sobre él observaciones y nada más que observaciones.

De una parte, como se verá cuando resuma, lo veo ya resuelto por los que me han precedido, y de otra no me convencen los medios empleados para resolverlo. ¿Por qué esto último?

Por dos razones principales: porque no sólo se necesita estar **muy** al corriente de las cosas del Japón para contestar á la pre-

gunta del tema, sino para entender los razonamientos que se hacen al contestarla; ¡nueva declaración de insuficiencia que tampoco es agradable, aunque sea cierta! Y después, porque nadie puede dejar de llevar á todas partes su contextura especial; y á mí me sucede que, más versado ó más aficionado á las ciencias fisicoquímicas y exactas que á las morales y políticas, quisiera ver, al tratar de éstas, el imposible de aplicarles demostraciones experimentales ó racionales que no les son en manera alguna aplicables.

Así, por ejemplo (y os ruego que me dispenséis esta y otras digresiones, porque á eso sólo ha de limitarse mi discurso), á mí no me convencen los razonamientos que tienden á demostrar la influencia en el medio siglo último de otros antecedentes y otros tiempos, sin negarles por eso importancia, y precisamente porque se la concedo viene mi duda y la necesidad de esclarecerla, y para ello el consultaros.

De la red de meridianos y paralelos en que cada país se enclava nacen condiciones geográficas, climatológicas y de raza, de las cuales arrancan costumbres, religiones, estados políticos y, para decirlo con una sola palabra, su historia en todo género de manifestaciones; pero si la historia de todas ellas sirviera para explicar un fenómeno social extraordinario, realizado en la última media centuria, natural era preguntar por qué no se había realizado antes; puesto que si el abolengo era la causa, y las causas producen efectos, y siempre las mismas causas producen los mismos efectos, es inexcusable el pensar ó que el tema que discutimos nada tiene de extraordinario y que es una simple evolución que obedece á los antecedentes, ó que ha debido producirse antes y no esperar al momento presente, ó que han de señalarse causas especiales y no históricas, que han determinado esa especie de explosión que se observa en la civilización japonesa.

El haber empleado la palabra explosión me recuerda el compromiso que he contraído de demostraros que, lejos de negar importancia á los razonamientos históricos, se la concedo, y muy grande, sin que por eso me convenzan en el actual momento.

¿Puedo yo olvidar que en las fuerzas naturales las hay en acción y en estado potencial? ¿No pudieran compararse á ellas las fuerzas sociales?

Yo sé bien que mezclando materias tan inofensivas como el carbón, nitrato de potasa y azufre se forma un conjunto que se llama pólvora, y que en tal estado persistirá sin peligro para nadie por tiempo indefinido, pero que si una chispa cae sobre la mezcla se verificará la explosión. Asimismo, combinando la glicerina con los ácidos nítrico y sulfúrico se obtiene la nitroglicerina, y mezclando ésta con arena, arcilla ó substancias parecidas inertes se obtiene la dinamita, con la cual se juega impunemente, hasta que un movimiento vibratorio enérgico comunicado por un choque ó un fulminante le hace estallar con fuerza maravillosa. ¿Por qué no considerar los elementos históricos como fuerzas potenciales, capaces de estallar en un instante preciso? Pero ¿cuál es la chispa, cuál es el movimiento vibratorio? ¡A eso voy! Pero antes (y ya os he anunciado que este discurso sería una serie de digresiones, y nada más) quisiera esclarecer el concepto de evolución que hubieran producido las causas anteriores al fenómeno que estudiamos, ó de revolución provocada por nuevas causas, movimientos vibratorios ó chispazos sociales.

Mi poca afición á aceptar cosas extraordinarias y milagrosas me hace querer siempre comparar los fenómenos sociales con los naturales, y al estudiar éstos me tropiezo con una frase tan universalmente tenida por exacta como embustera si no se esclarece su significado.

Natura non fecit saltum es la frase á que aludo, es decir: la naturaleza no procede por saltos, obra de una manera continua, por evolución, y, sin embargo, ella nos da los ejemplos más estu-
pendos de movimientos bruscos y revolucionarios.

En otra ocasión, no sé con qué propósito, pero rogando al taquígrafo que no tomara notas, como lo hice al discutirse las fuerzas comparativas de Rusia y el Japón al empezar la guerra, y cuando discutimos aquí el cambio internacional, y otras veces, exponía yo cómo la ciencia moderna considera ya al universo

como un depósito infinito de radiaciones infinitas, de las cuales conocemos una media docena, aquellas para las cuales hemos descubierto los organismos capaces de hacerlas sensibles á nuestros sentidos, cómo las radiaciones son fuerzas naturales y cómo el desequilibrio de esas fuerzas, haciéndose una cualquiera dominante, produce asombrosas catástrofes. No hablemos ya de aquellas que pueden tener asiento en el mundo sideral, baste para ello fijarnos en las que se realizan en nuestro propio globo y veremos cómo fenómenos naturales tan sencillos como el desequilibrio de temperaturas, la acumulación de electricidad en las nubes, cargadas de humedad, etc., producen los vientos huracanados, ciclónicos, los movimientos sísmicos, la aparición de volcanes en ignición, el rayo, las lluvias torrenciales y las inundaciones más devastadoras; de modo que, aun sin pensar en lo que serían estos fenómenos en los orígenes de la tierra en que vivimos, cuando la naturaleza de su atmósfera era tal que sus lluvias torrenciales, alteraban la distribución de los continentes y mares, variaban la conformación orográfica, triturando las más duras rocas y dando á otras nacimiento, etc., etc.; sin salirnos de los tiempos actuales no podemos menos de considerar estos fenómenos como cosa extraordinaria, brusca y revolucionaria y de todo en todo opuesta á la afirmación de *natura nonfecit saltum*.

No obstante, la afirmación resulta exactísima, si se atiende á que esos movimientos son instantes en la vida infinita del universo y á que la duración de todos ellos ocupa un espacio insignificante sobre la línea infinita del tiempo. En tal concepto, y sólo en tal concepto, puede afirmarse que la evolución es el fundamento de la vida cósmica y, en mi sentir, de la vida social.

Pero, de todas suertes, ni en una ni en otra vida podemos negar la realidad de los fenómenos revolucionarios; y aparte otras varias condiciones que no son del caso, pueden definirse y distinguirse de los evolucionarios en que la diferencia entre dos estados, uno anterior y otro posterior, es muy grande, y en que el tiempo transcurrido entre esos dos estados es muy corto.

Y aquí nos salen al paso otras dos ideas que por su relatividad

no tienen sentido. ¿Qué es diferencia grande? ¿Qué es tiempo corto? ¿Cuál es la unidad de medida de esas cantidades? Porque sin saberse eso, ¿qué significación puede tener el decir que es revolucionario todo lo que produce efectos muy intensos en poco tiempo, brusca ó rápidamente?

Pero por encima de todo está la conciencia racional (y valga la frase) que tenemos de las cosas que pasan á nuestra vista, gracias á la cual no concebimos una revolución política que dure siglos, como no sea en las consecuencias á que dé margen ó provoque el primer movimiento tumultuoso y propiamente revolucionario, que es siempre de una duración á la que al llamarle corta sabemos á qué atenernos.

Y así puede suceder que, siendo grande la diferencia entre dos estados diferentes de una cosa, y, por lo tanto, revolucionaria, el tiempo transcurrido haga pensar en una revolución evolutiva, ó, recíprocamente, en una evolución revolucionaria, que son dos términos intermedios entre la revolución y la evolución propiamente dichas.

Sin pasar adelante, porque el examinar detenidamente lo que pudiera pensarse que era tan sólo un juego de palabras sería interminable, el sentimiento de las cosas que vivimos nos hace pensar en que el movimiento civilizador del Japón, ni por el camino andado, ni por el tiempo empleado en recorrerlo, ó sea medio siglo, es un movimiento revolucionario propiamente dicho, sino una evolución más ó menos revolucionaria, según quienes aprecien el estado actual ó posterior comparado con el anterior separado de éste por media centuria.

En seguida veremos cómo de los discursos aquí pronunciados debe deducirse que es mucho menos revolucionario, excepcional ó extraordinario de lo que pudiera pensarse al examinar el tema, que no se hubiera puesto á discusión si no participara de estas ideas, puesto que no se trata de explicar algo natural y corriente, sino verdaderamente extraño y digno de fijar la atención; pero suponiendo que en ese movimiento civilizador hubiera mucho de revolucionario, que en mi sentir no se explica por razones históri-

cas de ninguna índole, á no considerarlas como fuerzas potenciales acumuladas y dispuestas á estallar, ¿cuál es la chispa, cuál es el movimiento vibratorio, cuáles son las nuevas causas que han contribuido á que la explosión se realice?

Aquí entro en otro juego de palabras ó de ideas que me conviene igualmente aclarar, porque no se nos cae de la boca la afirmación de que el mundo está dominado por las ideas, que éstas lo son todo y los hombres nada, que desgraciados de aquellos que siguen á los hombres y no á las ideas, porque ellos, según frase corriente, no irían á ninguna parte; que los hombres pasan y las ideas quedan; que siguiendo á las ideas no importa la compañía de hombres en que se haga el recorrido, y otras cosas por el estilo, que ahora ampliaré; pero si no se colocan las cosas en su punto, lo que en el fondo puede ser una gran verdad llegaría por la exageración á extremos inexactos é insostenibles.

¿Cómo puede llegarse á la necedad de negar la importancia é influencia de las ideas? No sólo es exacto en cierta medida cuanto acabo de decir, y que ellas alientan, estimulan, dirigen, empujan y arrastran á los hombres, que pasan unos después de otros mientras ellas quedan, sino que en cierto sentido que pudiera tenerse por figurado, cuando tiene un fondo innegable de realidad, ellas engendran y forman á los hombres mismos, que son unos ú otros, según el medio de cultura en que viven y las ideas que respiran. Pero no es menos cierto que las ideas necesitan por lo menos un vehículo que las lleve, y ese vehículo es el hombre, que sólo pasa individualmente y no como colectividad; que si el hombre, en general, ó sea la humanidad, pasara ó desapareciera, no quedaría ni rastro de ideas sobre la tierra; que éstas no nacen espontáneamente y sin cultivo, como los hongos, sino que, por el contrario, sólo germinan en campos muy cultivados, y sólo crecen y se desarrollan en el invernadero de nuestros cerebros; de suerte que no es solamente el hombre vehículo que transporta y expone y vulgariza las ideas, sino quien las crea de verdad, porque nadie pudiera imaginar la existencia de la más insignificante,

siquiera fuera del tamaño de un anís, sin la aparición del hombre sobre el globo.

Esto me ha hecho decir alguna vez que con unos y otras se pudieran levantar los mundos, haciendo el hombre de palanca, y de punto de apoyo las ideas. Otros dirán lo contrario con igual razón, ó que nada vale la palanca sin el punto de apoyo, ni éste sin aquél para igualar el valor de ambas cosas; y porque no son teoremas que racionalmente se demuestren, es por lo que necesitan éstas esclarecerse en su concepto fundamental; pero, sea de esto lo que quiera, yo no he visto jamás, ni cabe concebir ideas que por sí mismas hagan camino con independencia de los hombres, ó, mejor dicho, del hombre, mientras que éste por sí solo las reproduciría cuando desaparecieran de la tierra; yo no quisiera ir á ninguna parte con buenas ideas sembradas en malos hombres, en tanto que esperaríá tranquilo la cosecha, que recogieran los hombres buenos, en cuya compañía se puede ir siempre, aunque en ellos no se hubieran sembrado las mejores semillas; y de todas suertes, hagan ó no las ideas ó los hombres la revolución, yo no he visto que éstas se realicen jamás políticamente sin que coincida con ella la aparición de hombres ilustres que han servido para darles á todas representación plástica.

¡Si hiciéramos desaparecer de la historia ciertos personajes que la encarnan, nos parecería que desaparecerían también con ellos los períodos históricos en que intervinieron!

Por eso me contentaría yo con que por el camino que ya empezó á recorrer el Sr. Sanz y Escartín se me dijera cuáles eran los grandes hombres del Japón en los últimos cincuenta años; porque con ellos, que serían por lo menos el chispazo que busco, me explicaría yo mejor el fenómeno que estudiamos que con razonamientos de otra índole; pero aun este concepto necesita esclarecimientos.

Es indudable que prosperan los pueblos por la aparición de hombres, propios ó extraños, de verdadero genio, así como es innegable que un descubrimiento científico puede cambiar **una** civilización por completo; pero la influencia en ese cambio no

corresponde tanto á los inventores de las ideas como á los popularizadores de ellas. Los genios crean, descubren, inventan, así como los sabios desenvuelven y perfeccionan; unos y otros dan los fundamentos de la nueva construcción y aun sobre esas fundaciones construyen; pero no la hacen habitable, porque han nacido para establecer las grandes líneas arquitectónicas, mas no para examinar los detalles de divisiones y ornamentación, que les harían perder un tiempo que para lo más grande necesitan. Las ideas de los genios llegan pronto á los sabios, y es, sin embargo, preciso que lleguen á los pueblos para que surtan efectos civilizadores, y de esta altísima tarea se encargan los artistas, que toman las ideas en el laboratorio ó en el cerebro de los grandes hombres y se encargan de vulgarizarlas y de hacerlas no sólo conocidas, sino amables, por medio de la poesía, por ejemplo, de la literatura, y singularmente de la palabra hablada, que es el medio de vulgarización y de persuasión más poderoso que conoce el hombre.

Repito, pues, que á mí me bastaría con que vosotros, que estáis tan al tanto de las cosas del Japón, me dijerais cuáles han sido sus hombres de ciencia, y singularmente sus literatos, sus poetas y, mejor aún, sus grandes oradores en ese último período de cincuenta años, para que, estudiando la obra de esos hombres, me explicara el problema que estudiamos, si es que hay problema.

Yo tenía que examinar los dos casos; y respecto del primero, es decir, que sea portentoso el desarrollo civilizador del pueblo japonés, ya he hecho las objeciones que me han parecido oportunas; pero ¿hay tal problema? ¡Parece que no, según se desprende de los discursos que han precedido á éste, si éste es discurso!

Si el movimiento hubiera sido revolucionario, no sólo habría cambiado de una manera radical la esencia del pueblo japonés, sino que se habría realizado rápidamente; pero, de una parte, y para eso han servido las digresiones que preceden, ya hemos visto que, dentro de la relatividad de los tiempos, el período de

medio siglo no es tan corto en las revoluciones políticas que podamos considerar como tal propiamente dicha á la realizada en el Japón; y de otra, cualquiera que sea la importancia que señalemos á la duración del fenómeno de esa transformación, la intensidad con que se revela al apreciar los dos estados correspondientes á los límites de ese tiempo, no permite, según vuestros discursos anteriores, afirmar otra cosa que una evolución ordinaria y que nada tiene de portentosa.

Fijaos bien en que si demostráramos que el pueblo japonés había llegado á un alto grado de civilización al comenzar el medio siglo que estudiamos, mucho más alto de lo que las gentes piensan, ó, por el contrario, demostráramos que está muy lejos de haber llegado al final de ese período al grado de perfeccionamiento que muchos suponen, habríamos reducido mucho la intensidad del fenómeno ó el valor de la transformación; y no hay para qué decir que si á la vez se demostraran las dos cosas habría desaparecido el problema. ¡Y precisamente se han demostrado aquí las dos cosas!

De la primera parte se encargó el Sr. Sanz y Escartín, y salta á la vista que no es lo mismo pasar rápidamente del estado salvaje á un alto grado de civilización, ó de un grado á otro siquiera, que pasar de una civilización muy avanzada á otra distinta asimilándosela, porque ya no es una maravilla el perfeccionamiento ó el progreso, sino una transformación muy hacedera en los pueblos verdaderamente civilizados. Civilizarse es difícil; pero es mucho más sencillo, una vez civilizados, y precisamente por serlo ó estarlo, el acomodarse á otra civilización acaso del mismo grado, pero distinta.

Y de la segunda parte se encargó en primer término el señor Sánchez de Toca, y después el Sr. Sales y Ferré, en términos tan elocuentes y persuasivos que nos dejaron la impresión, mejor aún, el convencimiento de que el pueblo japonés no sólo no se ha asimilado la civilización occidental, sino que persiste en la suya propia: no sólo tiene su civilización distinta de la europea, sino que, en vez de tender á asimilársela, se empeña en recordar la

más antigua si hubiese sido transformada; no sólo, en fin, han adquirido poco y más de forma que de fondo de la civilización occidental, sino que ese poco será forzoso que lo abandonen porque será su propia ruina, desde los puntos de vista administrativo, económico y político examinados por el Sr. Sales y Ferré.

¿Qué queda ya del problema? La impresión producida en el mundo entero por los triunfos militares conseguidos primero contra los chinos y después contra los rusos; pero precisamente he pedido la palabra para demostrar, ya que mis aficiones militares me han hecho pensar algo sobre esas guerras, que los triunfos alcanzados más se deben á la influencia de sus antiguas condiciones de raza, de religión y, en suma, de su antigua civilización, que á las ideas marciales importadas de Occidente.

Diréis ahora, y con razón, que ya es hora de que entre en materia, pero después diréis que la cabeza ha sido muy gorda para cuerpo tan raquíptico como el que ha de resultar para lo que es tengo que añadir. ¡Ya os he pedido paciencia!

Es muy difícil pensar que el pueblo japonés no ha llegado á un alto grado de desarrollo, por lo menos industrial, cuando se nos dice que allí se construyen acorazados de combate, en los que se resumen todos los adelantos de la ciencia moderna y de las artes industriales; pero no es lo mismo producir objetos de éstos, del orden que se quiera, con una gran perfección, cuesten lo que cuesten y pagúelos quien los pague, que producirlos económicamente y de toda índole para imponerse en los mercados del mundo. Cabe, pues, que el desarrollo industrial de un pueblo sea embrionario y que el Estado construya perfectos acorazados de combate: de lo primero y de las aptitudes comerciales del Japón han dicho cuanto hace falta los que me han precedido, y no han dejado de decir algo de lo segundo al negarles genio de invención y reconocer aptitudes de imitación y constructivas estimabilísimas, porque, en suma, no han hecho en el acorazado más que apropiarse lo inventado por otros y utilizar las condiciones* excepcionales del obrero japonés. Reconoció, sin duda, el Japón que los pueblos se gobiernan con las buenas leyes y con las buenas

armas, y dando más á lo último que á lo primero, se propuso ser una nación guerrera y poderosa por las armas. Y desde ese momento se tuvo que someter á las nociones más admitidas en el arte de la guerra, como es la de que todo en los ejércitos sea nacional, si es que se quiere tenerlos.

Antes de pasar adelante quiero hacer una manifestación, para no acabar con las digresiones.

En cuanto os haya de decir podréis ver repeticiones de cosas que ya he dicho en el Congreso, en el Senado, en el Ateneo, en revistas militares y singularmente en el Centro del Ejército y de la Armada; pero yo no tengo la culpa de que en Centros muy diversos tenga que discutir las mismas cuestiones, aunque sea con propósitos diversos y para sacar también consecuencias diversas, porque yo no sé tratar los mismos asuntos sin emplear los mismos razonamientos.

Así es que en un discurso que hice para combatir la construcción de la escuadra, y en otras ocasiones, he dicho con estas mismas palabras que desde el botón de la guerrera de servicio del soldado, hasta el acorazado de combate, todo ha de ser nacional en las fuerzas marciales para que sean eficaces.

¿De qué sirve hacer remontas en el extranjero durante la paz si cuando llegue la guerra no permitirá la neutralidad que otras naciones nos den caballos, y no los tendremos nuestros ni ajenos? ¿No vale más conformarse con los que se tiene, y que no faltaran nunca mejores, ó peores?

¿De qué sirve tener cañones perfeccionados, y que por lo mismo se inutilizarán fácilmente, si no podremos substituirlos en caso de guerra?

¿De qué sirve tener los armamentos más perfeccionados si no se construyen en el país las municiones, que faltarán en la guerra, siendo entonces menos útiles las armas de fuego que las blancas?

¿De qué sirve tener escuadras de acorazados comprados en el extranjero, que por la complejidad y delicadeza de sus cientos de organismos sufren averías con sólo navegar en escuadra, si no se

tienen puertos de refugio, astilleros, diques de carena nacionales, para repararlos? Si no tienen casa propia donde refugiarse y en tocando puertos extranjeros han de ser desarmados, ¿de qué sirven?

El Estado debe pensar seriamente si desde puntos de vista económicos le es dable hacer esos enormes desembolsos, poniendo en la balanza todo género de ganancias y pérdidas, aun las de índole moral, que no pesan poco; y si no puede acometer esas empresas, renunciar á tener ejércitos destinados á la derrota, cuando deben crearse para la victoria.

Por eso los japoneses construyen todos los armamentos de todo género, valiéndose de las condiciones excepcionales de sus obreros; pero el desarrollo de su industria es puramente militar.

Pero como esto ha sido aquí ya en cierto modo dilucidado y no entra en el plan de lo que me propongo decir, lo doy por esclarecido, y vamos á la guerra.

Ahí se ve, en mi sentir, cómo las victorias se han debido más á las condiciones excepcionales del soldado japonés que á determinaciones geniales en la conducta de los ejércitos.

La guerra es tanto más civilizada cuanto más rápidamente resuelve las campañas y con menor efusión de sangre; y no representan, en cambio, adelanto alguno, antes bien serían manifestación de retroceso en el arte de la guerra, las campañas que se ganaran por el sacrificio prodigado de vidas humanas. Llegaron al mayor grado de grandeza en las guerras napoleónicas, en las que cada una se caracterizó por dos grandes batallas, una para abrirla y otra para terminarla; de las que decían los soldados que eran ganadas por sus pies más que por sus manos, porque sin hacer uso de las armas se apoderaban de las del enemigo á montones, y con operaciones ó movimientos tomaban plazas y rendían ejércitos; pero eso es precisamente lo contrario de ganar campañas á fuerza de batallas y batallas, á fuerza de vidas sacrificadas acaso innecesariamente, cosa que ha sido no sólo hacedera, sino fácil, tratándose de un pueblo, y singularmente de un soldado, en cuya religión se da culto á los antepasados y se cree

en la transmigración, de suerte que nadie cree que muere, sino que vive de nuevo al dejar esta vida; nadie teme el perderla por sacrificio, antes por el contrario, lo buscan y solicitan, y se ven contrariados cuando no lo encuentran.

Es axioma de guerra que nadie es vencido si no quiere serlo, porque basta para ello resignarse á morir; habrá victoria, pero no habrá derrota, vencerá el que logre el objetivo que se proponga, pero no será vencido el que muera; de modo que soldados decididos á morir, probablemente y por causa de semejante decisión, serán vencedores, pero vencidos, nunca.

Así es que el soldado japonés se ha batido en condiciones de disciplina, de obediencia y de heroicidad no superadas por nadie y ha tomado posiciones y ganado combates á cambio de sangre vertida y de vidas sacrificadas; pero ahora veremos cómo la dirección de la guerra, lo que representaría el haberla hecho verdaderamente civilizada, no ha llegado todavía á esa altura, sino que, por el contrario, merece algunas veces censurarse.

Tenemos, pues, que distinguir lo que es conducta de la guerra y manera de combatir, lo que es del general-jefe y del soldado, que es quien ahora ha decidido las campañas; lo que es, en suma, estrategia y lo que es táctica; pero... ¡ya me sale al paso otra digresión!

¿Qué hago? ¿Entrar de lleno en el estudio de la campaña ruso-japonesa, descendiendo á todos los detalles y empleando un léxico con el que mis aficiones han podido connaturalizarme, para que me digáis, y con razón, que el haber leído cuatro libracos no me da derecho á darme tono entre vosotros suponiendo que conocéis lo que no sé por qué han de conocer los hombres civiles?

¿O tomar el camino opuesto, ya que para ser entendido por vosotros hablo, y explicar todos los conceptos guerreros, aun los más sencillos, de que haya de hacer aplicación para que me digáis, con igual razón, que os ofendo al suponer que no ha llegado vuestra cultura general á conocer cosas tan al alcance de todos como son las líneas generales, de que no he de salir?

Y entre estos dos extremos, que me deben estar igualmente

vedados, ¿acertaré con el justo medio? ¡Será difícil! Pero el haber expresado mi propósito será bastante para que ya me perdonéis el desacierto.

Varía mucho entre los hombres de guerra el concepto de la estrategia.

Para unos, el estratega prepara en la paz y maneja en la guerra los elementos de toda índole que necesitan cuantas operaciones se ideen con el fin de ganar la campaña, mientras otros limitan su campo á la segunda parte.

Aun abierta la campaña, piensan unos que es estrategia cuanto depende de la dirección suprema; y como ésta no falta en ninguna operación ni combate, lo es todo, pero se divide en dos partes: una, para llevar todos los elementos de combate al campo de batalla, y que se realiza fuera del alcance eficaz de las armas, á la que se llama logística, y otra, en la que se hace uso de las armas combatiendo, y que se llama táctica.

Dicen otros que es estrategia cuanto se hace sin combatir, y, por lo tanto le pertenece la logística, pero no la táctica. Otros le dejan tan sólo la concepción de los planes y operaciones, llamando táctica á todo lo que es ejecución é incluyendo en ésta la logística.

Y, finalmente, y es lo más general, aunque no sé si lo más acertado, se declaran los tres conceptos independientes, siendo estrategia cuanto es concepción de las operaciones y planes; logística, el movimiento de los elementos, obedeciendo al plan preconcebido, para llevarlos al campo de batalla; y táctica, á cuanto se ejecuta combatiendo.

Sea de esto lo que quiera, para nuestro objeto lo que nos interesa es distinguir entre lo que es dirección ó conducta de la guerra y lo que es combatir, por las razones que dejo apuntadas.

A esto último llamaremos táctica, pero en ella necesito hacer una distinción, de que me serviré más adelante, á saber: la que combate combinándose con la fortificación permanente ó pasajera del campo de batalla, que se llama poliorcética, y la que sólo emplea las maniobras, acomodándose al terreno y no utilizando

trabajos de fortificación, como no sean tan pasajeros que puedan instantáneamente improvisarse, y que se llama magética.

Ahora bien: el objeto de la táctica es la batalla, y para el nuestro nos interesa decir algunas palabras de los tres géneros de tilas que se conocen, á saber: batallas preparadas, batallas de encuentro y batallas sin choque.

Esta antigua denominación no puede hoy aceptarse sin algunos esclarecimientos que varían su concepto.

En la primera denominación se incluían antes las batallas propiamente dichas, cuando se batían los ejércitos en puntos donde debieran batirse, por tenerlo previsto así en las operaciones ideadas; y se llamaban de encuentro cuando se tropezaban impensadamente y sorprendiéndose mutuamente; pero esto ya no es posible, dado el uso que se hace de la caballería y la facilidad de transmitir las noticias de todo género; y siendo imposible la sorpresa, ó habría de pensarse que ya no habría nunca batallas de encuentro, ó darle otra significación.

Así deben llamarse ahora á las batallas, en las que, lejos de ir á buscar al enemigo en el campo donde espera y de antemano previsto, se le obliga á salir de ese campo, amenazando las comunicaciones con su base, para salvarse de un grave apuro y haciéndole forzoso el combatir donde no lo esperaba.

Extraña mucho el nombre de batallas sin choque, que parece contradictorio, porque la batalla es el choque, y si no hay choque ¡no hay batalla! Se concibe, sin embargo, que sean tales las operaciones realizadas por un ejército, que coloque al otro en situación desesperada para combatir y en la necesidad de rendirse: los movimientos han dado ganada la batalla que se pretendía dar, ó, lo que es lo mismo, la han ganado sin choque.

Resulta, pues, que hay batallas en campo previsto, en las que la táctica es poliorcética: batallas de encuentro, en campo no preparado ni previsto, en las que la táctica es magética, porque no utiliza la fortificación, y batallas sin choque, en las cuales no se utiliza ni la fortificación, ni las maniobras, ni las armas, porque se ha resuelto por la prolongación del impulso estratégico.

Sentiría mucho que estas indicaciones os parecieran excesivas, pero las necesito para justificar las afirmaciones que ahora mismo haré y que seguramente ya presentís.

El arte de la guerra, como veis, se dignifica y sublima, y la alta dirección alcanza el mayor grado de autoridad y prestigio con las batallas sin choque, no sólo por la rapidez con que resuelven el conflicto guerrero, sino porque se logra con el menor derramamiento de sangre posible. Al exponer estas mismas ideas, aunque en otra forma y con distintos propósitos, en el Centro del Ejército y de la Armada, citaba el movimiento de Napoleón sobre Ulm, como ejemplo maravilloso del poder de una dirección genial.

Cuando las operaciones estratégicas no son poderosas para llegar á resultados marciales de esa importancia, demuestran, no obstante, el poder del genio en la conducta de la guerra, provocando batallas de encuentro, batallas en las que, como dejo explicado, se obliga al enemigo, con la habilidad de esas operaciones, á salir del campo de batalla, atrincherado y previsto, donde dispone de todas las ventajas y multiplica sus fuerzas, para batirse en otro campo, donde las pierde, ó en el mismo, pero en condiciones inesperadas de ataque en que resalte para el ofensor las ventajas de la ofensiva. Marengo, entre otras batallas, podría servirnos de buen ejemplo.

Y, finalmente, lo último que hay que hacer en la guerra, lo que más rebaja la categoría, autoridad y prestigio de la dirección, sin que esto quiera decir que no sea muchas veces absolutamente forzoso el comportarse de ese modo, es el ir á buscar al enemigo donde á éste le conviene, donde espera atrincherado y fortalecido, donde la ofensiva hallará mayores dificultades y donde, en suma, será forzoso reunir más elementos de combate y sacrificar más vidas en un género de batallas que se caracterizan por lo cruentas.

Ya se ve claramente, y á esta conclusión me convenía llegar, que en las unas casi todo lo hace el estratega, el General Jefe, y casi nada el soldado, mientras que en las otras, las condiciones

de obediencia, de disciplina, de valor y de sacrificio del soldado hacen casi todo; en las unas vence el genio, y en las otras el heroísmo; en las unas el mando y, si se me permite la frase, la civilización guerrera, y en las otras, las condiciones de raza ó características de un pueblo.

Si todavía tenéis alguna paciencia, permitidme el recuerdo de algunos aforismos de guerra antes de entrar en materia, con lo cual lo que vamos perdiendo en digresiones, que va siendo mucho, lo ganaremos en laconismo para sacar las consecuencias, reduciéndolo acaso á unas cuantas palabras.

El objetivo principal en toda campaña es el ejército, contrario. La red de fortalezas sólo es eficaz cuando forzosamente han de ser atacadas, y todas caen cuando su ejército sucumbe, así como todas resurgen y rediviven cuando su ejército se rehace. Vale más que ellas, en general, la red de comunicaciones, que dan movilidad y rapidez á las fuerzas marciales, sacando el mayor partido de la ofensiva vigorosa.

Todas las fuerzas están mejor que en las guarniciones en el ejército de campaña, el cual se debe reforzar y reconcentrar cuanto sea dable, operando siempre sobre líneas interiores y conservando las propias comunicaciones á la vez que se amenacen las del enemigo siempre que sea posible, para hacer dominante el propio plan estratégico y obligar á combatir en campo inesperado y en condiciones no previstas.

Dicho esto, me limitaré á examinar estos puntos: fuerzas mantenidas en la línea del Turnen, sitio de Puerto Arturo y carácter de las batallas sostenidas ó libradas, procurando hacer patente la falta de conformidad con los preceptos de guerra establecidos.

¡Pero ha dado la hora y lo dejaremos para el día próximo!

Sesión del 9 de Febrero de 1909.

El Sr. Salvador (D. Amos): Permitidme unas cuantas palabras de recuerdo para reanudar los razonamientos.

Decía en la última sesión que para confirmar lo expuesto en

otros discursos por los que me han precedido, desde el punto de vista militar, ya que los triunfos de los japoneses han sido lo que más ha contribuido á pensar en su desarrollo civilizador, iba á demostrar que no se debían las victorias obtenidas á la conducta genial de los ejércitos, ni á las ideas marciales importadas de Occidente, sino á las condiciones de religión, de costumbres y de raza, en suma, del pueblo japonés; no á la manera de concebir las operaciones guerreras, sino á la manera de realizarlas, al modo de combatir: no al estratega, sino al soldado.

Dije lo que me pareció indispensable de la estrategia y de la táctica, como digresión necesaria. Hice constar que la guerra se sublima y la dirección se dignifica, haciendo prestigioso el mando, cuando las campañas se desenvuelven con la mayor rapidez posible y con la menor efusión de sangre. Indiqué asimismo que á ello conduce el género de batallas que se libren, puesto que el objeto de la guerra es la batalla, y distinguí y definí las que pueden hoy estudiarse, á saber: batallas poliorcéticas en campo señalado y previsto, batallas de encuentro en campo no preparado ni previsto, y batallas sin choque, demostrando que las últimas son las más decisivas, más conformes con los objetivos de la guerra, más geniales y más honrosas para la dirección, en tanto que las primeras son las más cruentas y menos recomendables, aunque sin negar que muchas veces son absolutamente indispensables, no siendo posible pensar en otras soluciones acaso imposibles.

Expuse, finalmente, los principales aforismos ó leyes á que la guerra debe ajustarse, y para demostrar que no se habían ajustado los japoneses á esas prescripciones, decía que sólo me proponía examinar tres puntos, á saber: objeto de las fuerzas mantenidas en la línea del Turnen, sitio de Puerto Arturo y carácter de las batallas sostenidas ó libradas en la campaña última.

Temía mucho en la sesión anterior que os molestaran tantas digresiones y preparativos, y corría tanto, que me dijeron que no se me podía seguir, sobre todo en los finales de párrafo. Ahora temo, en cambio, que la mera aplicación de lo dicho á lo que

falta por decir sea cosa tan rápida que no dé lugar á otro discurso.

A sesenta mil hombres se hace ascender el contingente japonés mantenido en la zona del Turnen en observación de las fuerzas rusas. ¿Eran éstas tan poderosas que fuera peligroso el dejarlas á la espalda? Pues debió el ejército de campaña hacer un cambio de frente á retaguardia y, en unión de las otras fuerzas amigas, aniquilarlo y quitarse de una vez el estorbo.

¿Eran insignificantes y no merecían que la masa total distrajera iniciativas más eficaces? Pues debió reconcentrarse con esa masa la otra para reforzar el ejército de campaña, porque sería mejor utilizada una fuerza que en todo caso podría destacarse para contener la amenaza por la espalda, contribuyendo á hacer más decisivas las batallas.

Y no digo más de esto, por donde reconoceréis cómo el haber preparado con digresiones el terreno me permite ahora abreviar.

Preciso será reconocer que la plaza de Puerto Arturo tenía en esta guerra una importancia excepcional y que, acaso por razones que nos sean desconocidas, esté justificado lo hecho; pero mientras la justificación no llegue, no será menos cierto que los principios de la guerra recordados se oponen resueltamente á ese sitio, porque no se destinaron á él menos de 100.000 hombres, que de una parte hubieran convertido en decisiva la batalla de Liao-Yan, con la que hubiera terminado la campaña sin llegar á Mukden, y de otra, habría capitulado la plaza como cualquiera otra fortaleza al ser destruido el ejército ruso de campaña.

Se ve, pues, que se distrajeron á lo menos 160.000 hombres del objetivo principal y que la plaza de Puerto Arturo se tomó con un derramamiento de sangre, con un sacrificio de vidas y con ejemplos de heroicidad tales, que acaso no hayan sido superados jamás, y que no hubiera sido dable lograr sin las condiciones excepcionalísimas de que el soldado japonés dio muestras.

El carácter de las batallas libradas fué asimismo el de las preparadas ó sostenidas en campo previsto, sin que puedan señalarse movimientos que tendieran á cortar líneas de operacio-

nes, á amenazar la base de ellas, á obligar á combatir en condiciones inesperadas y á economizar sangre y vidas del soldado.

Por arriesgadas que hubieran sido las diversiones intentadas con tal objeto, y aunque se hubieran perdido en ello todas las fuerzas destacadas, no habrían llegado á las que se perdían en las batallas encarnizadas, donde los derrotados podían aún retirarse con orden, mientras que los vencedores quedaban tan debilitados y maltrechos, que no les era dable activar vigorosamente la persecución, dando eficacia á la victoria. ¡No hubieran sido tan fáciles las retiradas en orden de los rusos si hubieran podido los japoneses perseguirlos, y no podían pensar en esto lo que harto realizaban con hacerse dueños de un campo preparado para la defensiva con todos los recursos de la guerra moderna, sin poder evitar un extraordinario quebrantamiento!

Ya veis, repito, cómo el entrar en materia ha sido salir de ella, porque con algunas pocas palabras he demostrado, en mi sentir, que la guerra ruso-japonesa ha sido una maravilla desde el punto de vista táctico, en que tanto intervienen las condiciones excepcionales del combatiente. Puede todavía aplaudirse esta guerra desde el punto de vista de imitación ó asimilación de cuanto ha sido posible tomar de los ejércitos europeos, como es la organización de las fuerzas y la adquisición de las armas y elementos marciales de todo género, así como en el modo de manejarlos logísticamente. Pero desde el punto de vista estratégico, de la iniciativa genial, de la invención, no puede ser igualmente aplaudido, porque, lejos de eso, hay motivo para pensar que con otros generales y otros planes, que hubieran sabido ponerse á la altura de Napoleón ó de Moltke, la campaña se hubiera ganado de una manera menos cruenta y más rápida.

Tengo todavía que hacer dos observaciones para terminar.

En el discurso sobre esta materia á que antes he aludido, dije que si estas censuras pudieran mantenerse, sería realmente extraño que pudieran hacerse á una fuerza armada que se nos presenta como modelo de ejércitos modernos, porque acusarían un gran desconocimiento de las leyes de la guerra; y achacaba el

poder hacerlas al desconocimiento que entonces se tenía de aquella campaña, confiando en que noticias más detalladas explicaran las cosas de manera que las censuras se convirtieran en aplausos. Con mucha más razón debo hacer ahora esa salvedad, porque ha pasado ya bastante tiempo, y el que me ha quedado para estudiar estas cosas lo he dedicado á la guerra por mar de la misma campaña. Tenía entonces disculpa el que no supiera lo que no se sabía; pero no la tendría el que ignorara hoy lo que acaso ya se sabe.

El último libro que ha llegado á mis manos del Marqués de Mendigorría rectifica ya algunos conceptos, haciendo ver en la dirección japonesa cosas que antes se ignoraban; pero sobre ser opinión personal muy importante, mas no documentada, más se refiere ese perfeccionamiento en la dirección á las maniobras que á las operaciones; y en todo caso, y por mucho que varíen mis opiniones cuando pueda estudiarse la guerra documentada, no creo que logren borrar las conclusiones á que llego ahora relacionadas con el tema.

La justicia me obliga, sin embargo, á decir que la influencia de la dirección se ha dejado sentir más en la guerra por mar que en la terrestre.

Sucede, en efecto, que cuando se conserva en el choque el orden de combate que se adopta para navegar en escuadra, al salir á la mar en busca del enemigo, equivale á llevar á la batalla, prolongándolo, el impulso estratégico, cosa que hace inexcusablemente prestigioso el mando.

Y tanto en la batalla del Yalú contra China, como en la de Tsushima contra Rusia, mantuvieron los japoneses para el combate el orden en que venían navegando, ó sea la línea de fila, de la que han sabido sacar grandísimo partido. Dos palabras nada más sobre cada una de ellas.

Esperaban los chinos, para librar combate, en la desembocadura del Yalú y en línea de frente, porque querían utilizar las piezas de mayor calibre de las proas. Y en línea de fila pasaron los japoneses por delante, prefiriendo utilizar el mayor número de

piezas de las bandas, virando á estribor, después de rebasada la línea de combate, con lo cual cada barco enfilaba toda la escuadra de flanco, y amenazando envolver por las popas, con lo que rompieron el orden y provocaron la desbandada.

La escuadra rusa adoptó para orden de combate la línea de frente, pero no de barcos, sino de dos columnas; y también en esta ocasión fueron en busca del enemigo los japoneses, navegando en línea de fila, que conservaron después, gobernando primero hacia el Oeste, como si quisieran caer sobre los barcos de la retaguardia de las columnas, y virando de pronto al Este para pasar por delante de las cabezas, sobre las que acumularon los fuegos de banda de todos los barcos, destruyéndolas fácilmente, cogiendo á las columnas en enfilada, introduciendo el desorden, obligándoles á cambiar, combatiendo, el orden de combate, de suerte que cuando formaron en línea de fila, marchando unos y otros á contrabanda, quedaron en líneas paralelas, pero muy ordenada la japonesa y muy desordenada la rusa, decidiéndose en ese momento la batalla, iniciada desde el comienzo con ventaja de los japoneses. En toda ella los rusos obedecieron al impulso del enemigo, acomodándose tan difícilmente como se hace siempre en el combate á sus movimientos y manera de combatir, puesto que es aforismo de estas guerras el que el primero que maniobra impone su voluntad al adversario, y si el empuje es vigoroso y mantenido, sólo cabe á éste, como única línea de conducta, el acomodarse á los acontecimientos, cuando se desarrollen, del mejor modo que pueda.

A las fuerzas de mar como á las de tierra de los japoneses habría que reprocharles la timidez desde el punto de vista estratégico; pero no puede negarse que se ve alguna ventaja en la dirección de las navales, y que el temor de perder unidades, imposibles de reponer, y que convenía conservar hasta el fin de la campaña, está más justificado cuando se trata de barcos que de escuadrones ó baterías.

Resumiendo: Si el Sr. Sanz y Escartín se encargó de demostrar que la civilización japonesa hace medio siglo era muy ade-

lantada, de suerte que no se trataba de un incremento de civilización, sino de un cambio, de un acomodamiento, de una asimilación, más imitativa que creadora; si el Sr. Sánchez de Toca demostró, á su vez, que no habían llegado al grado de civilización oriental que la gente supone; si estos razonamientos han sido reforzados por el Sr. Sales y Ferré, demostrando, no sólo que no se han asimilado la civilización europea, como no sea en la forma, siendo en el fondo su civilización la puramente japonesa, sino que lo asimilado, ó más bien imitado, lejos de ser para ellos una fortuna, será causa de su ruina y les obligará á retroceder; si, por último, he logrado yo confirmar esas afirmaciones, aun desde el punto de vista marcial, que es el que más ha fijado la atención, ¿qué queda del problema planteado, qué queda del tema que discutimos?

No sólo no estaremos ya autorizados para pensar que se trata de un movimiento excepcional revolucionario, sino que empezaremos á dudar de que se salga de la ordinaria evolución de los pueblos. En todo caso, y para explicar lo sucedido, si es más de lo que digo, yo me contentaría con que vosotros, que conocéis tanto las cosas del Japón, me dijerais cuáles han sido sus grandes hombres en el último medio siglo, civiles y militares, cuáles sus hombres de ciencia y, singularmente, sus artistas, poetas, literatos y, mejor aún, sus oradores y propagandistas, porque estudiando sus obras me daría cuenta de lo sucedido en ese período, mejor que con razonamientos históricos que debieron producir antes esos efectos, á no considerarlos como fuerzas potenciales, dispuestas á estallar; pero aun entonces aquellos hombres ilustres serían para mí el movimiento vibratorio, el chispazo necesario para que la explosión se produjera. ¡Y no digo más!

Sesión del martes 23 de Febrero de 1909.

El Sr. Sanz y Escartín: Aunque poco nuevo se puede añadir en esta discusión referente al Japón, haré algunas observaciones que me han sugerido los interesantísimos discursos pronunciados en noches pasadas por nuestro querido compañero el Sr. Salvador.

Antes de entrar en materia el Sr. Salvador hizo algunas indicaciones respecto al modo de realizar los pueblos sus transformaciones, diciendo que ello se debe á fuerzas que están en estado latente ó potencial, con lo que estoy enteramente de acuerdo, y lo estoy porque yo tengo siempre en la memoria lo que pasaba á principios del siglo XIX en Italia, pueblo del cual decía Lamartine en una poesía que le valió un desafío:

«Je veux chercher ailleurs. —[Pardonne ombre romaine!—
Des hommes, non de la poussiere humaine»;

porque á polvo había quedado reducido aquel país del arte y de los recuerdos, que debía resurgir espléndidamente medio siglo después.

Es también muy interesante el cambio realizado por el pueblo norteamericano, al cual, hace poco más de un cuarto de siglo, se le consideraba como un pueblo mercantil, sin aptitudes para concebir altos ideales, á pesar de lo cual tienen hoy poetas de primer orden, químicos, naturalistas, filósofos; y algo semejante, aunque en sentido más radical, es lo sucedido en el Japón. No quiere esto decir (y de esto ha hablado también el Sr. Sales) que deje de haber una parte de aquella población que se mantenga en lo posible apartada del movimiento; pero es que en el Japón, como en todas partes, existe una especie de aristocracia, que es la que realmente ha dirigido la acción productora del estado actual de aquel pueblo.

En España se ha desconocido demasiado el valer de las razas amarillas, llegándose á decir que los tagalos tenían más parecido con el mono que con el hombre, y luego se ha visto que han pro-

ducido figuras del mérito de José Rizal, autor de libros notabilísimos, y que tuvo tan trágico é injusto fin.

El Sr. Salvador parecía influido por la teoría de Caryle, para quien los pueblos realizan sus transformaciones, más que por las fuerzas colectivas, por obra de unos cuantos iniciadores, y así lo expresa en su obra conocidísima *Los héroes*. Yo, sin embargo, sin negar la influencia, á veces decisiva, de los héroes, de los hombres extraordinarios, me inclino á creer que estos hombres son producto de la elaboración interna de la raza y que no se producen sino cuando hay terreno abonado para ello, pues el hombre es quizá más social que individual en sus actividades mentales. El Sr. Salvador preguntaba, para explicarse la transformación del Japón, por sus artistas, poetas, filósofos, etc. A mi juicio, en el pueblo japonés la clave de esta transformación no la dan personalidades determinadas, por lo menos á juzgar por lo que yo conozco de este pueblo.

El Japón tiene, sí, una literatura importante consagrada á la interpretación poética de los fenómenos de la naturaleza y á la exaltación de los hechos históricos y del heroísmo de los antepasados, y es indudable que la glorificación, por medio de la literatura y de la poesía, de las grandes cualidades de la raza, el valor, la constancia, el estoicismo y la lealtad, ha contribuido eficazmente á la grandeza actual del Japón. Pero yo, por mi parte, desconozco, y creo que no los hay allí, estos tipos extraordinarios que personifican en la literatura, en la filosofía y en el arte un período de un pueblo, como ocurre en Italia en la Edad Media con Dante y Petrarca; en el Renacimiento, bajo cierto aspecto, con Leonardo de Vinci, en Alemania con Goethe, Schiller y Hegel; y algo semejante se puede decir de otros pueblos, aunque no en todos los períodos de su historia. En el Japón, una de las causas que se considera como más inmediata del movimiento que se operó en los espíritus á últimos del siglo XVIII y en la primera mitad del XIX, es el gran trabajo histórico que se hizo para demostrar que el sistema político en que se vivía era falso, que el Shogun era un usurpador, sólo apoyado en la fuerza, y que esto

exigía un cambio completo de organización política. Esta labor histórica se sintetizó en las obras llamadas *Dai Nihon Shi* y *Nihon-Guaisi*, de últimos del siglo XVIII y principios del XIX, respectivamente, que fueron leídas con avidez por las clases intelectuales del Japón.

Allí había, indudablemente, un gran descontento. El shogunado tenía la enemiga de los señores feudales, y también de los que creían en las tradiciones antiguas, en el shintoísmo puro. Vino después la exigencia europea de que el Japón abriera sus puertos al comercio extranjero, á lo cual se opuso hasta después de las manifestaciones navales de 1854. Cuando á ello se accedió se produjo una gran indignación en el pueblo y se acusó al shogun de traición, uniéndose para hacer la revolución, que se coronó en 1868, los más misoneístas y se llegó al restablecimiento del poder del Mikado. Después de aquella revolución, como es frecuente, y como ocurrió en Roma con las guerras sociales, se empezó á conceder aquello que por haber sido negado produjo el movimiento; y así, cuando se coronó el actual Mikado, dijo solemnemente que era insensato llamar perros á los extranjeros, que había que aprender de todos los países cultos, etc.

Las personalidades salientes como precursores del movimiento, son los que ya habían descollado durante la revolución: el Marqués de Ito, en el Gobierno casi siempre, y el Conde de Okuma en la oposición; el profesor Iyenaga, confeccionador de los Códigos modernos de aquel país, en los cuales se ha suprimido el suplicio, la diferencia de clases, etc., y el regenerador de la Hacienda, el Conde de Matsukata.

Ya antes de la revolución, el Japón había enviado estudiantes y profesores á Europa, y conocidos eran sus adelantos en astronomía, náutica, etc.; pero después de la revolución fueron, sobre todo, á los Estados Unidos y á Inglaterra, empapándose muchos en las obras del célebre Stuart Mill, hombre de espíritu positivo y de gran altura moral, que ha formado el pensamiento de las clases directoras del Japón.

En resumen: sin que haya dejado de haber allí hombres de

grandes iniciativas, creo que la transformación del Japón ha sido más bien resultado de labor colectiva, de energías potenciales de la raza, que han despertado á los choques sufridos al abrirse al comercio, y á la imitación producida por el estudio de otros pueblos.

Antes de entrar en lo referente al desarrollo industrial del Japón, que es la parte más débil del discurso del Sr. Salvador, he de decir algo de sus juicios respecto á la última guerra, empezando por declarar que esto es cosa de que no entiendo nada, por lo cual me limitaré á ligerísimas observaciones.

El Sr. Salvador llegaba, como resultado de un estudio que revela sus conocimientos en la materia, á que el Japón no había demostrado facultades directivas en su guerra con Rusia. Decía que las batallas eran de tres clases: primera, las que se daban en el punto que elegía el enemigo; segunda, las que se daban fuera del punto que el enemigo había considerado mejor para luchar, obligándole á salir de él; y tercera, las que acusaban más alta dirección, y que daban como resultado de una serie meditada de operaciones que el enemigo se encontrara vencido casi sin combate. Y decía el Sr. Salvador: Es así que en esta guerra los japoneses han ido á buscar á los enemigos y á combatirles en sus propios campamentos; luego la labor directiva de aquellos generales ha sido deficiente, y si han vencido ha sido por las condiciones excepcionalísimas (á las que hizo plena justicia) de aquel soldado, citando para comprobarle dos hechos: el de haber destinado 60.000 hombres á defender la línea del Turnen y el de haber sacrificado un número también considerable en la toma de Puerto Arturo, cuando, á su juicio, todas estas fuerzas debieron haber ido unidas á aplastar al enemigo. Yo á esto sólo diré que para juzgar la conducta de un general hay que tener en cuenta también el factor que supone el enemigo á quien combate; porque, ó los rusos eran superiores, en cuyo caso hubieran vencido, ó estaban en relación de igualdad con los japoneses, y entonces la guerra se hubiera eternizado, ó eran en algo inferiores, y en este caso, como ha ocurrido, tenían que ser vencidos.

Pero la victoria se obtiene con mayor ó menor facilidad según las condiciones del enemigo; y puede que si Napoleón hubiera tenido en frente á un Moltke no hubiera vencido como venció. (*El Sr. Salvador: No luchó tampoco con niños.*)

El Japón, al vencer á Rusia, quizá haya hecho todo lo posible, dada la estrategia y los medios puestos en acción por sus enemigos, pues no suele darse comúnmente el caso de la suprema pericia en los unos y la suprema ineptitud en los otros, que daría por resultado la victoria sin combate.

Yo recuerdo que el juicio casi unánime de los técnicos cuando la guerra empezó era el de que los rusos tenían que vencer. Esta opinión equivocada no carecía en absoluto de razones; es evidente que los rusos no eran enemigos tan fáciles de vencer, y el hecho de haber sido derrotados por completo me parece que justifica la gloria de los japoneses y es superior á todas las sutilezas críticas.

En cuanto á la cuestión de Puerto Arturo, dejando aparte la importancia de la plaza (*El Sr. Salvador: Que yo he reconocido.*), yo creo que la tenía política y grande; pues si la paz se hubiera tratado sin haberla tomado, las condiciones de ella hubieran sido para el Japón enteramente distintas de las que han sido, y así me parece que fué un interés político de primer orden el que les movió á sacrificar tantas vidas para apoderarse de la plaza, siendo por ello su triunfo completísimo. Siendo esto así, porque el Japón haya conseguido su objeto en la forma más llana, ¿hemos de decir que la dirección de la guerra fué deficiente y que su éxito no ha dependido más que de las condiciones del soldado? Por mi parte, no lo estimo de tal manera. Después de todo, el resultado es siempre el gran maestro, y en la guerra lo decisivo es triunfar en toda la línea.

Recuerdo que el Sr. Salvador decía que la estrategia era la preparación de la guerra en la paz; y yo pregunto: ¿hay algún pueblo que haya preparado la guerra mejor que el Japón lo ha hecho? En efecto, este pueblo lo tenía preparado todo, y su previsión, en cuanto se refiere á lo más difícil, que es la organi-

zación administrativa, sanitaria y de aprovisionamientos, ha sido verdaderamente admirable, demostrando, á mi juicio, una dirección inteligentísima, que ha hecho que no vayan los soldados á morir como corderos, como nos ha sucedido á nosotros en Cuba y Filipinas, sino rodeados de toda clase de elementos, hasta el punto de poder tomar diariamente baños de limpieza en campaña, cosa que cito como ejemplo del modo de estar atendida su higiene. ¿Supone esto una dirección deficiente? (*El Sr. Salvador*: Deficientísima, porque lo que importa no es bañarse, sino vencer.)

Y dejo esta parte, en la que digo que me declaro incompetente, para entrar en la que es verdaderamente débil discurso del señor Salvador. (*El Sr. Salvador*: No; después de lo que hemos oído, no será más débil que la anterior.) De ninguna manera, porque, como he dicho, reconozco gran competencia en su señoría.

Decir que el Japón no tiene condiciones de pueblo industrial y que carece de industrias que no sean militares, es un gran error. Me limitaré á leer datos, que son más elocuentes que cualquier discurso. «El comercio exterior del Japón, que era en 1870 de 250 millones, llegó en 1901 á 1.300, y en 1907 á 2.410.» Así no es extraño que *The Quariely Review*, una de las revistas más serias de Inglaterra, y cuya opinión es de las que más pesan, dijera: «Las principales importaciones consisten en tejidos de algodón y de lana y en barcos de vapor. Pero las industrias de tejer é hilar logran ya tales progresos que, no sólo es de temer que hagan innecesarias las importaciones análogas, sino que puede preverse el día, no remoto, en el que las manufacturas del Lancashire se encontrarán con un formidable competidor en el mercado chino.»

Veamos ahora lo que dice la estadística en cuanto á las manufacturas de algodón y seda, cuyo desarrollo es en extremo notable:

<i>Tejidos de algodón.</i>	Fabricación en 1895, 80.472.248.
	ídem en 1906, 204.014.444.
<i>Sida.</i>	Exportación en 1895, 166.194.000.
	ídem en 1906, 400.303.000.

En estas sumas los tejidos de seda están representados por 35 y 100 millones respectivamente.

De modo que en diez años la exportación de tejidos de seda ha subido de 166 á 400 millones.

En resumen: la potencia industrial del Japón que en 1895 estaba representada por 2.758 fábricas con 39.773 caballos de vapor de fuerza, ofrecía en 1906 4.656 fábricas con 203.002 caballos de vapor. Y desde 1906 viene progresando sin cesar.

No es, pues, de extrañar que diga la revista inglesa que acabo de citar que semejante progresión no tiene precedentes.

En el último número de *U Economista Europeen* se hace un estudio de la industria de aquel país por Edmond Thery, autoridad indiscutible, en el cual se llega á las mismas conclusiones, y en un libro de este autor, que lleva un prólogo de Cauwés, se dice que vencerán al comercio y á la industria inglesa en el inmenso mercado de China.

Me parece que á estas opiniones y á los números que he leído no puede por menos de prestarse asentimiento.

Es, pues, innegable el progreso de aquella industria en todos sus ramos.

(*El Sr. Salvador*: Yo, en esta parte, no hice más que referirme á los discursos anteriores, sin añadir nada por mi cuenta.)

En una palabra: sigo creyendo que los japoneses valen tanto como nosotros, y que es un resto de nuestra vanidad el pensar que no llegarán en el orden de la Filosofía, y en todos, á donde nosotros hemos llegado.

Claro es que durante su época semibárbara no pudieron desarrollar sus aptitudes; pero todo induce á creer que el Japón ha de llegar á todo lo que lleguen los pueblos de Europa.

Sesión del martes 2 de Marzo de 1909.

El Sr. Salvador: Recordarán los señores académicos que prometí en sesiones anteriores suprimir muchos razonamientos al corregir las cuartillas, que me servían para entenderme con vosotros, pero que me sobraban para mi propósito, y he cumplido mi palabra, devolviendo aquéllas corregidas antes de que hablara nuestro querido compañero el Sr. Sanz y Escartín. Ahora los repetiré, pero los dejaré en vista de que son necesarios.

Decía entonces que me iba á morir de viejo después de haber tratado á las personas más ilustres de mi país en el Gobierno, en los Cuerpos Colegisladores, Academias, Cuerpos consultivos, etc., y estaba persuadido de que desconocían lo que pasaba en él, convenciéndome esto de la dificultad de conocer lo que ocurre en los países donde se nace, vive y muere, por lo cual me parece más difícil aún saber lo que pasa en el extranjero. Por eso me inspira alguna desconfianza la cultura extranjera de muchos de mis íntimos amigos, aunque afirmaba y reconocía vuestra autoridad, á la vez que confesaba mi ignorancia sobre las cosas del Japón. Y haciendo honor á estos conceptos, que no consentían discutir lo que no se sabe, rebajando la autoridad que se reconoce, admitía sin discusión cuanto en ella se ha dicho, y en ello me apoyaba.

El Sr. Sanz y Escartín hace lo contrario, y, basado en iguales principios, llega á consecuencias distintas; bondadosamente, pero de una manera gratuita é injustificada, me reconocía una gran autoridad en materias militares; y después de decir con una gran modestia que él, en cambio, de esto no entendía nada, ponía esa ignorancia, en que nadie, sin ofenderlo, creemos, al servicio de la empresa de no dejarme hueso sano, demostrando la inexactitud de cuanto había dicho, hasta en los menores detalles, *mi gran autoridai (Risas)*, aunque para ello tenga que suponer que he dicho lo que no he dicho, ó sentar proposiciones que, en mi sentir, son insostenibles, como procuraré demostrar.

Empezaba por decir que estábamos de acuerdo en que el movimiento progresivo del Japón obedece á fuerzas potenciales, y no puedo negar que me lisonjeaba mucho, que me halagaba mucho el poder decir que en algo estaba conforme conmigo; pero ¡mi gozo en un pozo!, porque para ello partía de una afirmación que yo no he hecho.

Yo expuse el problema así: el movimiento civilizador del Japón puede ser revolucionario ó evolucionario, y definí una cosa y otra, y aun los términos intermedios de revolución evolutiva ó evolución revolucionaria, haciendo mis razonamientos para demostrar que el movimiento no era revolucionario, sino evolutivo. Y en el supuesto de que fuera una evolución, y apoyándome en discursos aquí pronunciados, decía que no me convencían los razonamientos de índole histórica; porque si las mismas causas han de producir siempre los mismos efectos, si el abolengo era la causa, debiera haber producido antes los efectos, á no ser que esos razonamientos se consideraran como fuerzas potenciales, dispuestas á estallar, y aun así habría que buscar el chispazo, el movimiento vibratorio productor del estallido, y le pedía á mi querido amigo el Sr. Sanz y Escartín que, siguiendo el camino emprendido, me dijera cuáles eran los hombres ilustres del Japón, literatos, oradores, etc., en los cuales vería yo ese chispazo mejor que en ninguna otra causa. Su señoría indicó algunos de esos personajes, y aun otras causas, como la apertura de sus puertos al comercio, y yo, siguiendo mi sistema de no discutir lo que no entiendo, acepté lo que dijo, y además lo agradecí mucho, porque, en suma, atendía con su acostumbrada bondad una súplica mía. Pero en seguida S. S. decía que no estaba conforme en que el hombre formara las sociedades, equivocando el concepto, porque lo que yo había comparado había sido los hombres con las ideas, no el hombre y la sociedad. Si yo hubiera dicho que las sociedades no formaban á los hombres, haría bien en no estar conforme conmigo; pero si es para afirmar la segunda parte, ya no estaría yo conforme, porque son las dos cosas á la vez.

Esto me recuerda discusiones en que á cada paso estamos en-

vueltos, con la apariencia de estudiarlas á fondo, cuando son puerilidades. Por ejemplo: ¿Qué es antes: ¿las comunicaciones ó el tráfico? ¿La marina mercante ó la de guerra? ¿El Ejército ó la Hacienda? Pues cada uno de los términos de estas preguntas supone á su vez el otro.

En resumen: estamos siempre discutiendo la cuestión del huevo y la gallina: si la gallina pone el huevo, es aquélla antes; pero como del huevo sale la gallina, es antes éste, además de que *omnia vivum ex ovo*. Y éste es el caso, ¿el hombre es antes que la sociedad, ó al revés? Yo tengo aquí en mi favor el que á nadie se le ha ocurrido pensar que la sociedad ha nacido de un golpe, sino por la aparición de una ó varias parejas que, multiplicándose, sumándose, integrándose, han formado el todo social; y así sucede con los conocimientos humanos, que son la suma ó integración de cuantos han sido hallados ó producidos individualmente.

Pero no quiero exagerar. No es ésta ocasión de exponer razonamientos en que singularmente se fundan las teorías de la solidaridad y el solidarismo, pretendiendo demostrar que los hombres vienen al mundo con una deuda contraída con las generaciones anteriores, que hay que pagar; pero aunque yo no crea en semejante deuda, creo en los razonamientos que se hacen para demostrar lo que debemos al pasado. No es lo mismo nacer en un pueblo salvaje, donde todo está por hacer, que en una sociedad civilizada, donde tantos conocimientos y progresos se acumulan; y como el hombre se forma según la atmósfera de cultura que se respira, según ésta sea una ú otra, el hombre será uno ú otro.

Pero, siendo esto cierto, yo no he visto que la sociedad se reúna en un laboratorio y que desdoblado tierras raras ó substancias, en fin, que parecieran elementales, tropiece con el radio: no he visto un solo teorema demostrado por la sociedad entera; esto lo ha hecho un hombre. ¿Fué Arquímedes, ó fué la sociedad la que descubrió la célebre ley física que se conoce con el nombre de aquél? ¿Fué la sociedad, ó fué Leverriére el que por medio de cálculos descubrió el planeta Neptuno? La sociedad, si queréis, ó

singularmente aquella parte de la sociedad que se dedicaba á asuntos astronómicos, reunió estadísticas y datos que sirvieron para que Kepler, y sólo Kepler, descubriese las tres inmortales leyes que llevan su nombre, y en las que resumió el movimiento del sistema planetario. Y no sé si Newton hubiera podido llegar al descubrimiento de la gravitación sin ningún antecedente; pero, con ellos ó sin ellos, él, y sólo él, resumió esas tres leyes en una, y diciendo que las cosas pasaban en el mundo como si los cuerpos se atrajeran en razón directa de las masas é inversa del cuadrado de las distancias, dio la teoría, no ya del movimiento planetario, sino de la gravitación universal, y con ella una balanza en donde se pesan mundos.

De suerte que la sociedad forma al individuo, pero también el individuo á la sociedad, porque el que crea, descubre, inventa ó perfecciona es el individuo y la suma de él y de todo lo suyo es la sociedad.

Aun pudiera reforzar esto recordando lo que decía nuestro maglorado compañero D. Francisco Silvela, con su inimitable gracejo, para demostrar la tendencia del hombre á vivir en manada obedeciendo á un pastor, si lo tenía, ó buscándole para obedecerlo. En fin, aunque lo que yo comparaba era ideas con hombres y sociedades, queda ya este concepto esclarecido.

Y vamos ya á la cuestión de la guerra, que es en lo que estamos en más completo desacuerdo el Sr. Sanz y Escartín y yo. Recordó lo que yo había dicho de las batallas poliorcéticas en campo preparado y previsto; magéticas, ó de encuentro, y sin choque, y decía: «Todo esto está bien; pero hay que contar con el adversario, y lo que se hace casi siempre depende de su ineptitud.» Y aquí tengo que esclarecer este concepto.

En las sesiones anteriores, aunque molestándoos, hice muchas digresiones, y ahora diré por qué. Cuando se es joven, y se sabe poco y mal, es cuando más se inclina uno á las afirmaciones resueltas y valientes, aunque algo contiene el verse en contradicción con personalidades á quienes se acostumbra tener por maestros; pero cuando se es viejo, como se ha visto á esas ilus-

tres personalidades equivocarse en la práctica de la vida, nos imaginamos ya autorizados para hacer afirmaciones decididas, con perfectísimo derecho, sobre aquellos asuntos en que han arraigado las convicciones; y cuando éstas no están muy arraigadas, el conocimiento del pro y el contra de las cosas que se viven nos hace dudar de todo, y de aquí la necesidad de esclarecer los conceptos para poner los puntos sobre las íes. Ahora vamos á ponerlos sobre lo de la ineptitud del adversario, pues considero que hacer depender los actos de la vida, no de las condiciones propias, sino de la ineptitud del adversario, es insostenible, así como negar esto en absoluto sería muchas veces negar una gran verdad, y algunas hasta verdades de Pero Grullo. Claro que en muchas ocasiones de la vida parece que se juega al ganar-perde, y tratándose de la guerra, se la compara muchas veces con el ajedrez, en el que tanto vale decir que se gana, porque el uno juega más ó porque el otro juegue menos, y alguna jugada que no se podría hacer jugando ambos igual resulta brillantísima cuando el contrario juega menos, no habiendo golpe posible cuando se sabe quitar ó cuando' el contragolpe vale tanto ó más que el golpe. Aparte esto, que es innegable, no puede sostenerse, en general, que de la ineptitud del adversario dependa el triunfo propio, y por eso yo interrumpía á mi querido amigo el Sr. Sanz y Escartín, diciéndole que no le entendía, porque su razonamiento conducía á lo contrario de lo que se proponía. Si demostraba, en efecto, que el triunfo dependía de la ineptitud de los rusos, ¡adiós la bondad de las operaciones del ejército japonés!

Debo recordar que dije, y ahora constará en las cuartillas, que los rusos habían hecho una campaña de las que se llaman defensivo-ofensivas, y que si ese nombre se había adoptado para excluir la defensiva absoluta, que no se acepta ya en la guerra porque conduce á la derrota, estaba bien; pero no se ve justificado el calificativo de ofensiva porque no la han tomado, ni aun para aprovecharse de los errores militares de los japneses. Y no sólo no han hecho eso, sino que ni siquiera han sabido sacar todo el partido posible de la pura defensiva, porque levantaban el campo

antes de agotar el esfuerzo del asaltante con las obras de defensa preparadas con mucha anticipación.

Esto no acusa gran bondad de dirección, y no sirve en todo caso de elogio para el triunfo japonés. (*El Sr. S.wz y Escartín*): Yo sostuve todo lo contrario: que no podía atacarse la dirección del Japón, que había dado como consecuencia los encuentros en las condiciones que dijo el Sr. Salvador, porque había que contar con la acción del adversario, y los rusos no habían sido completamente nulos, por lo cual no se dieron las batallas de encuentro ni las sin choque, teniendo que verificarse las de la tercera categoría.)

Resultaba lo contrario de lo que quería decir S. S.; pero una vez que lo ha explicado, ya no insisto, aunque me afirmo en mi concepto.

Yo partí de axiomas militares, y hay que negarlos ó aceptar las conclusiones. Decía que la guerra se dignifica tanto más y el mando es tanto más prestigioso cuanto más rápidamente y con menos efusión de sangre se terminen las campañas; y siendo así que las batallas más decisivas y menos cruentas son las *sin choque*, éstas serán las preferidas, y después las de encuentro. ¿Cabe negar esto?

Pero ahora vamos á ver si cabe hacer esto con independencia del contrario. Para ser imparcial, he puesto el ejemplo del juego de ajedrez, y he dicho que si hay un contragolpe tan ingenioso como el golpe, queda éste contrarrestado; pero esto, que es cosa llana en la esgrima, no lo es en la guerra, á no desconocer ó negar el valor de la ofensiva. Lo menos que ésta consigue es someter á su voluntad la del contrario, el cual tiene que pensar en parar el golpe, improvisando sobre el campo de batalla bajo el fuego y la confusión del combate.

Imaginémonos, en efecto, que un movimiento inesperado y genial del enemigo le coloca en nuestro flanco, cogiéndonos de enfilada. ¿Será cosa fácil variar en el acto el orden de combate haciendo un cambio de frente en una extensión de varias leguas? Y si se presentara, no ya por el flanco, sino por la retaguardia,

¿sería cosa hacedera y aun facilísima el darle cara á través de toda la impedimenta y de las secciones de municionamiento, hallándose todo invertido y en condiciones las más opuestas á aquellas en que se había pensado combatir?

Por todo esto es gratuito el suponer que es cosa llana el que al golpe se oponga el contragolpe, porque la importancia de la ofensiva en la guerra es tal, que somete al adversario á sus operaciones. No obstante, deseo que recuerde el Sr. Sanz y Escartín que yo decía que esto no quería decir que siempre fuese posible dar las batallas que uno se propusiera. En la guerra no cabe discutir un punto determinado, sino con la condición de que haya igualdad en las demás circunstancias, porque una solución que á veces es indiscutible, si cambian las circunstancias es un disparate. Si un ejército, en un momento dado, por causas variadísimas é independientes de su voluntad, no ve otra salvación que el combatir, buscará al enemigo donde se halle, aunque lo espere preparado.

Pero ¿qué tiene esto que ver con lo que yo decía de que el carácter de las batallas era tanto más digno de aprecio y de alabanza según pertenecieran ó no á las categorías que definía?

Y decía yo que si en una campaña no se ve ni la intención de dar ciertas batallas, necesariamente ha de calificárselas de menos geniales.

Lo primero que se necesita para preparar un contragolpe es que haya amago de golpe. Yo me limitaba á estas sencillas observaciones, que no creo que se puedan rebatir más que negando las hipótesis en que se basan.

Consideraba yo tres puntos: el relativo á la línea del Turnen, la toma de Puerto Arturo y el carácter de las batallas. Su señoría alteró el orden, tratando primero de esto último y después de los otros dos.

Cuanto á la línea del Turnen, no le gustaban mis razonamientos y yo acepto su afirmación, bastándome que sea suya; pero no la razonaba. En cambio, las razones que yo di eran de tal naturaleza que no se pueden negar, porque son leyes de la

guerra. Es la primera la de que el objetivo principal en toda campaña es el ejército adversario, oponiéndole todos los combatientes posibles, sin distraerlos en las guarniciones. Y decía yo: las fuerzas rusas del Turnen ¿tenían tal importancia que no se les podía dejar sin un cuerpo de ejército que las observara? ¿Sí, ó no? En el primer caso, las leyes de la guerra aconsejaban un cambio de frente á retaguardia, uniendo el ejército de operaciones á aquellos 60.000 hombres, para que todos juntos destruyeran fácil y rápidamente el estorbo, continuando después con mayor desahogo las operaciones. ¿No tenían importancia? Pues debieron los 60 000 hombres unirse al ejército de campaña, que es donde eran más eficaces. Y ahora verá S. S. cómo hay muchos casos en que depende de la voluntad de uno que las batallas sean de una ó de otra clase. Si en este segundo caso los rusos molestaban la retaguardia podían destacar aquellas fuerzas con estas dos ventajas de verdadera importancia: primera, que ya iban apoyadas por el ejército de campaña, siendo más seguro el triunfo, y segunda, que necesariamente las batallas serían ya de encuentro, tal como las he definido.

Pasó á continuación S. S. al sitio de Puerto Arturo, y tampoco le gustó lo que dije; pero aquí ya daba alguna razón. Decía que tenía tanta importancia aquella plaza, que ya lo demostraron los japoneses con el esfuerzo que hicieron para ganarla, y que no era lo mismo para los rusos hacer la paz conservando esa plaza que después de perderla.

Eso es verdad en el sentido de que la política de la guerra aconseja, por la misma razón que alega el Sr. Sanz y Escartín, que se conserven tanto como se pueda ciertas fortalezas, campos atrincherados, poblaciones importantes, etc., porque no es igual poseerlas que perderlas; pero hay que distinguir entre fortalezas apoyadas por el país, porque esto supone conservar comarcas, y aquellas otras fortificaciones que viven exclusivamente de la defensa de la guarnición, pues éstas quedan dentro de la ley que dice que todas caen cuando cae el ejército de campaña, y resurgen y se rehabilitan cuando éste se repone.

Hice constar que si fortaleza alguna tenía importancia era la de Puerto Arturo en esta campaña; pero no por eso hubiera dejado de caer, en la hipótesis que estudiamos, de haber capitulado el ejército de campaña por la acumulación en las batallas de las fuerzas disponibles, porque fortalezas situadas en países enemigos son insostenibles.

¿Tenían el dominio del mar los rusos? No; había pasado á los japoneses. ¿Podían entonces enviar por mar municiones, víveres y pertrechos á Puerto Arturo? No. ¿Podían enviárselos por tierra? Tampoco, y menos derrotado su ejército amigo. Pues ¿cómo hubiera podido sostenerse aquella fortaleza, cuando *plaza sitiada, plaza tomada*? Como la paz no se hace cuando quiere uno, sino cuando quieren dos, ya los japoneses hubieran descontado eso; y quienes pensaban que aquella plaza valía la pena de sacrificar 100.000 hombres, no habrían dudado en prolongar la guerra los meses que fuera preciso para rendirla, á no aceptar como primera condición la entrega de Puerto Arturo.

Se quejaba luego S. S. de que yo hubiera declarado que la dirección del ejército japonés había sido mala, y no creo haber dicho tal cosa. En esto, como en todo, hay graduaciones. En los exámenes de los estudiantes, por ejemplo, se puede pasar desde sobresaliente á suspenso. Me limitaba yo á señalar errores por los cuales acaso no pudiera calificarse la campaña de sobresaliente ni de notable; pero pudiera ser calificada de buena. En cambio S. S. decía que había sido inmejorable, cuando yo sólo decía que no había visto allí ni á Alejandro ni á César, ni á Federico el Grande, ni á Napoleón ni á Moltke. (*El Sr. Sanz y Escartín*: Mis notas de las palabras de S. S. están tomadas en estos términos: que el soldado ha sido inmejorable, y la dirección defectuosa.) ¡Lo cual no quiere decir que fuera mala!

Pero dice S. S. que los hechos no admiten discusión, y que, como han ganado los japoneses, esto demuestra que han hecho lo que había que hacer, y que tanto más ha sido de admirar su triunfo, cuanto que nadie pensaba en él.

Eso seguramente no va conmigo, porque cuando se discutió

aquí sobre las fuerzas comparativas de Rusia y el Japón al empezar la guerra, sostuve que, en mi sentir, ganarían los japoneses. Rogué al taquígrafo que no tomara nota, pero no lo habréis olvidado; y aunque no recuerdo ya lo que dije, sí estoy seguro de haberme fundado en el dominio del mar, en las bases de operaciones que podían adoptarse y en la extremada longitud de la única línea militar de los rusos. No obstante, veamos ahora el valor de los resultados finales.

No habría qué hablar si sólo tratáramos de averiguar quién había ganado la campaña; por que eso es evidente, según las noticias que tenemos; pero no se trata de eso, sino de estudiar la campaña, averiguando si se ha hecho bien ó mal, si ha influido en ella la ineptitud de los rusos ó la pericia de los japoneses, y en este caso qué ha influido más en el triunfo. Y como podía haberme fijado en el reclutamiento, en la instrucción, en la disciplina, en el despliegue estratégico, en la logística, etc., me limité á decir que había tenido más valor el modo de combatir que el de dirigir, más las condiciones de raza, religión, costumbres, etc., que el mando, más la táctica que la estrategia.

Pero insistiendo en esto de los resultados finales, pondré un ejemplo exagerado, porque ciertas exageraciones producen el efecto de demostraciones *ad absurdum*. Imaginemos dos ejércitos á punto de abrir el combate; el uno, inmejorable, y el otro malo, y que en ese momento un terremoto se traga al primero. La victoria será ya propiedad del que no ha sido engullido; pero ¿tendrá que enorgullecerse de esa victoria? ¿Habrà de motejarse al otro por su desgracia? Pues ahora, sin exagerar, diré que á los Generales-jefes no se les debe tolerar que no prevean lo que puede ser previsto; pero no se les puede exigir que prevean lo extraordinario y excepcional. En efecto, ¿pudo prever Napoleón en su campaña de Rusia que se iban á adelantar los fríos? ¿Pudo prever el encontrarse con un Gobernador á quien no le arredró el mandar quemar la capital del reino?

Es imposible concebir catástrofe más grande que la de Waterlloo, donde Napoleón perdió su ejército, su poder, y hasta cayó

prisionero, sin poderse ya rehacer jamás, y, sin embargo, aquella batalla no fué de las que deben enorgullecer al enemigo. Voy á decir algo sobre ella, porque es verdadero tipo para lo que estamos discutiendo.

Es difícil saber cuál de las campañas de Napoleón es la más hermosa; pero la terminación de la de los Cien días es admirable. Asombra la rapidez de concepción y de ejecución logística mediante las cuales colocó á su ejército entre Quatre-Bras y Ligny, impidiendo la concentración de los aliados, que operaban sobre líneas exteriores, y pudiendo acudir donde quisiera desde su posición central. Ciertamente tuvo que dividir el ejército, para combatir en dos puntos á la vez, pero en excelentes condiciones. Venció él en Ligny, que era lo más difícil, por una excelente dirección, aunque desde el terreno del Sr. Sanz y Escartín bastaría con decir que ganó; pero ¿no supo hacer lo mismo Ne 3 Quatre-Bras! Aquel General tan impetuoso, que había de dar después aquellas asombrosas 14 cargas de caballería, á quien Bonaparte había llamado león sobre el campo de batalla, tenía la impetuosidad del temperamento, del carácter, del valor, pero no la de la voluntad dirigida por la razón, y no supo salir á recibir á los ingleses, que también operaban parcialmente sobre líneas exteriores, impidiendo su concentración en Quatre-Bras.

Con ser tan gran General, no aprendió de su maestro las lecciones que en pequeño había recibido en la primera campaña de Italia, y singularmente, si no recuerdo mal, en Rívoli; ni lo que vio en grande en la maravillosa campaña del 14, toda ella fundada en el error de los aliados de operar sobre líneas exteriores para concentrarse sobre París; ni siquiera aprendió lo que en aquellos mismos días había realizado Napoleón, aprovechando el mismo error para ganar la posición central de que acabo de hablar. ¿Si hubiera correspondido á las esperanzas, se habría restablecido en un día el poderío del emperador, que hubiera elegido á quien le convenía destruir aisladamente primero, volviendo después sobre el otro, siempre concentrado, mientras, vencido en Quatre-Bras, fué necesaria la batalla de Waterlloo! Vino ésta, y,

aunque con menos fuerzas, al anochecer ya tenía tomadas todas las posiciones que ocupaba el enemigo al abrir el combate; y tan ganada la tenía, que el duque de Wellingtton dijo aquella célebre frase: «Blucher ó la muerte.»

Pero, de una parte, no acudió Grouchy al fuego de cañón, como hizo en Marengo Desaix, y de otra, llegó Blucher á decidir el triunfo, introduciendo el pánico en el ejército francés, cuando debió llegar á presenciar un desastre. Y ¿por qué llegó? Pues porque estuvo lloviendo toda la noche (cosa que no pudo prever Napoleón), y así, una batalla que debió empezar al amanecer no pudo empezar hasta el mediodía, esperando á que se secara el suelo para mover las fuerzas, y perdiendo un tiempo, por causas fortuitas, que luego necesitó para completar su triunfo. Después de esto cabe preguntar: ¿es á la dirección genial de los ejércitos aliados á lo que se debió el triunfo de Waterlloo? Todos reconocen los errores que menciono. ¿Se podrá decir, después de los errores reconocidos que cometieron, que vencieron por la ineptitud de su adversario, que era nada menos que Napoleón el Grande?

No; esta batalla de Waterlloo ha merecido unánimes elogios; por donde se ve que los resultados finales no tienen la importancia que se pretende cuando de apreciar la bondad de las empresas marciales se trata.

Se fijó también el Sr. Sanz y Escartín en que yo había dicho que la estrategia prepara en la paz y maneja en la guerra los elementos de una campaña, para decir que habían sido estratégicas porque estaban bien preparados. Dije mucho más sobre los diversos conceptos de la estrategia; pero, sea de esto lo que quiera, la estrategia es para la guerra, y de nada serviría que estuviera bien preparado un ejército si luego se le dirige tan mal que se le lleva á la derrota.

Yo reconocí que los japoneses construían por sí los elementos de combate; y no sólo esto, sino que se han asimilado de la civilización de Occidente el reclutamiento, la instrucción, la organización, la conducción logística y otras cosas; y cuando el señor

Sanz y Escartín los elogiaba por esto, no lo hacía más que yo. Decía S. S. que su progreso era tal que hasta se bañaban en campaña los soldados, y yo interrumpía diciendo que no se trataba de bañarse, sino de vencer.

Me limité, pues, á señalar errores en la conducta de la guerra, que son indiscutibles, si no se niegan las hipótesis de que parto, y sobre las cuales hacía además muchas reservas.

En cuanto al progreso industrial de los japoneses, me limité asimismo á decir que construían hasta los acorazados de combate; pero que no era esto lo mismo que abrirse mercados en el extranjero, porque no es lo mismo fabricar productos, cuesten lo que cuesten y pagúelos quien los pague, que producir mucho, bueno y barato. En lo no concerniente á la guerra me referí á lo dicho por los demás, que sólo reconocían en el obrero japonés condiciones manuales y de imitación, mas no inventiva, y si su señoría no está conforme, será con los que han hablado antes que yo, y no conmigo. (*El Sr. Sanz y Escartín: Yo hablaba con los números en la mano.*) Vamos á los números. Los mercados exteriores se conquistan con la baratura y con la bondad de los productos; así que hay que examinar las estadísticas y ver si la exportación depende de la bondad, en cuyo caso es un progreso, ó si se trata de la baratura por la sobriedad de los jornaleros ó por otras causas; pues si se produce, por ejemplo, mucho esparto, que casi se produce espontáneamente, puede exportarse mucho y no significar un adelanto industrial; pero esto es simplemente una observación, porque yo no discuto nada de lo que aquí se afirme.

Acepté lo que dijeron cuantos hablaron antes que yo. ¿Lo aprecié con error? Pues aceptaré la rectificación que se me haga; pero si no, con ellos deberá discutir el Sr. Sanz y Escartín, y no conmigo.

Finalmente, acabó diciendo S. S. que por qué hemos de rebajar á los japoneses, considerándolos casi como monos, y á esto digo que yo no he hecho tal cosa, sino que los he ensalzado, y que de mis labios no ha salido la palabra mono. (*El Sr. Sanz y*

Escartín: Me refería á lo que aquí se había pensado de los tagalos.)
¡Pues cuénteselo S. S. á los tagalos, mi querido amigo, y no á mí!

De modo que no estaremos nunca de acuerdo si S. S. se empeña en afirmar que he dicho lo que no he pensado siquiera en decir; pero siempre me complace á mí mucho el ver la predilección que muestra por discutir conmigo.

Sesión del martes 9 de Marzo de 1909.

El Sr. Sanz y Escartín: La intervención del Sr. Salvador ha dado una nota interesante y pintoresca al debate, añadiéndole datos referentes al importante punto de la actividad militar del Japón.

Indudablemente, yo no debí expresarme con gran claridad, por cuanto muchas de las ideas que como expuestas por mí recogió el Sr. Salvador no eran las que yo había expresado.

En cuanto á la acción de los grandes hombres en las transformaciones de los pueblos, punto en el cual me parece que empezó la discusión, si no interpreté mal sus palabras, decía el Sr. Salvador en su primer discurso que la mejor manera de comprender lo que en el Japón había sucedido era conociendo sus literatos, artistas, filósofos, etc. Yo, sin combatirlas, sino tomando pie de estas ideas, hablé de lo que significa en la historia de la Filosofía la teoría de los héroes, que principalmente representa Carlyle, y decía que la transformación del pueblo japonés demostraba lo contrario de esta teoría; es decir, que si bien en general suelen surgir, en determinados momentos, en los pueblos, hombres que recogen toda la fuerza de la raza, que son los grandes propulsores de la humanidad, es más cierto que las grandes transformaciones de los pueblos tienen como principal factor los trabajos lentos, oscuros y constantes de la sociedad en general. Los genios, cuando aparecen, son el resultado de la labor entera de la humanidad en determinados períodos y países, y estos hombres no podrían surgir en otros tiempos, y si surgieran des-

aparecerían, sin cumplir su misión, ocurriendo algo de lo que nos dice Spenser cuando afirma que un hombre, el cual, entre caníbales, quisiera proceder con arreglo á la moral evangélica, sería comido antes que los demás. Sucede que á veces dirige y representa un gran movimiento social un hombre extraordinario; pero ocurre también que estos movimientos son claramente colectivos. El Imperio fué en Francia obra de un hombre que recogió y condensó las fuerzas sociales; pero la revolución fué obra de miles de pensadores y de millones de oprimidos.

Pues esto ha pasado, á mi juicio, en el Japón, donde, sin embargo, ha habido hombres de gran valer, como el Marqués de Ito, el Conde de Okuma y una pléyade de juristas y sabios que han divulgado el Derecho y las ciencias del Occidente, incluso la Filosofía, pues, como es sabido, en el Japón se conocen perfectamente, entre otras, las obras de Stuart Mill y de Herbert Spenser. Lo que yo hacía era exponer estos hechos.

Me atribuyó S. S. equivocadamente la afirmación de que en España era corriente el creer que los japoneses se parecían á los monos, cuando yo dije, y lo leeré de las cuartillas del taquígrafo que tengo en la mano sin corregir, que «los españoles, por nuestra parte, hasta pensábamos que los tagalos tenían más parecido con el mono que con el hombre», refiriéndome á nuestros prejuicios y á la vanidad de raza, que combatí, pues siempre he creído que la raza amarilla vale tanto como la nuestra.

Así, cuando los estudiantes japoneses que viven en París han sido invitados por sus compañeros á participar en sus disipaciones, han contestado que creían deber á su patria, que les enviaba allí, toda su actividad, toda su fuerza y toda su salud, lo cual revela cómo están penetrados de sus deberes.

En cuanto á la guerra, me permití algunas observaciones, diciendo que el resultado se debe á dos factores: el mayor ó menor acierto del vencedor y el mayor ó menor desacierto del vencido» aparte de causas fortuitas, y así argüía á la manifestación del Sr. Salvador de que lo único que valió en aquella guerra fué el soldado, que los planes mejor combinados tienen que contras-

tarse por la acción del enemigo, que habrá de tenerse muy en cuenta.

En cuanto á lo que S. S. calificaba de error militar, de haber querido apoderarse ante todo de Puerto Arturo, recordaré que se trataba de una plaza cuya pérdida, por virtud del Tratado con China, había producido gran indignación en el Japón, y, además, que constituía un interés político de primer orden el que el día que se hiciera la paz no se pusiera en litigio la posesión de Puerto Arturo. Su señoría decía que al estipular la paz la plaza hubiera sido del vencedor, y si no, con prolongar un poco las operaciones hubiera acabado por caer en poder de los japoneses, á lo cual tengo que decir que esto no hubiera sido fácil por la penuria en que ya estaban los japoneses, que les hubiera obligado á empréstitos ruinosos, lo que explica la magnanimidad de que dieron muestras al tratar la paz.

Respecto á lo que se refiere á la línea del Turnen, diré que aquella guerra estaba preparada desde hacía mucho por Generales muy peritos, y cuando ellos hicieron lo que hicieron, obedeció seguramente á cálculos plausibles de prudencia y previsión.

Y en cuanto á la preparación admirable de la guerra, que tomaba S. S. á broma, al decir que no se trataba de esto, cuando yo, como muestra de lo que era, citaba el hecho de que los soldados se bañaban... (*El Sr. Salvador*: Pero si yo dije que eran dignos de toda alabanza, no sólo porque se construían todos los elementos de guerra, sino porque se habían asimilado el reclutamiento, la instrucción, por lo cual me dolía verme combatido por S. S.) Yo había entendido á S. S. otra cosa; pero si no ha sido eso lo que ha dicho, no he de insistir, aunque para mí el aprovisionamiento y el atender á la higiene del soldado es de primera importancia. (*El Sr. Salvador*: Estamos conformes, y lo que me duele es que para que no aparezca así se me atribuya lo que no he dicho). (*El señor Presidente*: Las interrupciones dificultan que podamos seguir con atención las observaciones que oímos con tanto gusto de los señores Académicos). Pues bien, yo entendía que no se podían oponer grandes reparos á la dirección de aque-

lia campaña,, que me parecía un ejemplo admirable, y mucho más comparándola con el modo como han tenido de dirigir y preparar las suyas pueblos de bien antigua civilización, y lo digo no sin tristeza.

Excuso decir el deleite con que escuché al Sr. Salvador, que además de conocer muy bien la historia militar de Europa, expone con gran amenidad.

Rectificaré sólo un detalle, no de gran importancia. Napoleón no fué prisionero en Waterlloo. (*El Sr. Salvador*: Se entregó). Ni se entregó tampoco, al menos materialmente; se retiró libre á París y desde allí expidió su carta famosa, en la que, imitando á los caudillos clásicos, se entregó á la hidalguía del pueblo inglés.

Y llegamos á la última parte, á la de si el Japón se ha asimilado sólo la industria militar, como decía S. S. refiriéndose á conceptos aquí vertidos que yo procuré rebatir en la sesión del 22 de Diciembre, á que no asistió el Sr. Salvador. La potencia industrial del Japón, que estaba representada en 1895 por 2.758 fábricas de vapor con 49.000 caballos, ha subido en 1906 á 4.656 con 203.000, respectivamente. El comercio exterior era en 1893 por valor de 459 millones de francos, y en 1907, de 2.391 millones.

La exportación de tejidos de seda ascendía en 1895 á 35 millones de pesetas, y en 1901 á 74, habiendo llegado en 1907 á 416. La marina mercante representaba en 1893, 165.000 toneladas, y en 1907, 1.115.000. Aumento: 950.000 toneladas en once años.

Bien conocidos son los grandes progresos realizados por la construcción naval y los alcanzados en el desarrollo de los caminos de hierro. Con una particularidad en este punto, y es que, habiendo costado las líneas japonesas, por término medio, 100.000 francos por kilómetro (vía de un metro), los ingresos netos dejan un beneficio de 8 por 100, lo que prueba, como advierte muy bien Thery, la habilidad administrativa de los japoneses, pues hay que tener presente que sus tarifas son mucho más bajas que las de Europa y América.

No me parece, pues, que con exactitud se pueda decir que

- ico -

sólo se han asimilado las industrias militares, sino que lo mismo ha ocurrido con las demás. El aumento en la extracción y consumo del carbón y en la importación de máquinas asimismo es sorprendente.

Es de suponer, por tanto, que el pueblo japonés, que durante tanto tiempo ha vivido en estrecha sujeción, al poder obrar libremente y gozar de los beneficios del trabajo, dará sus naturales frutos en todos los ramos, incluso en la Filosofía, que no creo que haya de estarle vedada, aunque por largo tiempo de su historia no haya podido desenvolver sus aptitudes en este orden. Y esto que digo del Japón me inclino también á creerlo de la China, que, como cuerpo enorme, tiene movimientos más lentos, no siendo imposible que el eje de la civilización, que por largos años ha descansado en Europa, después de radicar el día de mañana en América y en Australia, tenga como fundamento, dentro de algunos siglos, esa razas que constituyen la mitad de la población del planeta.

El Sr. Salvador: Muy poco ya, con gran contentamiento de mi parte, tengo que decir.

He oído con mucho gusto al Sr. Sanz y Escartín la primera parte de su discurso, pues él sabe la preferencia que tengo por su señoría; pero todo ello estaba muy bien para contestar á cuanto aquí se ha dicho, pero no para aplicármelo á mí especialmente.

Voy, pues, á ocuparme con lo que me afecta. Ha insistido su señoría en lo referente á Puerto Arturo, combatiendo la afirmación de que quienes pensaban que para obtenerla valía la pena de sacrificar 100.000 hombres, bien podían esperar un poco más para rendirla, sin tantas pérdidas, porque para ello estaban apurados de recursos.

¡Y éste es un argumento que me favorece! Porque, aparte el que los recursos les faltan á los vencidos ó que tienen en duda la victoria, pero no á los vencedores, y partimos del supuesto de la capitulación del ejército ruso, razón de más para que procuraran terminar pronto la campaña, y eso se conseguía con ma-

yor rapidez acumulando todas las fuerzas en el ejército de operaciones, como yo defendía, ó, mejor dicho, como defienden las leyes de la guerra.

Cuanto á lo de las fuerzas del Turnen, me quejaba yo de que no hubiera dado una sola razón para combatirme, y ahora ha dado una, ¡pero es peregrina!

Dice que es más fácil que acierten aquellos Generales que han recorrido las naciones europeas, aprendiendo su oficio, que yo desde mi gabinete de la Carrera de San Jerónimo, y vamos á ver esto.

De haber adivinado esta observación, hubiera traído la conferencia impresa que di en el Centro del Ejército y de la Armada sobre este mismo asunto, á que tantas veces me he referido, para haber leído unas palabras que dije y que no he citado hasta ahora, pues, aunque me he referido mucho á aquella conferencia, no la he repetido. Allí dije, no importa ahora con qué motivo, que no se me ocultaba que pudiera decirse que las operaciones se dirijan muy bien desde la mesa del café, y ¡ya lo ha dicho el Sr. Sanz y Escartín! Ante ese razonamiento, pocas cosas podrían estudiarse y discutirse, y menos de guerra, y menos por los hombres civiles, observación aplicable á S. S. para decidir sobre si tienen ellos razón ó la tengo yo.

Los más ilustres Generales han cometido errores, por todos reconocidos y señalados precisamente por personas que no han estado en campaña y que los veían desde la Carrera de San Jerónimo, desde las calles de la Gorguera ó del Pez, ó desde cualquiera otra calle.

El día pasado señalaba errores cometidos por Ney en Quatre-Bras, que no era un General despreciable, y nada menos que por el Duque de Wéllington, al concentrar los ejércitos, que tampoco era un adocenado! El mismo Aníbal, para citar uno de los más grandes capitanes de la Historia, no es el mismo asombrando con su marcha por España y atravesando los Alpes para llegar á Italia que manifestándose inactivo en Capua. Y estos errores los han hecho constar los que no han participado de aquellas

campañas ni de aquellos combates ni han vivido en aquellos tiempos.

D. Pedro Pérez de la Sala, Ingeniero como yo, hombre civil como yo, y profesor mío en la Escuela, asombró á todos al comenzar la guerra franco-alemana con unos artículos publicados en *El Imparcial*, en los que con muchos días de anticipación anunció la inevitable rendición de los franceses en Sedán, y tuvo razón y se realizaron sus previsiones, aunque no podía apuntarse en su hoja de servicios batallas ni campañas; y para tener razón y señalar errores militares, nadie preguntó en qué calle tenía su estudio, siendo fácil adivinar que vivía en alguna parte.

Tengo, por tanto, derecho á decir que se cometieron errores militares, y mucho más cuando no soy yo quien los señala, sino las leyes de la guerra. Sin embargo, sobre este particular dije hasta la pesadez que cuando la guerra se documente quizá tendré que elogiar lo que ahora censuro; y tales y tantas reservas hice, que aun sobre esta materia, única de la que me he atrevido á decir que sabía algo, *apenas me llamaba Pedro*.

De las demás, y entre ellas el desarrollo industrial, no he tenido ni opinión. He aceptado cuanto se ha dicho y en ello me he apoyado. ¿Entendí mal y se me rectifica? Pues acepto la rectificación y lo que haya dicho el Sr. Sanz y Escartín en la sesión á que no asistí y desconozco. ¡Yo no he combatido á nadie y acepto cuanto han dicho todos!

Y vamos á la preparación de la guerra. Reconocí antes que su señoría lo que había en ella de plausible; pero no es esto lo que discutía, sino la guerra, y así hablé de las fuerzas del Turnen y de Puerto Arturo. Estamos, pues, en esto de acuerdo, y me duele que siendo así me combata S. S.

El Sr. Sanz y Escartín: No le debe doler á S. S. que yo le combata, porque en estas corporaciones no hay más manera de ilustrar los asuntos que estimulando un poco la discusión, y esto he procurado yo, y así S. S. ha dado explicaciones que han arrojado mucha luz sobre el asunto tratado. No debe, pues, dolerse, y, además, no habría discusión si todos vié-

ramos las cosas de la misma manera, ni la materia se ilustraría. Y como ni todo lo que yo he dicho estará en absoluto desprovisto de fundamento, ni mucho menos lo estará lo dicho por su señoría, seguramente que no se ha perdido lo por S. S. expuesto, y puede que tampoco algo de lo que yo he manifestado.

El Sr. Salvador: Volvemos á las andadas. Vuelve su señoría á combatirme por cosas que no digo. No me quejo de que se me combata. Aquí venimos á discutir y á decir cuanto queramos en pro ó en contra, y quejarse de esto sería imbecilidad. No me quejo de que se combata lo que he dicho, sino de que se combata lo que no he dicho y de que se haga caso omiso de lo que he dicho.

No me ha dejado S. S. pasar ni el haber dicho, abreviando, que Napoleón cayó prisionero en vez de decir cómo se entregó, cosa que todos saben y que no interesa á la discusión, no siendo por eso menos cierto que fué prisionero aquel á quien se ha llamado y se le llama el prisionero de Santa Elena.

El Sr. Presidente: Como parece que no hay ningún otro señor que quiera intervenir en esta discusión, queda terminada.

ÍNDICE

DE LA

PARTE SEGUNDA DEL TOMO QUINTO

Extractos de discusiones habidas en la Real Academia de Ciencias
Morales y Políticas, en sus sesiones ordinarias.

MARZO 1908-1909

DEBATE SOBRE EL TEMA

*¿Cónjo se explica la rapidez con que el Japón se ha asimilado
la civilización europea?*

Páginas.

<i>Intervinieron en esta discusión los señores Académicos:</i>	
Sanz y Escartín	5,24,29, 138, 165,186 y 192
Condé de Casa-Valencia	21
Gullón	21
Sánchez de Toca	23 y 28
Sales y Ferré	32
Salvador (D. Amos).	143,173,190 y 193